

Espido Freire

Mileuristas

Retrato de la generación de los mil euros

se



Lectulandia

Una carta al director de *El País* de Carolina Alguacil atraía la atención hacia los jóvenes treintañeros que hasta entonces habían permanecido silenciosos y desapercibidos: una generación entera que sobrevivía con mil euros de salario, si es que llegaba, conformista pero desesperada, educada pero sin expectativas, consumista pero pobre, desgajada pero con señas de identidad común. Los mileuristas forman un grupo social cada vez más numeroso, pero aún incomprensible.

Espido Freire aborda en este ensayo el estudio de su propia generación, de los mitos creados y los reales; analiza el cuerpo, el alma y la mente de los jóvenes a los que se había prometido todo, y que han obtenido a cambio mil euros.

Espido Freire

Mileuristas

Retrato de la generación de los mil euros

ePub r1.0

Titivillus 14-05-2022

Espido Freire, 2006

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

TROYANOS

*Son nuestros esfuerzos los de los infortunados,
son nuestros esfuerzos como los de los troyanos.
A poco que triunfemos, a poco que orgullosos
nos sintamos, comenzamos ya
a albergar coraje y buenas esperanzas.
Pero siempre ocurre algo y nos detiene.
Aquiles surge en la trinchera ante nosotros
y con grandes voces nos espanta.
Son nuestros esfuerzos como los de los troyanos.
Pensamos que con audacia y decisión
mudaremos la hostilidad de nuestra suerte
y nos arrojamos fuera a pelear.
Mas cuando llega el momento decisivo,
nuestra audacia y decisión se desvanecen;
se turba nuestra alma y se paraliza;
y corremos alrededor de los muros
buscando salvarnos en la huida.
Nuestra derrota es, sin embargo, segura. Arriba,
en las murallas, el lamento ya ha comenzado.
Lloran por los recuerdos y las pasiones de nuestros días.
Con amargura lloran por nosotros Príamo y Hécuba.*

KONSTANTINOS P. KAVAFIS (1905)

PRÓLOGO

El mundo no pertenece a los jóvenes. De hecho, pese a los tópicos repetidos una y otra vez, tardarán mucho tiempo aún en poseerlo. El poder, la visibilidad social, pertenecen ahora a quienes alguna vez fueron jóvenes: a la llamada generación del 68. Por mucho que se asegure que este país se encuentra en constante evolución, sumido en un cambio vertiginoso, continúa siendo esa generación quien experimenta los cambios.

Mientras tanto, los jóvenes aguardan. Llevan tanto tiempo esperando que la juventud, año tras año, queda atrás. Marc Gobé definió a la generación X en Estados Unidos como un grupo discreto, poco numeroso, entre dos generaciones aplastantes. Aunque su análisis se limitaba a las expectativas de marketing, la situación en España no es muy diferente.

Los jóvenes entre veinticinco y cuarenta años son discretos, es cierto, incluso oscuros. Tanto que han sido tachados de apáticos, indiferentes, pasivos. Ha sido una acusación lanzada al aire, sin que se haya esgrimido una defensa por su parte. Se comportan como niños que conspiran en el cuarto de juegos, y que callan y se muestran hoscos cuando los mayores entran y preguntan. Es su mundo, han creado normas propias, y entre ellas se cuenta la del silencio cómplice.

Abordé este estudio con entusiasmo y prevención: una mezcla mileurista, por otra parte. La prevención se debía a la incertidumbre que me causaba el análisis de una generación dinámica y en plena evolución, sin datos fiables que interpretaran las estadísticas que los estudios oficiales proporcionaban. Eso me obligaba a recurrir no sólo a una revisión histórica parcial, y posiblemente sesgada, sino también a experiencias personales, entrevistas, publicaciones independientes y a los medios cibernéticos. Existía el riesgo de generalizar lo personal, y de personalizar lo general, tan propio de los

mileuristas. Aún así, preferí un análisis subjetivo, instantáneo, que reflejara la realidad que mis familiares, mis amigos, mis lectores, alumnos o corresponsales me confirmaban.

El entusiasmo se debía a mi afán por dignificar una generación vapuleada y malentendida, a la que pertenezco y con la que me identifico. Como mileurista de transición, tuve la suerte de abandonar esa categoría relativamente pronto; sin embargo, si algo me ha caracterizado en mi trabajo, en mi dimensión social, ha sido mi edad: la carga de la juventud, y el paternalismo con el que se trata, puede resultar insoportable. En mi caso, pesó más mi edad que mi sexo. Mentiría si dijera que me he sentido discriminada; pero desde luego, sí juzgada. Deseaba descubrir por qué se daba ese fenómeno, aplicable a muchos otros mileuristas que no lo son, y qué se escondía bajo la apacible convivencia de generaciones. Si en verdad los adultos pensaban de nosotros que éramos vagos, materialistas, acomodaticios, gastadores, cómodos, carentes de ideales, algo iba mal. Si existía un malestar tan grande, una desconfianza mutua, algo de los que nos contaban debía de ser mentira.

Este volumen muestra parte de mis conclusiones: las que se refieren a la educación, la economía, y la vivienda (la mente) y las que se ocupan del ocio, la religión, las creencias y los miedos (el alma). En un segundo volumen se tratarán las cuestiones relacionadas con el corazón y el cuerpo.

Desearía expresar mi agradecimiento a quienes me han ayudado en esta tarea (Almudena, Ciro, Darío, David, Ernst, Eva M., Eva Tula, Gema, Juan, Juanjo, Merche, Pilar, Susana, Txani, Valentina, Valy...), y muy especialmente a Alicia y a mi hermana Mila, que me resultaron imprescindibles hacia el final de la misma. Gracias también a Consuelo Olaya, mi editora, y a Ángeles Martín, mi agente, como siempre, por su apoyo y su cariño.

Madrid, agosto 2006

0. ¿QUÉ ES UN MILEURISTA?

Carolina Alguacil: yo soy mileurista

El 21 de agosto de 2005 el diario *El País* publicaba una carta de una joven publicista catalana de 27 años, Carolina Alguacil: *Soy mileurista*. Pocas veces hemos asistido de una manera tan clara y tajante al nacimiento de un término que definiera y describiera con tanto éxito una generación. La carta de Carolina nacía de la cólera y la vergüenza que había sentido al comparar sus circunstancias con las de sus amigos europeos; inventó el neologismo y se esmeró en definir quién podía considerarse un mileurista.

Carolina indicaba que el mileurista era *aquel joven, de 25 a 34 años, licenciado, bien preparado, que habla idiomas, tiene posgrados, másteres y cursillos*. Su experiencia laboral, que al menos se extendía durante tres o cuatro años, se nutría de trabajos no remunerados, contratos temporales y la imposibilidad de cotizar a la Seguridad Social. Su sueldo, sin pagas extras, no superaba los mil euros mensuales.

El mileurista no poseía una casa propia, sino compartida. Carecía de coche, hijos o ahorros. Era urbanita y destinaba más del tercio de su sueldo al alquiler de su vivienda. Viajaba, conocía, comparaba y analizaba con impotencia esa vida de estudiante perpetuo. *A veces es divertido, pero ya cansa* era una frase que golpeaba como un aldabonazo. Ya cansa. Ya no es divertido. Para una generación experta en divertirse, el juego había terminado.

La repercusión de la carta fue inmediata y su efecto, amplísimo. Muy pronto, esa generación aún sin parámetros propios captaba unas pautas de identidad, o se desmarcaba de ellas, y el término mileurista dejó de definir una situación económica para aplicarse a un marco generacional, y, sobre todo, a un modo de enfrentarse a la vida: tras la omnipresente generación del 68, y la muy chillona de los 80, surgían varios millones de jóvenes amparados

bajo una etiqueta nueva y, por oposición a los anteriores, muy dispuestos a rechazar, cuestionar y dejar atrás esa etiqueta.

¿Qué es un mileurista?

La definición de Carolina Alguacil, aunque muy precisa, puede admitir, a mi juicio, y sin el menor ánimo de desautorizarla, algunas matizaciones. Demos por hecho que el mileurista es una persona nacida entre 1965 y 1980, si se desea hablar de lustros naturales, o entre 1968 y 1982, si se prefieren las fechas relevantes (mayo del 68 explica la primera, el Mundial de fútbol del 82, la segunda: una referencia pintoresca, creo yo, pero efectiva).

Demos por hecho que su sueldo ronda los mil euros mensuales, o no llega a ellos. Ha recibido una formación universitaria, o al menos ha gozado de la posibilidad de tenerla, está familiarizado con el ocio y la tecnología propia de su tiempo, afronta una serie de retos determinados por su edad, sus circunstancias económicas y su situación laboral. Ha nacido en una ciudad, o se ha mudado a ella. Presenta una ideología vital que les diferencia claramente de los grupos nacidos quince años antes, o quince años después. Y convive con compañeros de su misma edad que no comparten en absoluto estas características. Los rasgos del mileurista no definen a toda la juventud española, pero sí ayudan a entender y a definir ésta. Es posible encajar en el rango de edad mileurista y no serlo, aunque se reconozcan algunos rasgos: pero no tomaremos en consideración a personas nacidas en otros años, aunque encajen en las características económicas.

¿Qué es un joven?

Las dificultades que surgen cuando se intenta analizar el fenómeno de los mileuristas se multiplican con cada nuevo paso. Una de ellas, no la menor, consiste en que hablamos de una población joven y cambiante, a la que se somete a un estudio sincrónico: como si abriéramos un tajo en la sociedad con un cuchillo e intentáramos descifrar qué mensaje se oculta en su interior y lo que encontraríamos fuera mantequilla caliente que permite una cuchillada fácil, pero que se derrite, fluye y cambia.

El Injuve, el Instituto de la Juventud que depende del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, habla de una franja de edad entre los 16 años (adolescentes) y los 35 (claramente adultos). El último Informe Juventud en España data del año 2004, aunque cada año el Injuve procura actualizarlo con una serie de sondeos anuales, que comenzaron en el año 2001; esos informes

se ocupan tanto del análisis de los jóvenes sobre su realidad (la llamada *percepción generacional*) como de sus preocupaciones y se centran en las opiniones de 5000 personas de ambos sexos entre los 15 y los 29 años.

El censo del año 2001 indicaba que los jóvenes entre esas edades suponen el 22,4 % de la población española: 9 149 511 personas, de las cuales 3 500 248 tienen entre 25 y 29 años. Producto del *Baby Boom*, esos jóvenes, nacidos en los años 70, forman parte de los incluidos en este ensayo. Uno de cada veinte es extranjero o inmigrante.

Las conclusiones del Informe Juventud 2004 eran contundentes: un 75 % de ellos no habían conseguido la independencia económica de su familia, y muchos consideraban esa independencia como transitoria, y lo que era aún peor, reversible, ya que en caso de pérdidas económicas o de separaciones afectivas, la mayoría necesitaban de sus padres, con los que por lo general vivían, de todas maneras. El regreso al hogar paterno, sobre todo en el caso de los hijos varones, podía producirse en cualquier momento. Como consecuencia, la familia se había transformado en un espacio compartido y negociado: se pactaban los límites y se intentaba respetar la independencia de padres e hijos.

Menos de la mitad (un 48 %) había conseguido un contrato estable. La tasa de paro juvenil doblaba la cifra del adulto, y alcanzaba su cota más alta entre las mujeres. Los varones ganaban de media unos 784,7 € mensuales. Las mujeres, un vergonzoso 27 % menos, 573 €.

Sin embargo, por desalentadoras que resultaran esas cifras, mejoraban las dadas en el anterior Informe 2000; cuatro años antes, sólo un quinto de los jóvenes había conseguido la autonomía económica. Por otro lado, dadas las circunstancias familiares y de formación españolas, tanto la emancipación como la independencia económica sólo pueden plantearse a partir de los 20 años, en la inmensa mayoría de los casos, y por lo tanto, los sueldos y las becas de los adolescentes o de los estudiantes con empleos a media jornada sesgaban estos datos. Aún así, se establecía que casi la mitad de los jóvenes de 25-29 años no tenían ingresos suficientes para cubrir todos sus gastos. Ello nos lleva a plantearnos cuáles eran esos gastos y a cuánto ascendían. El sueño consumista de la franja de edad más joven se reducía a comprarse una moto y viajar. Entre los mayores, una casa propia y viajar, también. Pocos de ellos habían cumplido esos objetivos. Mientras los conseguían, salían de copas (el 60 % de ellos confesaba consumir alcohol de manera habitual), se encontraban con amigos, iban al cine, dedicaban unas nueve horas semanales a Internet, y nueve de cada diez poseía un teléfono móvil al que intentaba

sacar el máximo provecho. Se consideraba que gozaban de entre 25 a 40 horas semanales libres (las mujeres, dos menos, de promedio). Leían unos cuatro libros al año.

El estudio ofrecía cifras que permitían creer en su optimismo y su grado relativamente alto de satisfacción: aunque con una tibieza sorprendente hacia las preocupaciones vitales (se confesaban prácticos y con intereses inmediatos), daban gran importancia a sus relaciones personales, se sentían más vinculados con su pueblo y su ciudad que con un nacionalismo autonómico, y entablaban relaciones sexuales a partir de los 17 años (los varones) o de los 18 (las mujeres).

Limitados pero contentos, podría ser la conclusión más palmaria del estudio. Y sin embargo, cuando los resultados fueron publicados, cada uno de los foros que recogieron los datos, cada una de las conversaciones que comentaban los porcentajes ardían con información contradictoria, y con exclamaciones indignadas. Los jóvenes consideraban esos datos optimistas, y falseados: ni el tiempo de ocio, ni los salarios, ni el grado de satisfacción se daba por válido. Se quejaban de haber sido estereotipados, de enfrentarse a una nueva imposición generalizadora. Por un lado, unos lamentaban la injusticia de esa realidad, la poca ayuda recibida por los adultos y la situación económica. Por otro, muchos de ellos, con una visión más conservadora, venían a decir que si esa situación continuaba se debía a la actitud acomodaticia, egoísta y complaciente de sus compañeros de generación.

La opinión general de los primeros se resumía en que tras varios años de estudio de una carrera, era injusto que se obtuviera a cambio un sueldo por debajo de los 600 €, con contrato temporal. Se negaban a trabajar jornadas extenuantes, y días festivos, que veían como un retroceso de los derechos laborales, y como una pérdida de oportunidades de ocio y de conseguir relaciones sexuales. Preferían trabajar para vivir y no vivir para trabajar.

La de los segundos podía plasmarse en: los jóvenes quieren independizarse, pero sólo con trabajos bien considerados y remunerados. Rechazan trabajos porque los horarios no son acordes con su estilo de vida, o no son valorados socialmente, aunque reciban un buen sueldo y les permitan libertad económica. En resumen, saben lo que quieren, pero no hacen lo suficiente por conseguirlo y responsabilizan a otros del problema.

Por esas mismas fechas, la Federación de Usuarios-Consumidores Independientes (FUCI) hacía público un informe según el cual los jóvenes españoles de once regiones españolas necesitaban dedicar una media de 11 años de salario íntegro para financiar la compra de una vivienda. En el caso

de Madrid, aumentaba a 18 años de salario. Íntegro. Euro a euro. Eso obligaba a contratar hipotecas a 40 años, que comprometieran el 60 % de su salario mensual. (88 % en el caso de Madrid; incluso aunque se contemplaba que el sueldo madrileño es un 10 % superior a la media. Claro, que eso suponía entre 60 y 70 € más, lo que movía un poco a risa. Si se trataba de una pareja, el porcentaje descendía al 56 % del salario).

Ésas eran las cifras que se barajaban oficialmente. Y sin embargo, las cifras no hablaban con la suficiente claridad, ni analizaban excepciones; si bien se detenían en el corte, no analizaban los dibujos caprichosos de la mantequilla.

Ninguno de los estudios interpretaba tampoco qué ocurría en especial con ese sector de la juventud menos adolescente, que servía de bisagra entre los coletazos de la pubertad y la primera madurez que había atraído tanto la atención durante los últimos años: los mileuristas.

Mismos perros, distintos collares

Las generaciones precedentes (la del 68, la de los 80) habían recibido distintos nombres: los *sesentayochistas* fueron *hippies*, *progres*, *Baby Boomers*. Los ochenteros se definían como *modernos*; cada tribu urbana les legó un nombre. Sin embargo, eran conocidos por la denominación del periodo en el que gozaron de mayor influencia.

Estas etiquetas resultaban ambiguas en cuanto a la pertenencia de edad de sus miembros, porque tomaban como referencia un momento histórico determinado, y los años anteriores y posteriores, e incluían a quienes habían vivido como adultos jóvenes o como niños ese proceso.

Los mileuristas, en cambio, no aluden a un hito temporal. Hasta que se inventó el término, se hablaba de la «otra» generación de los 80, la que había nacido durante esos años: o de la generación X, o de los JASP. También se habló de los GP (*Guapos y pobres*) o de la Generación del Milenio. Ninguna de esas etiquetas funcionó de verdad, posiblemente porque ninguna reflejaba una realidad compleja y duradera. «Mileurista», en cambio, triunfó porque superponía al concepto de edad una definición económica, inmediata, comprobable.

El término Generación X contaba con una ventaja: había nacido en EE.UU., y por lo tanto, se había propagado a nivel internacional con rapidez, apoyado en el libro *Generación X* (1991), del canadiense Douglas Coupland (1991) y en la película *Reality Bites* (Ben Stiller, 1994) que en algunos países se había titulado *Generación X*. Sin embargo, sus límites eran confusos; se

suponía que eran los hijos de los *Baby Boomers* de los 60. Habrían nacido, por lo tanto, entre 1970 y 1980. Otros daban como referencia el suicidio del cantante Kurt Cobain (8 de abril de 1994) como fecha clave.

La mayoría de las características que marcaban a sus componentes eran culturales; se la definía como una generación de tránsito, que había experimentado el avance de la tecnología con naturalidad, y que combinaba la realidad convencional con la virtual, y el conocimiento tradicional con el técnico sin dificultades. Escuchaban *Indie Rock* y *Grunge*. Nada era tan importante como la música, salvo tal vez el ordenador.

Daban por hecho la globalización; habían crecido con miedo al cáncer, que se ocultaba en el sol y los alimentos, al agujero de ozono y al sida, que acechaba en agujas en la playa, en transfusiones médicas o en una noche de sexo. Entendían el marketing, la publicidad y el consumismo. Frente a la generación anterior, capitalista, antiguos soñadores, obsesionados con el poder y con la juventud, los X se mostraban discretos y tecnológicos, ecologistas y alternativos, universitarios y desesperados. Como Cobain, habían probado todo y habían renunciado a todo. Los miembros más jóvenes de la generación, los Y, mostraban una tendencia mayor a la violencia, a la música como experiencia común (les encantaban los macroconciertos y los festivales) y eran notablemente más hedonistas.

Se la llamó la generación apática, la que se encogía de hombros ante todo. Habían superado la idea tradicional de familia, la de solidaridad generacional: crecieron en la prosperidad de los 80, pero con la certeza de que no disfrutarían de ella. No se podía competir con los *sesentayochistas* (nadie podía) y se sentían notablemente inferiores a ellos. La generación anterior, invasiva, acaparadora, les hizo adoptar, por rechazo, una serie de certezas recién descubiertas: la felicidad radicaba en el sentimiento de seguridad, en el ocio, en el tiempo libre, en la salud. Preferían el trabajo agradable al dinero a toda costa y por ello inventaron el *downshifting* (el cambio de carrera exitosa y bien remunerada por otra más satisfactoria y menos estresante).

El principal inconveniente de esta definición es que, al basarse en parámetros culturales, no tenía en cuenta la importancia de la situación económica de sus miembros. También resultaba confusa la distinción entre Generación X y Generación Y; los Y no podrían ser acusados de apáticos; eran más bien combativos. Los más jóvenes ya no eran hijos de los *Baby Boomers*, sino nietos, y por lo tanto, no se sentían obligados a contradecirlos. Como sus abuelos, cuestionaban todo, rebosaban seguridad en sí mismos, y no creían en los ideales que, hasta cierto punto, defendían los X: ni el

ecologismo ni el *downshifting*. Para los Y el dinero recobraba su importancia, pero curiosamente, no asociado al trabajo. El X quería trabajar menos y mejor. El Y no quería trabajar. El único modo de enfrentarse a ellos pasaba por la negociación; no habían aprendido según los cánones tradicionales, que privilegiaban la lógica y el hemisferio izquierdo del cerebro; ellos, a través de la tecnología, habían favorecido el derecho, y eso explicaba parte del inmenso fracaso escolar contemporáneo.

JASP era un término más acertado, porque incluía la noción de frustración producida por los estudios no reconocidos y las pobres condiciones de trabajo. JASP correspondía a las siglas de un slogan: si *mileuristas* fue acuñado por una experta en publicidad, JASP procedía de un anuncio de coches. En él, un muchacho guapo, esbelto y con una apariencia desaliñada se enfrentaba al monólogo de un jefe *Baby Boomers*. Había pedido un aumento de sueldo y el directivo lo acusaba de no saber sacrificarse, de ser ambicioso, de pasar horas en un tugurio. *Como dijo Kant, hay cosas que para saberlas bien, no basta con haberlas aprendido*, remataba. El chico se defendía: había trabajado para la empresa durante años, sin horario. Hablaba varios idiomas, había estudiado diversas carreras, tocaba el saxo en un club. Cuando se marchaba, decepcionado, añadía: *A propósito, la cita es muy buena, pero no es de Kant. Es de Séneca*. A continuación, mientras tomaba su coche, aparecían unas siglas: JASP: *Joven, Aunque Sobradamente Preparado*.

El éxito del anuncio resultó abrumador: la publicidad había encontrado un nicho de insatisfacción generacional, una estética aglutinadora y, sobre todo, había dado con un retrato eficaz de ese grupo sin nombre, sin reconocimiento, que se veía despedido o no aceptado en las empresas pese a su preparación. Su autor, García Vizcaíno, fue también el creador de varios anuncios paradigmáticos y generacionales (Pepsi Max, *Mi niño de mayor será...*; Aquarius, *La gente hace lo que le da la gana*; CocaCola, *¿Has pensado alguna vez quién iría a tu entierro?*).

El anuncio tuvo una secuela, en la que un matrimonio convencional, que conducía un magnífico coche, con una hija adolescente en el asiento trasero, adelantaba a un joven de pelo largo, mal vestido y que escuchaba música a toda voz. La chica lo saludaba, entusiasmada, y ante la mirada de censura de sus padres, y mientras el coche del joven se alejaba, anunciaba: *Es mi profesor de física cuántica*.

De pronto, todo y todos eran JASP. Para ello, bastaba con destacar en un aspecto y no haber cumplido los treinta años. La calle adaptó las siglas para que reflejaran aún mejor la realidad de los jóvenes: *Jóvenes, aunque*

sobradamente puteados. Jóvenes, aunque sin pelo. Jóvenes, aunque sobradamente prepotentes. Julio, Agosto y Septiembre Puteao.

Hace unos meses, llegaba a mi correo electrónico un email humorístico. *¿Qué fue de los JASP diez años después?*, se preguntaba. Las respuestas eran varias, todas significativas.

- Siguen en la universidad, coleccionando carreras.
- Ahora ya no tocan el saxo en un garito, lo barren.
- Heredaron la empresa de papá. Y lo último que quieren es que vayan a pedirles trabajo niñatos sabelotodo.
- El profesor de física cuántica estudia el fenómeno aleatorio de las palomitas. Las vende en un centro comercial.
- Llegaron en el momento justo al lugar adecuado. O sea, a la cola del paro.
- Ahora son CASP (*Carrozas Aunque Sobradamente Preparados*)
- Pasaron a ser *Jóvenes Apalancados Sin Pasta...* y a los 30 todavía no se han casado...
- Murieron en una coproducción de Tarantino y Alex de la Iglesia.

Puede decirse que el fenómeno JASP murió estrangulado por su propio éxito. Abrumados por la perfección casi irritante del modelo, o por el constante fracaso de sus intentos, el JASP necesitaba evolucionar hacia alguna parte: o bien imponía su filosofía de vida, o bien aceptaba que, antes o después, se convertiría en otro jefe agresivo.

Herederos de los 80

La generación de los *Baby Boomers* nació entre 1946 y 1964. Eso significa que los mayores entre ellos eran jóvenes alrededor del año 68, y que los más jóvenes llegaron a la adolescencia a lo largo de los años ochenta. Abrumadores en número, agresivos, conscientes por primera vez de su poder y con un triunfo social a sus espaldas como respaldo ideológico, pasarán a la historia como una generación sorprendentemente opresora, si se tiene en cuenta su origen liberal, tolerante con las drogas, con la sexualidad, los estilos de vida y la liberación de la mujer.

Padres o abuelos de los mileuristas, han marcado su modo de vida. Cuando los mileuristas nacieron, esa generación se había encargado ya de

todo. En España, además, las circunstancias políticas retrasaron la liberación de los 60 hasta finales de los años 70, de manera que un movimiento se solapó con el siguiente. Los *sesentayochistas* determinaron su ética personal. Los *ochenteros*, el modo de divertirse y el modelo económico.

Cuando nacían los primeros mileuristas, en el año 65-68, la primera generación de *Baby Boomers* era joven y acariciaba sus objetivos con la punta de los dedos. Los *sesentaochistas* habían visto durante los ocho años anteriores al mayo francés una inacabable sucesión de convulsiones: resurgía el anarquismo, con ayuda de grupos terroristas, pero se predicaba la paz. La izquierda se ramificaba en eternas divisiones marxistas, leninistas, maoístas. Mientras en Praga los tanques salían a la calle, los *hippies* protestaban contra la guerra de Vietnam. Las mujeres clamaban por una igualdad real, se experimentaba con drogas, Dylan cantaba a las incógnitas existenciales y los Beatles al LSD. Occidente reivindicaba su identidad adolescente, y como tal protestaba a gritos contra lo establecido, y mataba con saña al padre de posguerra que había reconstruido Europa y EE.UU., exigía libertad y olvidaba que había pasado hambre.

Pero en España, en cambio, el padre continuaba vivo y no moriría hasta 1975. En los últimos años de la dictadura franquista se atisbaban algunas posibilidades nunca soñadas, y con su muerte, durante la transición, pareció que el espíritu del 68, que agonizaba en otros lugares, podía convertir en realidad lo mejor de lo conocido y lo mejor por conocer. Con poca delincuencia y escaso paro, sin inmigrantes, una población aún muy homogénea soñaba con la universidad, disfrutaba de seguridad social y de una apertura ideológica aceptada con ingenua precipitación; y se propuso disfrutar de todo ello durante el tiempo que pudiera. Esa generación, acostumbrada al poder y a la presencia social desde hace más de treinta años, no ha cedido un ápice de su relevancia. Sus valores, que aún esperan una revisión pública y profunda, son los impuestos en la realidad española, y sus miembros, los padres de los mileuristas, no aceptan de buen grado que ha llegado su turno de ser asesinados. Herederos de un padre eterno, se eternizan como padres.

La generación de los 80 (en España no existió una generación *del* 80, que en términos generales queda reservada para definir a la élite oligarca argentina que entre 1880 y 1916 gobernó el país sudamericano) ha sido percibida, en general, como más abierta y tolerante. Disfrutaron de una época fascinante, en la que los cambios políticos resultaban posibles y en la que, pese a la crisis, la reconversión y el paro, algunos jóvenes contaban por primera vez con dinero y libertad para divertirse.

Madrid se impuso como centro cultural durante los ochenta, muy a pesar de otras ciudades, que veían como el centralismo no perdía vigencia. La Movida madrileña, un movimiento contracultural de enorme éxito, surgió como consecuencia de unas coincidencias favorables que no se han repetido de nuevo. Por un lado, los jóvenes estaban ansiosos por salir, divertirse y experimentar los límites que se había disuelto tras la muerte de Franco. La noche madrileña rebosaba actividad, y la de otras ciudades no se quedaba atrás.

El gobierno moderado del CDS cedió paso al socialista, que alentaba un tipo de cultura *underground*, mucho más en consonancia con lo que en aquellos momentos se respiraba en EE.UU. y en Europa. El alcalde de Madrid, Tierno Galván, un hombre cultísimo, de gran carisma, y muy interesado en los perfiles sociales de la juventud, se apoyaba en esos cambios para ofrecer una imagen española distinta: Tierno Galván no sólo involucró a la sociedad madrileña en su iniciativa de devolver los patos al contaminado Manzanares; hizo lo que estaba en su mano para que la diversión, algo que el franquismo había censurado con sospecha, se convirtiera en la etiqueta permanente de Madrid.

La música cambió: los monstruos sagrados *sesentayochistas* convivían con nuevos grupos que grababan en sellos independientes españoles: Radio Futura grababa «La estatua del jardín botánico», el primer videoclip nacional; La Unión, Nacha Pop o Mecano convivían con la muy vistosa Alaska y el no menos llamativo Loquillo. La lista sería inacabable: Los Secretos, Un pingüino en mi ascensor, La Guardia, Hombres G, Gabinete Caligari. Cada pandilla adolescente quería montar un grupo, y en muchos casos lo conseguían. Radio 3, nacida de Radio Nacional, reflejaba todas esas tendencias musicales.

Los jóvenes recuperaban su derecho a voto, se legalizaban los anticonceptivos y el aborto, y la música reflejaba la toma de poder: que estallaban de ganas de vivir y de soñar. Muchos de ellos reflejaban ese afán de independencia y de afirmación creando sus propias canciones, sencillas, muchas veces ingenuas, con letras depresivas, exultantes o juguetonas. Las canciones carecían aún de la depresión o de la rabia de los 90: Madonna o Cindy Lauper gritaban historias de desencuentro con sus padres, que querían divertirse. Era el momento de las voces en falsete de Prince, o de The Communards, y de las graves de Rick Astley y Tracey Chapman. Los españoles no querían que nadie les contara, en otro idioma, qué hacer, y aunque la influencia de Morrissey, Bowie, Zappa, The Cure y otros artistas

internacionales resultara evidente, no se limitaban a traducir. Deseaban crear y contar. John Lennon, icono de los *sesentayochistas*, moría asesinado a finales de 1980. Era más que un símbolo. Habían matado al hermano mayor y podían ser libres.

La televisión, que aún gozaba de la hegemonía de la época franquista, con únicamente dos canales, programaba *La bola de Cristal*, un espacio en principio destinado a niños, por el que desfiló toda la Movida y que reflejaba la obsesión tecnológica de sus jóvenes creadores. La malvada Bruja Avería clamaba *Viva el mal, viva el Capital*, sin que nadie se escandalizara. Almodóvar revolucionaba el cine, Garcí ganaba un Oscar. Ouka Lele o García Alix proponían una manera distinta de creación artística.

Incluso la literatura y el periodismo, siempre conservadores y taciturnos, reflejaron ese cambio. La revista *La Luna* detectaba las tendencias; Paco Umbral, un *sesentayochista* desubicado, convertía a la ciudad en protagonista de sus columnas; Luis Antonio de Villena, Tono, Gregorio Morales, definían la posmodernidad en el Círculo de Bellas Artes.

Por supuesto, existían problemas: aparte del nunca resuelto terrorismo de ETA, la muestra más extrema del descontento nacionalista, capaz de raptar a inocentes y de matanzas brutales como la de Hipercor, se sobrevivió a un golpe de Estado, y se asistió con impotencia al envenenamiento por la colza adulterada, uno de los peores escándalos sanitarios registrados. Ali Agca atentó contra el Papa Juan Pablo II, en la guerra de las Malvinas morían centenares de jóvenes y la represión de Tianamen mostraba que la transición política en China no seguiría el camino de la experimentada tras la caída del Muro de Berlín en Europa.

Pero todo aquello quedaba atenuado por el entusiasmo de la nueva Unión Europea, los triunfos de Perico Delgado, la boda de cuento de hadas de *Lady Di*, las primeras novias del príncipe Felipe y la irrupción de la televisión en color.

Pocas veces hubo una euforia mayor, una sensación de solidaridad entre generaciones similares. Incluso los jóvenes más convencionales disfrutaban de la euforia de la economía, jugaban en la Bolsa y se creían *yuppies*. No sólo resultaba posible una diversión sin final: hacerse rico, la obsesión capitalista que alentaba en el fondo del idealismo de los *Baby Boomers*, también se lograba.

Por desgracia, el sueño finalizó bruscamente. Los *ochenteros*, acuciados por la cultura del pelotazo y el lujo, agotados por la noche y la Movida, tuvieron que enfrentarse a dos crisis distintas: una, sanitaria, el sida, que

comenzó a atacar a dos colectivos visibles y reivindicados durante esos años, homosexuales y drogadictos. La heroína y la cocaína, asociadas a prácticas sexuales de riesgo, causaron estragos. La segunda crisis fue la económica: el 92, con sus fastos, la celebración centenaria del orgullo español y la nueva visión del Descubrimiento, fue el canto del cisne de esa generación que devoró a sorbos un nivel de vida que terminaría con el despertar del año 93: se imponía una política económica distinta. El Partido Popular tomó el relevo; comenzaba una nueva etapa, y un nuevo modo de ser joven.

Ya no era el tiempo de la revolución ni de la alegría. Ni siquiera de la prosperidad. La generación apática tendría que alimentarse de sus restos, y olvidar, con todas sus fuerzas, la memoria histórica que le habían legado; los hechos que, en parte, habían presenciado; la herencia de los ochenta. No podían permitírsela.

Una generación marcada por la economía

Durante los años en los que los mileuristas nacían, España había caído en la cuenta del peligro real que suponía la crisis del petróleo del año 73: se llegó a ello con retraso, en parte por la negación y la pasividad franquista, incapaz de tomar resoluciones frente al problema energético. El barril de petróleo disparó su precio y no existían medidas alternativas de energía: las centrales eléctricas se habían quedado anticuadas y las nucleares encontraban reticencias y rechazos.

Los Pactos de la Moncloa del año 77 intentaron aliviar la enorme deuda exterior española, que ascendía al triple de las reservas de oro; necesitaban a toda costa el equilibrio entre las importaciones y las exportaciones, y frenar la inflación, que era del 44 % en 1977. El tejido empresarial se había podrido. Las empresas despidieron o fueron incapaces de ofrecer trabajo a casi un millón de personas, muchas de ellas jóvenes, de las que sólo un tercio recibían el subsidio de desempleo. Desde ese momento, el paro se convirtió en una obsesión de la sociedad española.

La famosa frase de Fuentes Quintana «*O los demócratas acaban con la crisis económica española o la crisis acaba con la democracia*», da idea de la gravedad de la situación. Una de las prioridades era evitar que el cambio político coincidiera con una crisis económica, como había ocurrido de manera constante a lo largo del siglo xx. Al mismo tiempo que el pacto sobre cuestiones jurídicas y políticas, los principales partidos políticos (con representantes como Felipe González, Enrique Tierno, Carrillo, Fraga, Calvo

Sotelo o Miquel Roca) aprobaron medidas económicas que se ejecutarían tanto de manera urgente como a medio plazo.

Se intentaba reducir el déficit público, fijar de manera realista el cambio de la peseta y, sobre todo, se tomaban dos medidas que resultarían esenciales para la generación mileurista: por un lado, los salarios se incrementarían en base a la inflación prevista y no a la pasada. Por otro lado, el paro intentó combatirse con medidas que pasaban por la contratación temporal, especialmente de los más jóvenes, y por la flexibilización del despido.

El control fiscal aumentó: incluso con medidas ejemplarizantes (Lola Flores, el símbolo de la España franquista pasó por ello), se dio fin a la relajación a la hora de declarar los ingresos ante Hacienda. *Hacienda somos todos* fue el lema elegido.

Aunque algunas de esas medidas tendrían un efecto benéfico (la inflación se reguló, así como las reservas de divisas y la economía de las empresas), muchas otras se arrastrarán durante años. Las crisis energéticas, por ejemplo, no se resolverían pese a los distintos planes de ajuste.

Adolfo Suárez hizo suyo el pensamiento de Ortega: *España es el problema: Europa, la solución*. Inició, en medio de amargas críticas, el acercamiento a Europa, que se mostraba poco receptiva y recelosa. Marcelino Oreja dejó claro que *Europa son las tres instituciones, económica, defensiva y política, el Mercado Común, la OTAN y el Consejo de Europa* y marcó el camino futuro. El primer paso fue el Consejo de Europa. Calvo Sotelo logró que España se integrara en la OTAN (mayo de 1982) y el gobierno socialista continuó con el Tratado de Adhesión de España a la Comunidad Europea (junio de 1985). España ya era parte de Europa, un sueño largamente albergado y que se haría realidad en medio de un eurooptimismo desarmante.

Por fin, el país cumplía los criterios necesarios para incorporarse al Mercado Común y a la Europa democrática. Atrás quedaba la repulsa por los fusilamientos del 74, y el complejo de inferioridad español. Por fin podía competir con otros países e incluso resultaba beneficiada si se la comparaba con Portugal y Grecia, a quienes se superaba en posibilidades de desarrollo y en una transición más efectiva de una dictadura a una democracia. Cuando mediaban los ochenta se hicieron públicos los datos positivos de los ajustes económicos y la creación de empleo ascendió levemente. Todo parecía ir bien en los ochenta: incluso la errática Bolsa española acumulaba beneficios.

Sin embargo, no era del todo cierto. Quizás por efecto de ese complejo de inferioridad, desde el año 86 la influencia europea en la economía española ha sido más invasiva de lo recomendable.

La desaceleración del crecimiento económico se percibió bruscamente en España a finales del año 1992. No sólo coincidió con el final de la creación de empleo que habían motivados las celebraciones españolas (Quinto Centenario, Expo, Olimpiadas), sino también con la firma del Tratado de Maastricht, que fijaba las condiciones para la implantación de la moneda común: el euro. Los criterios de convergencia obligaban a reducir el déficit público, la inflación y los intereses, y la economía española acusó el golpe. En los años 90, los mileuristas llegaban a la Universidad con la certeza de que no encontrarían trabajo tan fácilmente como sus padres, y con la consigna de apretarse el cinturón.

Maastricht presentaba un grave inconveniente: el proyecto europeo que proponía era asimétrico, con errores de cohesión, puesto que primaba la unión comercial, financiera y monetaria con demérito de la fiscal y la presupuestaria. Quienes se convertían en contribuyentes y beneficiarios no eran los individuos, sino los Estados, que iniciaban una lucha campal por las contribuciones y las asignaciones de los fondos comunitarios: se favorecía una Europa de pobres y ricos, en la que el nivel real de vida de los ciudadanos no se tenía en cuenta. España, tan pobre, necesitaba fondos europeos, y tuvo que probar que era capaz de un crecimiento rápido. Sin embargo, ese crecimiento no supuso ni la garantía de una economía sólida, ni la consolidación de las prestaciones sociales, ni la eliminación del paro.

¿En qué se basó entonces el crecimiento español? En dos de los pilares básicos que explican, a su vez, los conflictos mileuristas: en el desarrollo desmesurado y salvaje de la construcción y la especulación del suelo, y en la demanda de consumo interno. El resultado colateral devino en el endeudamiento excesivo de las familias y en la creación de puestos de trabajo mal remunerados y poco estables. Los bancos eligieron un tipo de interés variable que deposita todo el riesgo en los clientes. La burbuja inmobiliaria no ha dejado de crecer en los últimos años; se consolidó la vivienda como la inversión principal; y, por otro lado, como la más inasequible.

La ampliación de Europa, aún no finalizada, ha privado a España poco a poco de fondos y ayudas; y para colmo, se incrementó la competencia en mano de obra barata y respecto a destinos turísticos más asequibles.

El 1 de enero de 2002, con un supuesto déficit cero y años de drásticas medidas económicas, con restricciones de consumo, España se incorporaba, con el resto de Europa, a la zona euro. La peseta desapareció, sin que mediara consulta pública, y sin que se aclarara con demasiada precisión las ventajas que para el país tendría el cambio de moneda.

La mayor parte de los mileuristas habían finalizado sus estudios universitarios y comenzaban su carrera laboral. Con el fin de las posibilidades de la depreciación de la peseta, que favorecía la balanza de pagos española, y la competitividad como país de sol y playa, se esperaba una cierta recesión. Por otro lado, España no era un país exportador al que beneficiara la futura depreciación del euro.

Sí, se esperaba una cierta recesión y una cierta alza de precios, en teoría motivada por la circulación del dinero negro (producto de la especulación inmobiliaria) que debía ser convertido a euros. La realidad superó todas las expectativas. El euro encareció los productos hasta un 66 %; el redondeo informal de precios hizo que los productos que costaban 100 pesetas pasaran a costar 1 euro, es decir, 166 pesetas, y los que costaban 300 pesetas, 3 euros, es decir, 500 pesetas.

Los sueldos no evolucionaron de igual manera: el precio de la hora de trabajo se mantuvo constante, con la pérdida adquisitiva consecuente para los que se incorporaban al mercado laboral. La afluencia de inmigración, no controlada, por el pánico histórico al envejecimiento de la población, y por lo tanto, al fin de las contribuciones para la Seguridad Social, ha abaratado la mano de obra.

Gran parte de las ayudas recibidas por la Unión Europea estaban destinadas a la construcción de autopistas; el impulso que recibió el transporte público en los años anteriores, con iniciativas como el AVE, no impidió que el impacto ecológico fuera inmenso y sin contrapartida, y agravó la dependencia nacional de los hidrocarburos, altamente contaminantes. El incremento de la construcción ha deforestado de manera atroz un país ya agotado por incendios y talas. Como si eso no fuera suficiente, a finales del 2002, el petrolero *Prestige* causó un desastre ecológico sin precedente, y ayudó a que se tambaleara aún más el siempre incierto sector pesquero español.

(En agosto de 2006 Galicia, un año más, arde por los cuatro costados, sin que se conozca la causa real por la que pirómanos e incendiarios provocan los fuegos: venganzas, recalificaciones del suelo, madera quemada, concentrar fuerzas policiales en tierra para un tráfico de drogas marítimo más sencillo... La noticia ya no lo es: Guadalajara, Cataluña, han sido afectadas por gravísimos incendios en años anteriores).

El mileurista de 2006 se encuentra con sueldos estancados, un espectacular aumento de precios en los bienes de consumo, especialmente de la vivienda, y con informaciones contradictorias sobre el futuro.

Los datos del segundo trimestre del año hablaban de un crecimiento de la economía española del 3,6 %, aún basado en la construcción y el consumo. Las exportaciones han avanzado, y también lo han hecho las importaciones, debido a la evolución general de la zona euro. Se esperan pocos cambios a corto plazo.

Esas buenas noticias se ven atenuadas por la elevada inflación, con una diferencia de 1,5 puntos respecto a Europa y el problema nunca resuelto de la demanda energética. La inflación hace que la economía nacional sea poco competitiva; todos los expertos alertan del peligro de una recesión económica si no se controla el incremento del precio de la vivienda, y si no se supera la dependencia del petróleo. A finales de julio de 2006, los bancos anuncian una nueva subida de las hipotecas: se prevé que muchos inversionistas no puedan hacer frente a los ascensos de los intereses y haya un aumento de las viviendas en venta.

¿Cuál es el problema del mileurismo?

¿De qué se quejan los mileuristas? En general, de todo. ¿Sobre qué opinan los mileuristas? En general, sobre todo. Libres del peso de la censura, y con la garantía de la democracia, no se preocupan tanto de crear una opinión como de expresarla. Internet, con sus foros, *blogs*, páginas y *chats*, permite un constante diálogo no siempre constructivo ni edificante. El mileurista, desencantado, cínico, conoce su derecho a protestar y lo ejerce. Sin embargo, en pocos casos dan el paso siguiente: no denuncian, no exigen, no pactan.

Los problemas reales se avistan sin dificultades: sueldos bajos, precios elevados de vivienda, falta de reconocimiento, dificultades de emancipación, diferencia entre las expectativas creadas y la realidad, una educación que ha infravalorado la capacidad de frustración y ha potenciado el conocimiento académico, baja educación emocional, crisis de valores familiares y emocionales. A eso se le une una sociedad tecnológica y cambiante, que toma al ciudadano como un consumidor y valora sobre todas las cosas la sexualidad y la juventud.

Todo eso lleva a la necesidad de evasión constante, a un alto número de enfermedades mentales (en primer lugar la depresión), adicciones, y a una falsa seguridad basada en la obtención de valores materiales. Al mileurista se le ha enseñado a desear una cosa y su contraria: no se maneja bien entre las contradicciones, porque no las percibe como tales, o no es capaz de reaccionar frente a ellas.

Pero ¿cuáles son, uno a uno, los elementos que crean esos problemas? ¿Y los modos de solucionarlos? ¿Cómo puede ser posible que la generación mejor formada, con más a su favor, tenga tanto en contra, y se manifieste apática y desengañada? Durante años, la educación y la posibilidad de vivir en una ciudad moderna y avanzada suponían el sueño de los habitantes de una España rural y analfabeta. Ahora, los urbanitas educados manifiestan su dolor existencial. ¿Qué ha ocurrido por el camino?

Ratón de campo, ratón de ciudad

Uno de los rasgos que definen al mileurista es su vinculación a lo urbano. El mileurista padece los sueldos y los precios de las ciudades, organiza su vida, su trabajo y su ocio en torno a las exigencias de las mismas. En ese sentido, continúa la tendencia del éxodo rural de las generaciones anteriores. Sin embargo, muchos de ellos, concentrados en grandes ciudades, no nacieron allí: han acudido a ellas cuando iniciaban los estudios superiores o en busca de trabajo.

El mileurista procede, en un alto porcentaje de casos, de ciudades de provincias o pueblos industrializados; en muchas ocasiones, sólo una generación o dos lo separan del ámbito rural, al que ha regresado durante las vacaciones de infancia: frente a quienes veraneaban en el saturado Levante español (Torrevieja, Torremolinos, Benidorm eran referencias casi míticas) estaban los que pasaban los meses de verano en el «pueblo».

Este hecho resulta más significativo de lo que parece: los veraneantes de los centros vacacionales solían reunirse con amistades que se reencontraban cada año, niños de similares edades procedentes de familias parecidas. Era un modo caro de disfrutar de los meses de verano, casi siempre asociado a los habitantes de las ciudades, que suponía la compra de una segunda vivienda, o un alquiler prolongado; las vacaciones escolares duraban dos meses y medio: las laborales, por lo general, uno. En ocasiones, las familias marchaban a la costa mientras el padre continuaba trabajando y se unía a ellos más tarde, los famosos *Rodríguez*. La serie *Verano azul* reflejó esas circunstancias: los niños gozaban de gran libertad, se desplazaban en bicicleta, no contaban con demasiado dinero de bolsillo para gastar, y las pandillas se mantenían estables hasta la adolescencia o en ocasiones incluso después de ésta.

Los veraneantes de los pueblos, en cambio, regresaban al seno de la familia, que en muchas ocasiones los hospedaba. Se producía entonces el reencuentro de varias generaciones, y la pandilla de los niños, si se daba, la componían primos y parientes más o menos cercanos. Los gastos se reducían,

la alimentación y los rituales se modificaban (muchos niños dormían siesta sólo en la casa de los abuelos), existía ropa *de vestir* y ropa para el pueblo y, durante uno o dos meses, los niños entraban en contacto con un modo de pensar y de vivir que pertenecía a un pasado cuarenta o cincuenta años atrás.

También en eso los mileuristas actúan como bisagra: si bien muchos de los jóvenes españoles no se han visto obligados a desempeñar un trabajo en el campo, su pasado los relaciona con ese entorno. Los padres, emigrantes a las ciudades, traían del pueblo embutidos, productos de huerta, quesos. A cambio, llevaban tejidos, vajillas de Arcopal, pequeños electrodomésticos. Los abuelos, en muchos casos, continuaban viviendo en los pueblos de una manera deliberadamente tradicional, y salvo visitas ocasionales, o invalidez, no marchaban a vivir con las generaciones más jóvenes.

A menudo participaban o eran testigos de rituales como la matanza, o la vendimia, o la cosecha. Los padres se ofrecían en ocasiones para echar una mano en el campo o sabían que se les esperaba para ello, en los momentos de mayor trabajo. De niños, los mileuristas han tenido animales sólo como mascotas, y no por su aprovechamiento, y los han percibido de una manera distinta a sus padres o abuelos. La matanza del cerdo, o de otros animales (terneros, conejos, pollitos de colores comprados en mercados que aparecían después como muslos y pechugas en su plato), han hecho que muchos de ellos desapruében la crueldad con los animales, o se hayan decantado por el vegetarianismo.

Si las generaciones sucesivas ven a los animales en granjas escuela, o no asocian claramente el alimento con el animal sacrificado, los mileuristas saben lo que comen, y de esas escenas infantiles se derivan algunas manías alimenticias: no comen pollo, o conejo, o ternera. Hubo, en su pasado, un pollo, un conejo, una ternera con nombre propio.

Les legaron refranes, obsesiones, conocimientos rurales. Muchos de ellos heredarán propiedades en aldeas o pequeños pueblos, en algunas ocasiones devaluadas y en otras, buenos negocios. Algunos se plantean reconstruirlas, y el sueño recurrente del chiringuito en la playa se alterna con el de establecer un hotelito rural que les permita una combinación coherente entre disfrutar del campo y obtener un rendimiento económico.

Si se vieran confinados a lo rural no sabrían desenvolverse; pese a los movimientos de recuperación de recetas y modos tradicionales de vida, la cría de ganado no intensiva, el cultivo de la huerta o el aprovechamiento de recursos naturales se han infravalorado y perdido.

En pocos años, el campo se ha desertizado, en parte por la emigración, en parte por el modo cruel en el que los incendios han arrasado bosques y prados. El envejecimiento de los campesinos hace que los montes se encuentren sucios; pocos suben a buscar setas, fresas, castañas, caracoles, o a cazar, o a recoger leña de rastrojo (cáscaras, piñas, palos). Los bosques se encuentran descuidados y en caso de incendios involuntarios (barbacoas, cigarrillos), los urbanitas reaccionan tarde y mal.

Aún está por ver qué ocurre con el ámbito rural durante los próximos años: algunos pueblos alientan que inmigrantes extranjeros, con hijos pequeños, acudan a ellos, en un afán de repoblarlos. Se intenta que las nuevas tecnologías no dejen atrás el campo, que los modos de explotación europeos rentabilicen explotaciones y cosechas, pero pocos jóvenes desean quedarse allí o retomar los oficios de tíos y abuelos. El rechazo de los mayores por el campo, la falta de oportunidades reales, la dureza de las condiciones y, sobre todo, el prestigio de la ciudad en el inconsciente colectivo, crean un éxodo aún presente, y lo confirman.

Pocos mileuristas regresan a los pueblos, ni siquiera para pasar las vacaciones (los lazos familiares se pierden o debilitan) o lo hacen durante periodos breves de tiempo. Tampoco visitan las segundas residencias de playa, que a veces han heredado o están a punto de hacerlo: esos centros de veraneo de costa han envejecido mal y son percibidos ahora como invasivos y con un alto impacto ecológico. Si el mileurista puede elegir, viajará al extranjero, o recorrerá zonas nacionales que no conoce, por su cuenta o siguiendo alojamientos rurales que otros sí se atrevieron a establecer. O buscará costas aún vírgenes, sin apartamentos, sin familias con niños, sin bicicletas ni pandillas.

Fechas claves para el mileurismo

El mileurista, testigo, pocas veces con un papel principal en la sociedad en la que ha vivido, se caracteriza por la nostalgia emocional y no histórica: no echa de menos hitos, como lo hacen las generaciones anteriores, sino momentos pequeños, marcas generacionales que parten de hechos compartidos en soledad. Frente a las fechas clave, hay una vinculación basada en experiencias personales, pero comunes, que parten de la televisión, de la publicidad, de los objetos que consumían. Dan por generales experiencias privadas, cotidianas, poco estruendosas, y las valoran más que lo objetivo. Sólo dos atentados terroristas de extraordinaria magnitud se han insertado en esa tradición.

El mileurista observa, mira, ve. Palpa, saborea. Lo personal, lo subjetivo, cobra una importancia excepcional. No vive, no aparece, no figura. Salvo contadas excepciones, generaliza lo particular.

Así, no vivieron, aunque experimentaron sus efectos, la crisis energética del 73, ni recuerdan, por lo general, la muerte de Franco (yo, con un año y cinco meses, me negaba a comer mientras mi hermana cazaba moscas ¡en noviembre! para distraerme). Algunos miembros mayores rememoran que no fueron al colegio y que les permitieron pasar varios días con acceso sin límite a la televisión. La Constitución Española, aún vigente, se aprobó en 1978, el mismo año en que se considera que comienza la Movida. En rápida sucesión UCD ganó las elecciones y los Estatutos de Autonomía fueron aprobados. Casi nada de esto dejó huella en ellos. Ni siquiera el golpe de Estado del 23-F (febrero de 1981), que reproducía con escalofriante exactitud los inicios de la Guerra Civil (crisis económica, desarticulación territorial, descontento de parte del Ejército, atentado terrorista de ETA, dimisiones en cadena, incluida la del presidente Suárez), tuvo para ellos las repercusiones que para sus mayores. Para ellos, Tejero fue neutralizado, y aunque la grabación de su entrada en el Congreso haya sido mil veces repetida y parodiada, la interpretación de los hechos posteriores diluye la posibilidad de la tragedia.

Quizás por ello tampoco valoren como otras generaciones el papel del Rey en esa ocasión, ni lo consideren una pieza necesaria para el futuro del país. Para los mileuristas, con Rey o sin él, el presente no contempla una variante de pasado.

Recuerdan, en cambio, que ese mismo año, en noviembre de 1981, se emitió por primera vez *Verano Azul*. Se ha perdido la cuenta de cuántas le siguieron: algunos defienden que no hubo nunca primera vez, y que la serie siempre fue una reposición. *Verano azul*, una creación de Antonio Mercero, contaba en 19 episodios las peripecias de una pandilla compuesta por cuatro adolescentes y dos niños que veraneaban en Nerja. A los niños se les sumaban dos adultos amigos, Julia, una pintora progre, y Chanquete, un pescador que vivía en un barco anclado en la playa, *La Dorada*. Aparte de las aventuras y los descubrimientos (desde la sexualidad a la menstruación), la serie tuvo dos puntos álgidos: una, la ocupación del barco de Chanquete, para que no fuera destruido, al canto de la canción del Joan Báez «No nos moverán», y otra, la muerte de Chanquete.

Chanquete murió (por primera vez) el siete de febrero de 1982. Su muerte sustituyó a la de la madre de Bambi en el imaginario colectivo y se convirtió en noticia de interés general: fue portada de varios periódicos; hasta apareció

en el telediario. Pancho, el único residente de invierno en Nerja, corría por la playa y gritaba: ¡Chanquete ha muerto! ¡Chanquete ha muerto!, constatando lo obvio. A Chanquete se le enterraba con la canción «Algo se muere en el alma», y de ahí los amigos se separaban. Todos los protagonistas consiguieron una calle en Nerja. Incluso Quique.

Recuerdan también el Mundial 82, por razones varias: la primera de ellas, porque se celebró en España. Otra, Naranjito. Naranjito, la mascota del Mundial, de gusto más que cuestionable: una naranja, se supone que valenciana, vestida de futbolista con el conjunto de la selección española, sus hojitas verdes como verdes mechones de pelo, sus calcetines bicolors y un perpetuo balón bajo el brazo. Naranjito tenía un amigo, Citronio, y una novia con lacito, Clementina, una serie de dibujos animados propia y unos antagonistas feos e inclasificables, uno de los cuales era un ordenador.

Pocos mencionarían en sus recuerdos la expropiación de Rumasa (*Ruiz Mateos Sociedad Anónima*), por el gobierno socialista, recién elegido, que tuvo lugar el 23 de febrero de 1983. Rumasa incluía unas 700 empresas, y tenía intereses en banca, bodegas, grandes almacenes (los extintos Galerías Preciados), alimentación... La abeja, el símbolo del *holding* español más importante, fue abatida de un manotazo: la empresa, según la justificación del Gobierno, amenazaba quiebra debido a las maniobras poco claras de José María Ruiz Mateos, y fue asaltada por la policía nacional y expropiada (algunos expertos hablan de *confiscación*).

La venta de Rumasa a entidades privadas duraría años y vinculados a ella se sucedieron sospechas de fraude y favoritismo; resultaron beneficiadas personas vinculadas al gobierno socialista. Tras la promesa, inviable, de convertir a los trabajadores en funcionarios del Estado, se recurrió a la emisión de *deuda pública especial* de 560 000 millones de pesetas que garantizarían el funcionamiento del *holding* mientras se vendía. Ruiz Mateos, encarcelado, defendió siempre su inocencia y la intervención estatal como un atropello.

El asunto Rumasa fue rápidamente olvidado, y si no perdió la atención pública entre otros escándalos se debió a la reacción de Ruiz Mateos, que inició una campaña de protesta sin precedentes en la pudorosa España exigiendo un juicio: la imagen del empresario vestido de Superman, con la abeja de Rumasa en el pecho no es fácil de olvidar. *Que te pego, leche*, la frase con la que amenazó a Boyer, ministro de economía, fue la frase más repetida durante meses.

La otra fue *Busque, compare, y si encuentra algo mejor, cómprelo*, que Manuel Luque, director general de Camp, precursor del márketing viral, inventó en 1985: Luque había sido contratado para rescatar de la quiebra a la empresa, que daba trabajo a unos 1000 trabajadores y debía ya 11 000 millones de pesetas (unos 66,1 millones de euros) por la competencia ineficaz con compañías como Procter&Gamble. Luque se hizo cargo de la empresa, y protagonizó el famoso spot, rodado por dos duros, en que aparecía al frente del personal y defendía las bondades del detergente Colón.

Cierto que se movía con penosa rigidez, que era evidente que su pronunciación había sido ensayada en más de una ocasión, que el estilismo de los 80 dejaba mucho que desear y se apoyaba en la confianza que, todavía entonces, en la era Mario Conde, inspiraban los ejecutivos (muchos clientes creyeron erróneamente que Camp le pertenecía). Pero la campaña fue un éxito, las ventas subieron inmediatamente, y en 1986 producía ya beneficios. La empresa fue vendida en 1989 al grupo competidor Benckinser por 36 000 millones de pesetas (unos 216,4 millones de euros). Tras veinte años, la frase y el anuncio se siguen recordando.

Por lo que respecta a Ruiz Mateos, casi veinticinco años después, la opinión pública considera que fue objeto de una enorme injusticia; pero el comportamiento extravagante del empresario ha restado credibilidad a sus exigencias, que aún distan de verse cumplidas. (La expropiación de Rumasa culebreó en 2006, como una comparación constante con el caso Afinsa y el Foro Filatélico, otro escándalo financiero llamado «la nueva Rumasa»).

Sin embargo, ese mismo año, el 21 de diciembre, en el antiguo estadio Benito Villamarín, se produjo una de las acciones épicas que los mileuristas recuerdan con mayor orgullo y amor: el partido de clasificación para la Eurocopa entre Malta y España.

Holanda, que se encontraba en el mismo grupo que España, le sacaba una diferencia casi imposible. España necesitaba once goles (once) frente a Malta para entrar en la Eurocopa; Malta, un país pequeño con un equipo humilde, no albergaba ninguna posibilidad para clasificarse.

Tampoco España estaba en una situación como para tirar cohetes. Sólo como anfitriona del Mundial, el año anterior había podido figurar en competiciones internacionales. 25 000 personas presenciaban en directo un partido retransmitido a toda España por la primera cadena.

El partido, con una alineación ya mítica en la que se contaban Goikoetxea, Camacho, Gordillo, Santillana y Buyo comenzó mal: España fallaba un penalti a los dos minutos de partido. Santillana marcaba el primer gol en el

minuto 16 y Malta empataba en el 24. A partir de ahí, los goles se sucedieron a una velocidad imposible: Santillana marcaba dos más antes del descanso, y uno después, cuatro Rincón, dos consecutivos en el mismo minuto Maceda, Sarabia uno y Señor el último. En España se desencadenaba la euforia: «Y si hubieran tenido en cuenta el de Gordillo, hubieran sido 13», se decía. La broma del Día de los Inocentes era que el portero de Malta había pedido asilo político en España.

España no logró gran cosa en la Eurocopa del 84, pero el abrumador 12-1 contra Malta supuso un hito tan enorme que aún en el último mundial las comparaciones eran constantes. John Bonello, el portero, fue rehabilitado veintitrés años después a través de la publicidad. Una marca de cerveza, anunciaba que buscaba el amigo perfecto, y encontró en John Bonello a «la única persona que hizo feliz a todos los españoles en un mismo día». El anuncio mostraba a Bonello (que, irónicamente, es entrenador de los porteros malteses), sentado en su casa, con la camiseta de Santillana enmarcada; y continuaba con el ficticio homenaje nacional, confetti y coche descubierto incluido, que se le tributaba por su «cooperación, fidelidad y comprensión». El pobre Bonello anunció en la rueda de prensa real que era un gran honor para él haber sido elegido como símbolo de la amistad.

(Por desgracia, cuando en julio de 2006 el pesquero *Francisco y Catalina* recogía a más de cincuenta inmigrantes a la deriva frente a las costas de Malta, la amistad se diluía: sin ayuda y sin soluciones, los inmigrantes y los marineros fueron juguetes de negociaciones entre la inamovible Malta, España, Libia e Italia).

El muro de Berlín caía en 1989, el año en el que Jomeini dictaba pena de muerte contra Salman Rushdie por los *Versos Satánicos*, moría Salvador Dalí, pero sobre todo, Robin Williams demostraba en *El club de los poetas muertos* que otra educación y otro modo de ver la literatura era posible (el joven incomprometido e idealista, Neil Perry, es ahora Wilson, el oncólogo infiel y contradictorio de la serie *House*: el otro joven cobarde, Todd Anderson, se convirtió en Troy Dyer, *Reality Bites*, un sintecho intelectual y en protagonista de otras películas del imaginario mileurista como *Antes de que amanezca*, *Antes de que anochezca* o *El señor de la guerra*).

Los noventa trajeron la guerra de los Balcanes, la hambruna de Somalia, la larga crisis del 93 tras las fiestas del 92 (con otras dos mascotas, Cobi y Curro, la modernidad catalana frente a la simpatía sevillana... ambas también de gusto cuestionable). Llegaron las bodas de las Infantas, el éxito de la canción «Macarena», el asesinato de Anabel Segura.

Sin embargo, en julio de 1997, los mileuristas perdían definitivamente la inocencia: incluso los más jóvenes de ellos eran adolescentes, y por primera vez, tenían que hacer frente a un hito puramente histórico, nacional y definitivo, en el que podían intervenir y expresarse: el asesinato de Miguel Ángel Blanco.

En enero de 1996, el funcionario de prisiones José Antonio Ortega Lara había sido secuestrado por ETA; Ortega Lara no fue uno más de una lista ya larga: durante 532 días fue retenido en un minúsculo zulo oscuro y sucio. El 30 de junio de 1997 un asalto de la Guardia Civil liberó a un hombre enflaquecido, de mirada perdida, en un estado depresivo tal que pensaba quitarse la vida unos días después.

La banda terrorista reaccionó con rapidez y brutalidad: el diez de julio, un joven a punto de casarse, el concejal del Partido Popular de Ermua, Miguel Ángel Blanco, era secuestrado. A cambio de su liberación se exigía el acercamiento inmediato de los presos vascos a su lugar de origen. De no acceder en dos días, Miguel Ángel Blanco sería asesinado. El Gobierno español se negó al chantaje terrorista.

Durante esos tres días, millones de ciudadanos se echaron a la calle para protagonizar una inmensa manifestación en la que, con las manos pintadas de blanco, se pedía clemencia a ETA. Hasta unas fiestas como los San Fermines se vieron afectadas. Se sucedieron vigilias y encuentros, y por primera vez jóvenes que nunca se habían manifestado se mostraban para anunciar su repulsa a la violencia.

Cincuenta minutos después de que se cumpliera el ultimátum, ETA disparaba dos tiros en la nuca del joven. Lo encontraron con las manos atadas con un cable eléctrico. Sobrevivió aún unas cuantas horas.

Su asesinato provocó una reacción sin precedentes, y que sorprendió sobre todo a quienes vivíamos en el País Vasco. Por primera vez los grupos cercanos al nacionalismo más radical se veían desbordados por la rabia, y se escondían. Los ciudadanos, casi siempre apáticos, o anestesiados, los señalaban, y gritaban en las manifestaciones: «*ETA, dispara, aquí tienes mi nuca*». Parecía que se había llegado al límite de las fuerzas. Entre cantos de *Libertad sin Ira* y más manos blancas, el pueblo, sin miedo, por primera vez en décadas, exigía el final del terrorismo. Los jóvenes se sentaban en el suelo, entrelaban los dedos y sentían que tenían derecho al legado del 68.

Fueron días terribles, en un julio abrasador, que ofrecieron la posibilidad de cambiar la sociedad: no fue así. Se diluyeron, por miedo a la radicalidad de ese mismo cambio. El movimiento posterior a esa muerte originó el llamado

Espíritu de Ermua. La revolución que se palpaba tan cercana no llegó como se esperaba, y quizás esa nueva decepción, añadida a las anteriores, ahondó en la indiferencia política de los mileuristas. De los acontecimientos de Ermua se derivaron el Pacto Antiterrorista, que unía a los dos grandes partidos españoles en una política más o menos acorde y la Ley de Partidos Políticos, que buscaba ilegalizar Herri Batasuna. ETA inició en septiembre de 1998 una tregua que rompería en noviembre de 2000. Se derivaron Lizarra y Estella. En 2006, ETA ha anunciado una segunda tregua indefinida.

(Durante el mes de junio de 2006, Francisco Javier García Gaztelu, «Txapote», y su colaboradora, miembros de diversos comandos de ETA, fueron juzgados por, entre otros crímenes, el asesinato de Miguel Ángel Blanco, 50 años de cárcel, y el de Fernando Múgica, 82 años. «Txapote», representante de la línea dura de ETA, fue capturado en Francia. Aunque se negó a declarar, y mostró una actitud chulesca y despectiva, empleó su derecho a la última palabra para afirmar que ETA no abandonaría la lucha).

Faltaba que aún muriera un mito frívolo, *Lady Di*, estrellada contra un pilar del puente Alma de París, el 31 de agosto de 1997; *Lady Di*, sin derechos reales, pero convertida por sí misma en un símbolo, una heroína y una mártir, inició una crisis que amenazó con cuestionar la continuidad de la monarquía inglesa, y que socavó aún más el apoyo monárquico de los mileuristas, que la habían visto dirigirse a un matrimonio sin amor en julio del 81 (el verano, por cierto, de la canción «Los Pajaritos»).

La inocencia perdida con los sucesos de julio del 97 se convertiría en una preparación trágica para los hechos de marzo de 2004: el país había reaccionado con la sorpresa y el horror generalizados ante los atentados del 11 de septiembre de 2001, pero se recuperó, quizás por la convivencia con el terrorismo, mucho antes que el resto de Europa. No tardaron en circular chistes y falsos rumores; las páginas web publicaban viñetas de Ibañez, el creador de *Mortadelo y Filemón*, en las que un avión se incrustaba en las Torres Gemelas. Hablaban de uno de los trabajadores que tras arrojararse del piso 82° había sobrevivido: su pronóstico era grave, añadían con sorna. Y mostraban cómo un billete de veinte dólares pronosticaba el atentado.

Las consecuencias no afectaron realmente a España hasta que el Gobierno de Bush inició la Guerra contra el Terrorismo y el Eje del Mal (*axis of evil*); España tomó parte primero en la guerra contra los talibanes afganos, y después, en la invasión de Irak. Si bien las protestas contra la guerra de Afganistán no fueron demasiado estridentes (se trataba de un régimen represivo, machista y contrario a los derechos humanos, existían dudas y

mitos exageradísimos sobre su invulnerabilidad), cuando el 20 de marzo de 2003 se produjo la invasión de Irak, las voces contrarias se elevaron con inmensa indignación.

Entre los mileuristas, el sentimiento antiamericano crecía. Para una generación que conocía bien la demonización yanqui, que había crecido con los rusos como enemigos en todas las teleseries, que comía en McDonalds y estudiaba inglés, el proceso de manipulación resultaba burdo e intolerable. Se sabía que el bloqueo a Irak causaba la muerte de millares de niños y la codicia por el petróleo, uno de los enemigos y de las presencias constantes del destino mileurista, asomaba de nuevo.

Los meses previos a la invasión habían visto el crecimiento y la fuerza del *No a la guerra*. Si bien en otros países involucrados en la alianza con Estados Unidos el *No a la guerra* fue sustentado por los partidos de izquierda, en España la inmensa mayoría de la población se oponía a ella. Artistas, escritores y actores de diversas ideologías se habían declarado contrarios. El 15 de febrero de 2003 había tenido lugar una inmensa movilización internacional, considerada la mayor de la historia; esas manifestaciones se sucedieron durante la guerra, cada vez menos respaldadas; la generación de los mil euros, con una masiva presencia en las primeras concentraciones, no es idealista: busca resultados inmediatos. Poco a poco, la nueva guerra se integró en la rutina. Por otra parte, la sociedad se consideraba a cubierto: pese a las amenazas de Al-Qaeda, se creía que las manifestaciones multitudinarias daban una clara idea de la oposición española al conflicto.

Los daños colaterales, esa hipócrita frase hecha, la ausencia de las armas de destrucción masiva que justificaran la invasión, la muerte de soldados y civiles convertían esa agresión en intolerable. Julio Anguita Parrado y José Couso, dos periodistas, fueron víctimas a las que rodeaba el misterio. Sin embargo, lo peor estaba por venir.

La estación de Atocha de Madrid es un intercomunicador de transportes que enlaza la línea 1 de metro, los trenes de cercanías y los nacionales y de alta velocidad. Además, la estación cuenta con numerosos restaurantes, tiendas, con un pequeño estanque interior, hogar de muchas tortugas abandonadas y un jardín tropical climatizado de 4000 m². Docenas de jubilados pasan allí las horas.

La mañana del 11 de marzo de 2004, tres días antes de las elecciones generales, entre las 07:36 y las 07:40, la hora punta matinal, diez mochilas cargadas con explosivos y activadas por teléfono móvil destrozaron cuatro trenes de cercanías. Tres de las explosiones tuvieron lugar en la estación de

Atocha, en el tren 21431, dos en el Pozo del Tío Raimundo, una en Santa Eugenia y una última en un tren junto a la calle Téllez. Algunas de las mochilas no habían explotado.

En un principio se pensó en un accidente ferroviario; luego, cuando estaba claro que se trataba de explosiones, la primera interpretación española, sin pruebas concluyentes, daba como sospechosa a la banda terrorista ETA, de la que se esperaba que actuara en los días previos a las elecciones. Sin embargo, la banda había negado la autoría a través de Arnaldo Otegi; tampoco había avisado, y el número de víctimas era inusualmente alto.

Los medios internacionales, en especial los más cercanos al gabinete Bush, apuntaban a un castigo de Al-Qaeda por la intervención española en la guerra de Irak, explicación que el Gobierno desechó y que defendió la oposición. No existían precedentes de una intromisión semejante, pero las amenazas de Bin Laden, y la coincidencia de la fecha con el 11-S hacían pensar en ello.

Ciento noventa y una personas murieron como consecuencia del atentado, 2057 resultaron heridas. Dos neonatos murieron también. Se organizó un primer hospital de campaña en la calle Téllez, que fue derivando a los heridos a distintas clínicas. Los cadáveres llegaban al pabellón 6 de Ifema, y la ciudad, silenciosa y herida, aún no se recuperaba.

(Yo pasé la noche del 11 al 12 de marzo en ese pabellón; los familiares, de distintas nacionalidades, se concentraban allí y esperaban ansiosos que se les dijera que quien faltaba estaba herido, en el hospital, o al menos, desaparecido. Se repartían chocolatinas y café que comíamos los voluntarios, agotados, pero al menos capaces de comer; mantas, bocadillos. Varios religiosos de distintas confesiones se ofrecían a hablar con ellos; recuerdo que sorprendí a los curas católicos rezando en un rellano de la escalera, de madrugada, durante un descanso; mi madre me acababa de contar que quizás fueran los islamistas los asesinos. Hasta entonces había dado por hecho que había sido ETA).

Los psicólogos preparaban a las familias para el proceso de identificación. En el pabellón 6 se había delimitado un espacio para las pertenencias halladas, y resultaba terrible la acumulación de abrigos, zapatos, joyas, papeles, bolsos y libros. Algunos de los bolsos estaban rasgados; por uno asomaba un cepillo de dientes. Había una bufanda idéntica a la mía. Muchos de aquellos fallecidos leían *Harry Potter*.

Fuera de Ifema, existía una tensión política creciente. Cada vez más datos contradictorios llegaban a los correos electrónicos y los medios digitales

registraron más visitas que nunca.

El 12 de marzo, la concentración convocada por el Gobierno desbordó todas las previsiones. Más de dos millones de personas invadieron las calles de Madrid: *Todos íbamos en ese tren*. El Presidente del Gobierno, el Príncipe y las Infantas, junto con otros dirigentes europeos, caminaban hacia Atocha. En otras ciudades, nueve millones de manifestantes se les unían.

El lema de la manifestación, «*Con las víctimas, con la Constitución, por la derrota del terrorismo*», fue muy criticado: con anterioridad se había discutido la reforma de la Constitución, y se vio como una petición del apoyo al PP. Hubo pancartas diversas, desde las que condenaban a ETA a las que denunciaban al Gobierno por mentiroso. No dejó de llover.

Las sospechas de ser manipulados por medios de información y partidos, alcanzaron el clímax con las manifestaciones frente a la sede del PP durante la jornada de reflexión previa a las elecciones. La convocatoria de estas concentraciones, realizada a través de emails y cadenas de mensajes de móvil, (*Por la verdad, ¡pásalo!*), no fue nunca del todo esclarecida, y frente a quienes defienden que fue espontánea hay quienes afirman que correspondió a una maniobra del PSOE o de IU. Lo que está claro es que fue la primera vez que en España se daban los medios tecnológicos necesarios para provocar esa reacción, fuera manipulada o no. La concentración eludió la jornada de reflexión porque las consignas no pedían el voto para ningún partido. Las caceroladas y los minutos de silencio se prolongaron durante toda la noche.

Aquel día supuso una tensión añadida para muchos vascos que vivían fuera de Euskadi: un gran número de ellos vieron con sorpresa como no se les dirigía la palabra. Los que defendían, por creencia o porque sus familiares les habían contado lo que se rumoreaba en las calles vascas, que la culpable del atentado no era ETA encontraron abierta hostilidad, y en ocasiones críticas directas.

De alguna manera, toda la mitología anterior al espíritu de Ermua revivió aquel día. Durante la manifestación por Miguel Ángel Blanco, Victoria Prego hizo un juego de palabras que fue malentendido: *Nosotros somos Herri Batasuna, no ellos. Nosotros somos el pueblo unido*. (Herri Batasuna significa *pueblo unido* en euskera). Se la abucheó en directo. Los mileuristas habían vivido hasta ese momento en el cisma radicado en la no-pertenencia de Euskadi al Estado Español.

La muerte de Miguel Ángel Blanco hizo visible que había vascos que se consideraban españoles y que, de hecho, había muchos españoles en Euskadi que no eran vascos. Se comenzó a hablar de HB como de una minoría y se

reconoció a una mayoría vasco-española, por primera vez desde la Guerra Civil. Todo eso saltó por los aires en el 11-M. Por un tiempo los vascos regresaron a su papel de asesinos y los españoles a su papel de víctimas. Se volvió a repetir algo que había erradicado la campaña de turismo *Ven y cuéntalo*: que daba miedo viajar a Euskadi.

La sociedad española puso de manifiesto sus diferencias y el alto nivel de conflicto que existía a raíz de los atentados: frente a la unión férrea americana, se rompió el Pacto Antiterrorista, y se inició una crispación política que aún se prolonga. El arresto y el posterior suicidio en Leganés de la cédula de Al-Qaeda que al parecer causó el atentado, la detención de *Mohamed el egipcio*, el presunto cerebro del 11-M, o la trama asturiana de explosivos no satisficieron ni redujeron la fractura social.

La participación en las elecciones del 14-M fue alta, de un 78 %; la esperada reelección del PP no se produjo, y el PSOE obtuvo la mayoría. Algunos cuestionan que el triunfo del PSOE se debiera, en realidad, a los atentados del 11-M y niegan el voto de castigo al PP. Si así fuera, las movilizaciones del 12 y 13-M no habrían surtido efecto, y por lo tanto, se minimizaría la influencia de la sociedad.

Las investigaciones sobre el 11-M llevaron al juez Del Olmo a dictar el 11 de abril de 2006 que el atentado fue «inspirado» pero no «ejecutado» por Al-Qaeda, y que puede atribuirse al Grupo Islámico Combatiente Marroquí. Una de las primeras medidas del nuevo Gobierno socialista fue la retirada de las tropas españolas de Irak.

No es posible abordar la mentalidad y el alma de los mileuristas si se olvidan estos hechos. Su edad y sus responsabilidades, cada vez más pesadas, les han permitido ser conscientes de los hitos históricos que les corresponde afrontar: y sin embargo, prevalece la idea de que son otros los protagonistas, de que ellos, desde el sillón de su casa o en la calle, en manifestaciones multitudinarias, poco tienen que decir. Poco que cambiar. Poco se les escucha. Son adultos, pero se consideran juguetes. O se les considera juguetes.

1. LA MENTE

LO OCULTO

*Por cuanto hice y por cuanto dije
no tratéis de encontrar quién era yo.
Un obstáculo se alzaba y transformaba
mis acciones y mi modo de vivir.
Un obstáculo se alzaba y me detenía
muchas veces cuando iba a hablar.
Sólo me entenderéis
por mis acciones más secretas
y mis escritos más ocultos.
Pero acaso no vale la pena que empleéis
tanta atención y tanto esfuerzo para conocerme.
Más tarde en otra sociedad más perfecta
algún otro, hecho como yo,
surgirá sin duda y actuará libremente.*

KONSTANTINOS P. KAVAFIS (1908)

1.1. La educación. Íbamos a ser príncipes

Íbamos a ser príncipes. De hecho, la niña que llegaría a ser princesa estudiaba en un colegio público, e incluso de las infantas españolas se esperaba que continuaran sus estudios en la universidad.

El refranero español, agudo y chivato, no acuñó por casualidad el dicho «pasar más hambre que un maestro de escuela». Históricamente, el sueldo de los maestros dependía de los ayuntamientos, y éstos, por la pobreza generalizada, y también por tradición, les pagaban tarde, mal y nunca. Hasta cinco años de sueldo se les llegaba a deber. Algunos murieron literalmente de hambre, y la mayoría vivía de la caridad. En el año 1901 la reforma de Romanones inició cambios tan importantes como que los presupuestos de las escuelas primarias (salvo en el País Vasco y Navarra) fueran obligación del Estado. Hasta coplas sacaron ante el escepticismo general de que a los maestros se les pagara el sueldo.

Cuando los *Baby Boomers* eran niños, en plena posguerra, los colegios privados religiosos se encargaban de la educación de las familias pudientes: la segregación por sexos resultaba corriente, y muchos de los varones acudían al Seminario, tras el cual tomaban los hábitos o no. Las niñas, destinadas sobre todo al matrimonio, recibían una formación específica en labores del hogar, al cargo de la Sección Femenina: algunas de ellas, no obstante, una minoría, llegaban a estudiar Derecho, Medicina o Arquitectura. Antes de la reforma del Bachillerato de 1953^[1] se impartían asignaturas como «Formación del espíritu nacional», «Catecismo patriótico» y «Curso nacional de hogar». El castigo físico se aceptaba con naturalidad y se esperaba de los maestros que fueran severos, pero justos, como una prolongación de la disciplina doméstica.

Se suponía que desde 1909 la escolarización entre seis y doce años resultaba obligatoria. Desde 1945, la ley distinguía entre niños de primaria general (entre 6 y 10 años) y especial (de 10 a 12). Después se sucedía el Bachillerato, al que remataba un Examen de Estado que, si se superaba, permitía el acceso a la Universidad. La Ley de reforma de 1953 contemplaba cuatro años de Bachillerato general, dos de especialización (ciencias o letras) y un año de Preuniversitario.

Antonio Álvarez, un maestro zamorano descontento con los manuales de enseñanza, había creado la Enciclopedia Álvarez, el libro de texto obligatorio

del año 54 al 66. Recientemente, Edaf publicó una reedición facsímil del mismo: parte de los ocho millones de niños que estudiaron con ella la compraron de nuevo. La asignatura de Historia, condicionada por la censura franquista, resultaba una obra de ficción. El método era memorístico y potenciaba la repetición, aunque apoyada en resúmenes y con ejercicios que se resolvían en el libro del profesor.

En los ámbitos rurales, el absentismo laboral^[2] se generalizaba durante la época de mayor trabajo en el campo o tras el nacimiento de un nuevo hermano. Los varones gozaban de más oportunidades de completar los estudios de primaria que las niñas, y los hermanos menores, más que los primeros. Los maestros se encargaban de una escuela-aula única, con alumnos de todas las edades, y la mayor parte de los niños abandonaban la escuela sin certificados, a partir de los 12 años, aunque en 1964 la obligatoriedad de la enseñanza se había extendido hasta los 14^[3].

Las mujeres se educaban para casarse o para oficios femeninos (costura, cocina, limpieza). Los hombres se encaminaban a talleres, fábricas, oficios técnicos o trabajo en el campo. La emigración a las ciudades o a Europa se imponía como otra de las realidades de la España rural de los 60 y 70. Si en la teoría, la inteligencia allanaba el acceso a la universidad, la práctica probaba que muy pocos de ellos podían permitirse estudiar. Los estudios pertenecían a los ricos, y garantizaban la permanencia de la riqueza. Por ello, una quimera recurrente de los *Baby Boomers* menos favorecidos era que sus hijos llegaran, costara lo que costara, a la universidad. El Gobierno socialista de Felipe González se hizo eco de esa obsesión y favoreció un sistema de becas, tanto por calificaciones como por ingresos, que, junto con la gratuidad de la enseñanza, hizo posible el sueño.

Los hijos de los obreros a la universidad: reformas educativas sin fin

La Ley General de Educación (LGE o Ley Villar Palasí), implantó la Enseñanza General Básica en 1970. La mayor parte de los mileuristas estudiaron bajo este sistema educativo, que imperó hasta 1989. La LGE dictaba una educación obligatoria formada por Educación Preescolar, para niños de 3 a 5 años, equivalente a la guardería, y la Educación General Básica (EGB), durante ocho años, entre los 6 y los 14. Este sistema incluía tanto los colegios privados como públicos, y los alumnos avanzaban de curso conforme a la evaluación del profesor: sobresaliente, notable, aprobado, suspenso. Determinado número de suspensos obligaba a repetir curso. A los 14 años se

obtenía el Graduado Escolar y el alumno podía elegir entre continuar o no su formación.

Si no continuaba, el niño se enfrentaba a un vacío legal, ya que no se le permitía acceder al mercado laboral hasta los 16 años, cuando adquiría la edad de responsabilidad penal. Por lo tanto, muchos niños con problemas de aprendizaje o conducta, o con fracaso escolar, no podían ni estudiar ni trabajar legalmente; esa situación era muy temida por los padres, que intentaban que fuera contratado como aprendiz sin sueldo; cualquier cosa antes que dos años ociosos, los más propicios para encontrar problemas. Los que no continuaban estudiando, tenían con frecuencia más de 14 años, porque ya habían repetido algún curso. Los miedos principales se resumían en que fuera captado por amistades poco convenientes, o cayera en el consumo de drogas, esto era, la heroína (la *ruta del bakalao*, o las drogas de diseño aún no se habían popularizado). En el caso de las chicas, añadían el que se quedara embarazada. Los fantasmas que rondaban a los padres no se diferenciaban demasiado de los que les amenazaban cuando ellos eran jóvenes. Aún no conocían los problemas específicos de la generación mileurista, ni habían tomado conciencia de lo rápidamente que estaban cambiando las circunstancias.

Si el niño deseaba aprender un oficio técnico, se le derivaba a Formación Profesional (FP); para ello no hacía falta el Graduado Escolar. Si tras los dos años de FP deseaba continuar estudiando, podría hacerlo con la FP2, la Formación Profesional de Segundo Grado. El alumno terminaba sus estudios con 18 años. La FP era una formación práctica, que muchos padres (y alumnos) despreciaban porque no exigía capacidades intelectuales abstractas; frente a la mitificación de los estudios universitarios, se consideraba como un premio de consolación, casi como la formación de un obrero especializado.

Si lo que deseaba era la universidad, el niño debía cursar el Bachillerato Unificado y Polivalente (BUP) en un instituto, durante tres años. Al BUP le seguía un Curso de Orientación Universitaria (COU), que tras una prueba de Acceso a la Universidad (Prueba de Selectividad) les permitiría elegir una carrera. Ésa era, al menos, la teoría.

Con la llegada al poder en 1982 del PSOE, se cuestionó la necesidad de una reforma educativa, que originó la promulgación de la Ley Orgánica de Ordenación General del Sistema Educativo (LOGSE), en octubre de 1989.

La LOGSE mantenía la educación preescolar idéntica, pero reducía la Educación Primaria (EPR) a seis años. Los niños llegaban a la Educación Secundaria Obligatoria (ESO) con 12 años, y la dejaban con 16: se obtenía el

título de Graduado en Educación Secundaria Obligatoria. Eso, suponiendo que los alumnos hubieran aprobado (o promocionado) a curso por año, lo cual era automático, independientemente de que hubieran aprobado o no sus exámenes. Podían repetir dos años en toda la educación obligatoria.

Por lo tanto, se ampliaba la edad de enseñanza obligatoria, y los alumnos sin interés por los estudios compartían aula hasta los 16 años, ampliado a los 18 años, si repetían, con los que aspiraban a la enseñanza superior. Los profesores se quejaban de la falta de motivación de los alumnos, que sabían que pasarían de curso y de los conflictos que se creaban: muchos de los alumnos menos dotados se sentían frustrados de tal manera que creaban conflictos, agresiones y peleas.

La tendencia era homogeneizar la enseñanza rebajando los contenidos de la misma, lo que suponía que muchos de los alumnos con interés llegaban al término de sus estudios con una preparación muy baja. Para remediarlo, se recurrió a la diversificación del aula y a la creación de los «Partes de Incidencias», que daban fe de los problemas, de comportamiento.

Cuando llegaban a los 16 años, el niño podía abandonar los estudios e integrarse en el ámbito laboral sin conflictos legales; o bien iniciar un Ciclo Formativo, que durante dos o tres años le formaría en oficios técnicos; o cursar dos años de Bachillerato, a los que seguía la Prueba de Selectividad, ligeramente diferente y menos exigente que la del antiguo COU, que se extinguió en el año 2001.

La mayoría de los mileuristas, por lo tanto, cursaron la EGB con la certeza de que su sistema educativo se transformaría en otro casi de inmediato: un nuevo método menos exigente y con mayores facilidades de aprendizaje que el suyo. Fueron testigos de que la temida Selectividad escondía los dientes con sus hermanos pequeños, y sospecharon que la universidad rebajaría sus expectativas para aceptarlos, mientras ellos no gozaban de esos privilegios. Pero, por otro lado, fueron acusados de unos conocimientos magros, más prácticos y menos memorísticos comparados con el sistema anterior, de una cultura general pobre y de un aprovechamiento menor. El consuelo de tontos era que, al menos, habían resultado beneficiados con una enseñanza de mejor calidad.

Los profesores de Secundaria y Primaria buscaron solución jurídica a los posibles conflictos que traería la LOGSE. Los padres protestaron por la pérdida de la calidad de la enseñanza y exigieron grupos menores y mayor atención. Los estudiantes de EGB no tuvieron a quién quejarse.

Inglés e informática

Una clase de EGB normal en un medio urbano podía contar con treinta y cinco o cuarenta niños por aula (aunque habían reducido el número de hijos, los *Baby Boomers* continuaban siendo muy numerosos); de éstos, la mitad tenían algún diente mellado, o se habían roto un hueso alguna vez. (De hecho, mis dos mejores amigas tenían respectivamente un brazo roto y dos dientes mellados por sendos accidentes ocurridos en el colegio. Ninguna de sus familias denunció al centro, algo que quizás se hubieran planteado en la actualidad. En otra ocasión abofeteé, aún defiendo que con razón, a otra de mis amigas íntimas. Tampoco hubo denuncia ni protestas: se arregló cuando le pedí perdón y le regalé unos pendientes de plástico fucsia. Ni profesores ni padres tuvieron que mediar).

El horario de clases más común era de 9 a 13:00 (o 12:00, en primer ciclo) y de 15:00 a 17:00. Algunos colegios, sobre todo en las ciudades, contaban con comedor y también con transporte escolar. Los que no, regresaban a casa para comer y volvían por la tarde, a pie, solos o acompañados por las madres. Los grupos resultaban muy homogéneos: niños y niñas blancos, españoles, castellanoparlantes, educados en la tradición católica o su entorno, procedentes de hogares en los que los padres vivían juntos y casados, al menos un hermano, y con una mayoría de madres que trabajaban como amas de casa. Los casos de divorcios, o de niños ateos, judíos o Testigos de Jehová, que no tomaban la Primera Comunión o asistían a Ética en lugar de Religión, eran escasos, y por lo tanto, pintorescos. Sin embargo, muchos de los padres se divorciarían con el tiempo; un alto porcentaje de mileuristas vivieron en familias monoparentales o con un progenitor casi ausente durante la adolescencia.

Ese panorama resulta ahora casi idílico, ingenuo, imposible. Los mileuristas ven que las reducidas clases de sus hijos, o sus sobrinos, son multiculturales y multicolores, sin confesión religiosa, con diversas composiciones familiares, con padres y madres que trabajan fuera de casa o con una excedencia temporal; y muchos de ellos no tienen ni tendrán hermanos.

Los castigos en las clases se reducían, por lo general, a verse apartado del grupo, escribir líneas o un aumento de deberes. Algunos profesores propinaban cachetes o tirones de pelo; un exceso de violencia se hubiera detectado ya como sospechoso. También los padres habían reducido el castigo físico, salvo lamentables excepciones, a un zapatillazo o un azote en el trasero. Los padres cuestionaban poco a los profesores, y los niños no

esperaban que en un conflicto, aquéllos se enfrentaran a éstos. La autoridad se desprendía de los mayores, y regresaba a ellos.

Pronto, los mínimos de la enseñanza se elevaron. Los padres captaron enseguida que entre un grupo de alumnos con la EGB aprobada, la competencia sería grande. La gratuidad de la enseñanza, pese al coste de libros o ropa, permitía que destinaran dinero para que los niños se formaran en otros campos: así llegaron las actividades extraescolares, principalmente el estudio del inglés y de informática. Si se quería que los niños llegaran a la universidad, tenían que ser los mejor preparados de la clase.

La mayor parte de los padres se habían educado en la idea de que el estudio significaba un privilegio y, por lo tanto, no se valoraba el esfuerzo mental que precisaba: muchos niños asistían a las clases sin haber desayunado de manera adecuada, o sin tentempié de media mañana. La idea del *stress* o la depresión infantil resultaba tan ajena que ni se contemplaba: por lo general, se temía más que el niño estuviera desocupado que la saturación de su tiempo. Con tantos juguetes nuevos (el Scalextric, los Clicks, el Simón, el Tente, el Gusiluz, la Nancy, el Nenuco), se daba por hecho que la necesidad de juego de los pequeños estaba cubierta. En un intento por formar lo mejor posible a sus hijos, y como modo de mantenerlos ocupados cuando los dos en la pareja trabajaban, los padres abarcaban todos los registros: idiomas, deporte, música, teatro...

Se consideraba que el inglés, que había suplantado al francés como segunda lengua, *abriría muchas puertas*. En las comunidades en las que existía otra lengua oficial, el aprendizaje de ésta se equiparó al inglés: pocos españoles hablaban más de un idioma, y los años del franquismo habían desprestigiado las lenguas regionales. Era el momento de reivindicarlas. Métodos de gallego, catalán o euskera se combinaban con la pedagogía más avanzada para el inglés o el alemán.

RTVE, en colaboración con la BBC, iniciaba una experiencia de televisión educativa con *Follow Me*, que permitía aprender inglés desde casa y por la tele. A *Follow Me* le siguió *That's English*; no en vano el programa infantil por excelencia de la época, *Barrio Sésamo*, procedía de una experiencia similar: las diferencias entre el concepto *arriba* y *abajo*, *cerca* y *lejos* explicadas por la rana Gustavo, Epi y Blas o Caponata cobraron un sentido nuevo a partir de entonces. (A la gallina Caponata y al caracol Perezgil le sucedieron en 1983, y durante tres intensos años, el erizo Espinete y don Pimpón, con la pandilla de Chema, Julián y la, *a posteriori*, descocada Ruth Gabriel. *Los mundos de Yupi*, menos pedagógico, no igualaría su éxito).

Por desgracia, la carencia crónica de oído nacional o la falta de disposición para el inglés no se remedió con ello, y toda una serie de academias de idiomas aparecieron para solucionarlo: Wall Street Institute, Opening, Brighton abrieron franquiciados en numerosas ciudades (se basaban en el autoestudio, y los resultados fueron, en general, mediocres; aún así, tardaron hasta entrado el siglo XXI en cerrar). Los padres que podían enviaban a sus hijos a estudiar durante un año al extranjero, o al menos, un verano a Dublín, por cuyas calles se escuchaba más voces españolas que sajonas.

La informática se convirtió en la otra obsesión: en un mundo que adivinaba la importancia de la programación, se esperaba que todos los niños aprendieran a usar el ordenador lo antes posible. Caros, aparatosos, y con pantallas en verde y negro, estaban muy lejos de convertirse en electrodomésticos. Los colegios poseían un par de ellos, en el mejor de los casos, con los que los alumnos practicaban por turnos. Con disquete, por supuesto, MS DOS y la severa afirmación de que no eran para jugar: las prestaciones no diferían demasiado de una máquina de escribir eléctrica. Olivetti, Spectrum, Amstrad... Duraban años, en plural, cuatro, cinco, ocho...

El abaratamiento de costes logró en pocos años lo que parecía imposible: la inmediata vejez de cada modelo, un ordenador en la mayor parte de las casas mileuristas, y que los portátiles no fueran un sueño burgués. Aún faltaba por llegar Internet, pero quién soñaba con ello entonces.

Aparte de eso, los niños gastaban sus horas libres en kárate (eran los años de Kárate Kid, Pat Morita y *dal ceta, pulil ceta*; miles de varoncitos se dieron de baja cuando descubrieron que el objetivo de las artes marciales no era repartir leña), baloncesto, y sobre todo, el fútbol; durante la Quinta del Buitre, y el imperio aún sin drogas de Maradona no parecía existir otro deporte. Las niñas acudían a ballet, a solfeo y gimnasia rítmica. Luego llegaba piano, acordeón, violín. Los chicos se resistían al solfeo, pero a veces se les lograba convencer ante la perspectiva adolescente de ser el rey del baile con una guitarra. El tenis y el esquí estaban considerados aún como deportes elitistas.

Los padres parecían competir en un programa delirante de actividades formativas que no permitía que el niño jugara, o dedicara tiempo a nada que no fuera provechoso. Aparte de las actividades extraescolares estaba la catequesis, imprescindible antes de la Primera Comuni3n, y que algunas familias creyentes prolongaban varios años más. Todo, cualquier cosa, antes que pasarse las horas muertas frente a la televisi3n, o que rondaran sin rumbo por la calle; el enemigo interior, el enemigo exterior.

Y fuera del colegio...

Muchos de los padres obreros o con puestos administrativos se enfrentaban en aquellos momentos a unas circunstancias durísimas. Mientras sus hijos mileuristas se preparaban para recorrer los pasillos de los institutos, con las hormonas revueltas, las carpetas con apuntes y sus sueños de grandeza, se avecinaba un nuevo cambio político en España: a finales de los 80 dos escándalos políticos salpicarían al Gobierno socialista. Uno de ellos fue la *guerra sucia* de los GAL, que entre 1983 y 1987 acabó con una treintena de personas relacionadas con la banda terrorista ETA, bajo la supervisión y con fondos del Estado. Los nombres más importantes del Ministerio del Interior estaban implicados: Barrionuevo, Vera...

El otro supuso el fin de la *cultura del pelotazo*, o de las facilidades que un cierto círculo de personas, la *beautiful people*, encontraba para aprovechar sus influencias políticas de manera personal, y enriquecerse, sobre todo a través de la especulación. Uno tras otro, altísimos cargos (el gobernador del Banco de España, Mariano Rubio; el ministro de Sanidad, García Valverde; el director de la Guardia Civil, Luis Roldán... o el mismo hermano de Alfonso Guerra, Juan Guerra) fueron acusados de desfalcos, estafas, tráfico de influencias y corrupción.

La *década del cambio* socialista había logrado importantes metas: muchos de los mileuristas estudiaban con becas, o con la posibilidad de lograrlas. Aumentó el número de pensionistas, se amplió la cobertura de desempleo, algo que, dada la situación laboral, era más que necesario, y la Seguridad Social amparó a más de seis millones de personas excluidas del sistema sanitario hasta entonces, lo que inició la obsesión por quién cotizaría en un futuro para mantener esas pensiones. Sin embargo, el paro había aumentado: y se preveía que cuando el gran número de estudiantes que transitaban por la enseñanza secundaria y la universidad llegaran al mercado laboral, aumentara todavía más.

Los principales astilleros cerraron: España, la tercera potencia mundial en construcción de barcos, pasó de tener una cuota de mercado en Europa del 5 %, a sólo un 1,2 %. Se desmantelaron los Altos Hornos, y les siguieron un elevado número de industrias relacionadas con la maquinaria, la siderurgia, los plásticos. A eso se le unió la nunca resuelta situación de pescadores (la flota se redujo a una quinta parte) y mineros.

Las huelgas generales no habían frenado el aumento del paro, ni tampoco las numerosas manifestaciones y encierros. Todo eso había hecho que una de las palabras más empleadas en los 80 fuera *reconversión*: una reconversión

brutal, que afectó a ciudades y regiones enteras (Vigo, Ferrol, Sagunto, Cádiz y San Fernando, margen izquierda vizcaína, Asturias, entre otras) y que provocó la pérdida de unos 20 .000 empleos directos.

La agricultura, por otra parte, pendiente de una eterna reforma racional, recibía una serie de subvenciones que desligaban el incremento de la producción de su precio, y que favoreció el monopolio y el monocultivo: casi medio millón de pequeñas y medianas explotaciones agrícolas cerraron o pidieron la jubilación anticipada.

Sólo el turismo parecía mantenerse: sol, playa, y un número inesperado de alemanes que ocupaban Mallorca continuaban siendo permanentes huevos de oro; era comprensible que los padres procuraran por todos los medios que sus hijos se librasen del destino que esperaba a los obreros: pero muchos de ellos sospechaban que quizás fuera sólo para que terminaran como camareros.

Institutos superpoblados...

La reforma de la LOGSE amenazaba con capturar a cualquier alumno que se rezagara durante el BUP: para muchos de los mileuristas, los años en el instituto no eran sino un largo compás de espera hasta la universidad, porque no se concebía que pudiera existir otra opción, como el salto a FP (un fracaso), el abandono escolar (otro fracaso), o el año sabático (inconcebible).

Los institutos de los mileuristas se encontraban tan saturados como los colegios de Primaria, y en algunos casos aglutinaban a todos los adolescentes de la comarca. Durante los dos primeros años, la enseñanza era común: lengua y literatura españolas, historia y geografía, matemáticas, inglés, biología y geología, física y química, latín, música, dibujo, educación física, religión o ética, una asignatura de libre elección (informática, cocina, francés, electricidad, teatro...) y lengua autonómica conformaban el programa.

En 3º de BUP se podían escoger algunas asignaturas: continuaban siendo comunes el inglés, la lengua autonómica, historia, y filosofía, religión o ética, educación física y libre elección, pero se pedía al alumno que se decantara hacia la rama universitaria que deseara estudiar. Si era de ciencias, debía elegir tres de estas cuatro asignaturas: física y química, ciencias naturales, matemáticas y literatura. Si de letras, tres entre literatura, latín, griego y matemáticas.

El último curso, el de COU, se mostraba más especializado y se diversificaba en dos ramas de ciencias (una opción biosanitaria, con biología y química, destinada a Medicina, Enfermería, Veterinaria, Farmacia, Biología... y otra técnica, con física y dibujo técnico, con la que optaban a

Ingenierías, Arquitecturas...) y dos de letras: ciencias sociales y humanidades, que se distinguían básicamente en que el primero incluía matemáticas (Periodismo, Derecho, Empresariales...), y el segundo las sustituía por el latín (Historia, Filologías, Filosofía...).

El COU se preocupaba menos por la formación real de alumnos que afrontaran la carrera con seriedad como porque superaran la prueba de Selectividad: una nota alta facilitaba que el alumno eligiera la carrera deseada, algo que según pasaban los años no se garantizaba en absoluto. Las carreras que gozaban históricamente de una mayor demanda, y las universidades más prestigiosas se encontraron a finales de los ochenta y en los noventa con que la superpoblación de Primaria y Secundaria tomaba también sus aulas: por lo tanto, impusieron una nota de corte, que se comparaba con la que los alumnos obtenían con la media de COU y la nota de Selectividad. Si no la alcanzaban, debían repetir la Selectividad, o renunciar a la carrera elegida.

La Selectividad, por lo tanto, era una prueba temida, decisiva, larga, con exámenes que evaluaban los conocimientos de los alumnos y también su madurez para el análisis y los comentarios. Muchos institutos, especialmente los privados, basaban su reputación en el porcentaje de aprobados de la Selectividad; de no superar todas las asignaturas del COU, no se les permitía presentarse.

Existía un problema mayor, que se intuía ya: frente al concepto de carrera prestigiosa, anclado con firmeza en la mente de los padres y en la de muchos hijos, aparecía otra expresión: la carrera con *salidas*. La saturación, año tras año, de las universidades, había acabado con la garantía de obtener un trabajo tras la licenciatura. Mientras los mileuristas menores se examinaban de la Selectividad, sus hermanos mayores descubrían que ni el título, ni el inglés, ni la informática, servían para gran cosa en un mundo plagado de licenciados con inglés e informática. O continuaban formándose, o se resignaban a un trabajo para el que estaban sobrecualificados.

Pero, como diría Michael Ende, un mito para los mileuristas, ésa es otra historia. Y, no les quepa duda, les será contada en otra ocasión.

Mientras los adultos asistían a las consecuencias de la reconversión, los adolescentes españoles se definían como tales: encontraban productos destinados especialmente a ellos, revistas, moda, programas, incluso bebidas y chucherías. Ese espacio sin definir que se extendía entre la infancia y la edad de trabajo atraía ahora la atención de empresas y publicistas: y las

televisiones, que habían aumentado en número, se dirigían directamente a ellos con tentadora obstinación.

Siempre habían existido programas de música destinados a jóvenes; y, por supuesto, dibujos animados, y espacios para niños (*Un globo, dos globos, tres globos; La cometa blanca; La bola de cristal...*). Pero ahora, por primera vez, aparecían en la televisión series en las que los protagonistas no eran pandillas de niños, sino adolescentes de instituto.

La película *Grease* había abierto el camino. Otros protagonistas adolescentes, como el de *Regreso al futuro*, *La chica de rosa*, llevaron a que *Sensación de vivir* (Aaron Spelling, 1990) indicara durante diez años cómo debían vestirse, hablar y disfrutar los adolescentes. La diferencia entre la realidad española y la ficción americana resultaba tan evidente (y en cierta medida, dadas las circunstancias, tan insultante) que cuesta creer que se aprobara su emisión. Los jóvenes actores de *Sensación de vivir* eran guapos, delgados, y se enfrentaban a problemas insustanciales con una actitud tan poco coherente que no se entiende cómo los estudiantes de un entorno como un instituto de Alcorcón, o del País Vasco, sin ir más lejos, en plena recesión económica, podían identificarse con ellos.

Las series americanas daban por hecho que los adolescentes conducían desde los dieciséis años, pero no tenían acceso al alcohol hasta pasados los dieciocho. Vivían en casas adosadas, cambiaban de aula para cada clase, seguían un sistema educativo más parecido a la LOGSE que a la EGB, contaban con taquillas personales y cumplían con una agenda de citas que marcaba su popularidad y que cristalizaba en el baile de fin de curso.

Y sin embargo, el proceso de identificación se producía. Los adolescentes querían que se hablara de ellos y para ellos, incluso aunque se les contara mentiras. *Brenda*, *Brandon*, y el pseudo James Dean *Dylan* fueron adaptados en *Al salir de clase*, la versión, casi calcada, española; a lo largo de sus mil capítulos diarios, se (de)formó a un impresionante número de actores jóvenes que han logrado cierta fama, y el imperio Spelling continuó con *Salvados por la campana*: o el subproducto *California Dreams*. Muchas otras, aún siendo series familiares (*El príncipe de Bel-Air*, *Cosas de casa*, *Padres forzosos*), prestaban gran atención al personaje adolescente, y a su entorno escolar. Aparecieron luego *Blossom*, *Sabrina*, *Buffy la cazavampiros*. Todas ellas reflejaban situaciones ideales con adolescentes irreales, cuyos conflictos se solventaban sin ayuda o con la de un comprensivo adulto. Series de evasión, chillonas, con un *look* claramente de los noventa, estampados imposibles, hombreras y flequillos planchados.

Sólo una serie de la época se salvaba, y no precisamente por su realismo: *Parker Lewis nunca pierde* (1990) se amparaba en una estética de cómic, imposible, y en la burla deliberada, irónica e inteligente de cada uno de los arquetipos de instituto: el empollón, el *rocker*, el soplón de la profe, las animadoras...

Por lo tanto, todo lo que rodeaba a los mileuristas daba por hecho que estaban donde debían estar: en el instituto. Las otras posibilidades, o no se contemplaban, o no se presentaban como deseables. Se daba por hecho también dónde estarían durante los años siguientes: les esperaba la universidad.

... universidades anquilosadas

La universidad de finales de los años ochenta y principios de los noventa no se parecía en nada a la que una minoría de *Baby Boomers* había pisado en los sesenta. Para comenzar, se dio un salto cuantitativo: uno de cada veinte *Baby Boomers* recibió educación universitaria. Uno de cada cuatro jóvenes de la generación posterior ha pasado por la universidad.

Se había experimentado un avance tecnológico extraordinario, que amenazaba con superar todas las expectativas: la demanda de las industrias y los nuevos campos de trabajo exigía la creación de nuevas titulaciones, se perseguía que la universidad contara con una base homogénea y con unos programas que estabilizaran y unificaran la enseñanza. Se pedía que la universidad fuera práctica, efectiva, y que satisficiera las necesidades de empresas e industrias. Y se necesitaba que se fundaran más.

Así se hizo: en 1976 existían 26 universidades en el territorio español; en 2000, 64 (48 públicas, 16 privadas). Las competencias de las universidades se derivaron a las comunidades autónomas, que se aseguraron de crear al menos una en su territorio, en ocasiones a partir de centros adscritos a universidades mayores. El número de titulaciones pasó de 42 (1976) a 157 (1996), y de treinta licenciaturas a setenta en el mismo plazo. Unos 82 000 profesores universitarios se ocupaban de ello.

Este crecimiento desmesurado no fue uniforme: las universidades nuevas, tras un despliegue lento, porque en el ánimo pesaba más la idea del prestigio de la titulación por una universidad determinada que la comodidad, superaron esa barrera y experimentaron un rápido crecimiento. El incremento de alumnos de las universidades antiguas se vio constante pero moderado, salvo que incorporaran una asignatura estrella y atractiva.

Las universidades, muy especialmente las públicas, se enfrentaban al problema de una tendencia que las unificaba, a cambios vertiginosos y a una gestión centralizada, que podía amenazar su deseo de mantener una independencia formativa. Por otro lado, una visión demasiado práctica contradecía el espíritu de investigación y formación en el que se basaba la universidad, desde Bolonia en adelante. La postura *utilitarista* se enfrentaba a la postura *formadora*. En Europa, al contrario que en EE.UU., se recelaban de la intromisión de poderes públicos o privados en el área universitaria.

Las universidades tradicionales cargaban con errores históricos muy difíciles de resolver: la burocracia jerárquica, que organizaba cátedras, departamentos y facultades a través de vínculos no siempre claros o bien coordinados. Un aislamiento histórico de la sociedad, que Ortega y Gasset había denunciado en 1930. La endogamia académica, tanto moral como biológica, que dificultaba una renovación de ideas y sistemas. Una tendencia generalizada a prestar importancia al conocimiento y a la documentación en perjuicio de la investigación y las nuevas corrientes. La falta de valentía a la hora de defender tesis novedosas, o incluso de formularlas, en los doctorados. A éstos se les unían los nuevos problemas: el aumento de profesorado hizo que la inestabilidad profesional les afectara. Frente a los antiguos catedráticos proliferaban los contratados o asociados, que o bien no eran profesores experimentados, o bien mantenían un vínculo transitorio (voluntariamente o no) con la universidades. Para colmo, los catedráticos rondaban una edad media de 55 años. Un profesorado estable, pero envejecido, y unos docentes jóvenes, pero en precario, debían ofrecer soluciones a la nueva población universitaria. La tan soñada universidad no parecía en la realidad tan idílica como la habían pintado, y carecía del aura de cambio, actividad política y bastión de libertades que la leyenda *sesentayochista* transmitía. Como ocurre con toda ficción soñada, la decepción para muchos fue enorme: algunos abandonaron los estudios, o cambiaron de carrera. Otros se resignaron a pagar un peaje para conseguir su licenciatura, aún a costa de su conciencia, que les gritaba que no recibían la formación adecuada.

A diferencia de lo que ocurría en el resto de Europa, muchos mileuristas no abandonaron sus hogares mientras estudiaban en la universidad: la apertura de centros cercanos les permitía ahorrarse un piso o una residencia, y la mayoría de los padres, protectores, no veían con buenos ojos que los jóvenes trabajaran mientras estudiaban: *O estudia, o trabaja, las dos cosas bien no se pueden hacer*; en la mente de muchos resonaban los casos de jóvenes estudiantes universitarios a los que les ofrecieron un trabajo años

atrás, en los momentos más duros de la reconversión, y que habían aceptado, con la intención de ayudar en sus casas con el sueldo. Intentaban encontrar un trabajo como fuera, porque pensaban que luego podrían ascender allí mismo si tenían una titulación superior. La prioridad se situaba en conseguir un puesto cuando estaban eliminando a todos; continuarían estudiando más adelante, pensaban. Pocos de ellos retomaron los estudios.

De manera que aunque una gran parte de los mileuristas buscaba un trabajo para sus gastos (desde servir copas los fines de semana a pasar apuntes al ordenador, clases particulares, o incluso como temporeros durante el verano), sólo una minoría gozaba de independencia económica durante los años universitarios. Sin serlo, muchos de ellos reproducían, con el consentimiento de sus familias, el modelo del estudiante burgués centrado en sus estudios.

La vida universitaria incluía fiestas de facultades, que se financiaban así el viaje de paso de *ecuador* de carrera; conciertos, recitales, cineforums y organizaciones de perfil muy variados. Para los jóvenes que provenían de pequeños centros urbanos o del ámbito rural, el entorno universitario significaba una saturación de estímulos, de información y el acceso a bibliotecas hasta entonces no soñadas. Para los que no tuvieron que desplazarse, los que vivían en grandes ciudades, el deslumbramiento fue menor; la universidad competía con la propia ciudad y los centros culturales en ofertas de ocio, formación e ideología, y era el foro ideal para ponerse en contacto.

Incluso para quienes veían la universidad como un centro de estudio más, o quienes la criticaban por su falta de conexión con la realidad, o como una fábrica expendedora de títulos, resultaba importante haber pasado por ella, y sobre todo, finalizar, a toda costa, los estudios, cualquier estudio. Los anuncios de trabajo ni siquiera especificaban, en ocasiones, qué licenciatura precisaban: les bastaba la etiqueta de calidad de la universidad.

Durante aquel periodo de tiempo, la universidad sirvió como un elemento unificador de la juventud; personas de todas las procedencias sociales compartían aula y aspiraban al mismo trabajo. Y todos eran conscientes de que no habría espacio para todos ellos. Las cartas se descubrían: enchufismo, nepotismo, competencia ilegítima o altas calificaciones; era muy posible que hubiera que recurrir a todas ellas.

Viejas carreras, nuevas carreras

En el imaginario teórico de los *Baby Boomers*, en el reino taifa de la universidad legendaria, existían muy pocas carreras: Derecho, Medicina, Economía, Empresariales, Ingeniería, Arquitectura, Periodismo. Quizás después, rezagadas, venían Filosofía y Letras, Bellas Artes, Magisterio, casi siempre asociadas a lo que sería recomendable que las niñas estudiaran. El mito del hijo o el nieto abogado se encontraba tan arraigado, y tan entremezclado con las múltiples *salidas* de Derecho, que en 1990 uno de cada cuatro universitarios de ciclo cursaba esa carrera.

(Yo, por cierto, fui una de ellos. En 1992, en la Universidad de Deusto, campus de Bilbao, mi grupo de Derecho Jurídico se componía de 300 alumnos en el turno de mañana; otros tantos en el de tarde, e idéntico número en los dos turnos de Derecho Económico: 1200 jóvenes únicamente aquel año, en aquella universidad).

Algo muy similar ocurría con Empresariales, la segunda carrera más demandada. Sin embargo, el número de deserciones en esas carreras era inmenso. Muchos de los alumnos no conocían el funcionamiento de la universidad, ni podían contar con el apoyo de padres o parientes mayores porque se habían convertido en los primeros de la familia en acceder a los estudios superiores. Tras uno o dos años de desorientación, decepcionados por la diferencia entre las expectativas y la realidad, reconsideraban sus posibilidades: eso motivó que hubiera un aumento de matrículas en las carreras de ciclo corto (tres años) y en las de carácter más práctico.

De pronto, los sorprendidos padres se encontraban con que sus hijos estudiaban Relaciones Laborales, Ingeniería Informática, Fisioterapia, Nutrición o Ciencia y Tecnología de los alimentos. Las nuevas carreras, más especializadas y con un profesorado por lo general joven, gozaban de clases menos masificadas y de tecnología específica, frente a la formación general de las tradicionales.

La feminización de las aulas

No sólo los hijos de los pobres habían llegado a la universidad: las hijas, nacidas y criadas en democracia, y durante la que las Naciones Unidas denominó «la década de las mujeres», (1975-85) se sentaban en los pupitres contiguos.

La mayor parte de ellas se habían educado en colegios mixtos, en las que existía una teórica igualdad de sexos (tan complicada, la real), y aspiraban a las mismas metas que sus hermanos y compañeros. La universidad les aguardaba, por descontado, pero ¿qué universidad?

En 1940 sólo el 13 % de los estudiantes universitarios eran mujeres; en 1960, eran el 30 %, la mayor parte de ellas repartidas entre Filosofía y Letras, Farmacia y Derecho. En 1970 la Ley General de Educación se anticipaba a la Constitución de 1978 y terminaba por la segregación de sexos en las escuelas, y dictaminaba una educación única, aunque teniendo en cuenta «las características especiales de la mujer... y su futuro papel en la familia y la sociedad».

Ese papel se encontraba en la casa, y como madre. Sin embargo, algo estaba cambiando, porque en el curso 1990-1991, propiedad ya de los mileuristas, las mujeres habían superado en número a los varones: un 51 % del total, más de medio millón de mujeres: las carreras preferidas continuaban siendo las de Letras, más Derecho. Apenas un 8 % del total estudiaba Arquitectura o Ingenierías.

Es decir, que las carreras en principio más prestigiosas, las que habían permitido tradicionalmente un ascenso social, salvo Derecho, eran las que registraban una menor presencia femenina. Por otro lado, las carreras *femeninas* se habían desprestigiado, precisamente por esa feminización, y por la creencia de que reportaban una menor dificultad.

Pocas chicas en Ingenierías. No era de extrañar: incluso los padres liberales desaconsejaban los estudios de Ciencias a sus hijas: se daba por hecho que encontrarían más dificultades, menos solidaridad, y un machismo mayor. Ese machismo era un hecho; pero de que se asumiera, daba fe de lo elástica que era la mentalidad universitaria en cuanto a discriminación por género.

Tampoco podían buscar ejemplos o referentes en el profesorado: ni siquiera en las carreras mayoritariamente femeninas las profesoras, decanas o rectoras superaban el porcentaje del 30 %. La presión para combinar vida privada y laboral, el agotamiento por la constante lucha de derechos, explicaría en parte esa carencia. El llamado *techo de cristal* ahondaría en ella.

Hasta que en 1995 las Naciones Unidas habló de la igualdad de género en Beijing, los objetivos respecto a la mujer no pasaban por una formación en tecnología. Se hablaba del hambre, de las soluciones a la pobreza, del papel de la mujer en la educación, la crianza de los hijos o las soluciones a la fertilidad. Sin embargo, por primera vez se hablaba de la ausencia de mujeres en las áreas técnicas o científicas y de esa carencia como un error al que debería encontrarsele solución.

En el año 2001 las mujeres suponían un 55 % largo del total de los universitarios. En todas las carreras, de Humanidades a Medicina, esa

mayoría se mantenía, y la desigualdad aumentaba, excepto en Ingeniería y Tecnología, en la que sólo 3 de cada 10 estudiantes eran mujeres. Esos índices se repetían entre los licenciados. Es decir, o conseguían mejores resultados que los hombres, o eran más resistentes al abandono.

Sin embargo, su presencia en el entramado de enseñanza y en la élite de poder universitario continuaba siendo simbólica. Un poco más adelante, tampoco se las encuentra en puestos de responsabilidad, o al mando de empresas. La paridad no se ha conseguido y, desde luego, eso no pasa desapercibido a las estudiantes.

Y en este futuro en el que está clara la importancia que la universidad da a las demandas de las empresas, se adivina que éstas continúan asumiendo que las mujeres resultan menos rentables; que su papel, antes o después, pasa por la maternidad, y que el reparto de tareas o de paternidad, es un mero mito. Así, contratan a menos mujeres. Por ello, las mujeres que se plantean dedicar varios años a sus estudios se plantean con sumo cuidado qué carreras pueden garantizarles un trabajo mejor. Exactamente igual que hacen los hombres. Quizás esta explicación sea tan plausible, o más, que la presunta falta de afición de las mujeres por las ciencias.

No puede exigirse que todas las mujeres sirvan de punta de lanza. Sería interesante comprobar las cifras en unos años, cuando, con suerte, la situación empresarial y la incorporación de la mujer a sectores distintos haya mejorado.

El reciclaje

Para la generación que hacía malabarismos entre la EGB y la LOGSE, las reformas no habían finalizado: el Gobierno socialista había legislado también los estudios universitarios a través de la Ley General de Educación, en la Ley de Reforma Universitaria (LRU), en 1983.

La LRU se basaba en un sistema de créditos que, por un lado, intentaba regular el precio de las carreras, aplicando una cantidad por crédito, y por otra, fijaban el número de horas docentes, y su rango. Se suponía que en la convergencia con otros estudios europeos, los créditos facilitarían la convalidación.

La implantación de la LRU fue desigual y progresiva: muchos mileuristas se encontraron nuevamente en la situación de que si perdían un año, tendrían que estudiar nuevas asignaturas por un sistema educativo distinto. La LRU implantaba asignaturas cuatrimestrales que enviaban al estudiante de febrero a septiembre, o de junio a septiembre, en ocasiones sin posibilidad de recuperación. En un decepcionante número de casos, los profesores no

reestructuraban la nueva asignatura, sino que se limitaban a condensarla o a resumir los contenidos. Los créditos incluían asignaturas de libre elección que pertenecían a otras carreras; los horarios o el *números clausus* en otras asignaturas determinaban que los alumnos no podían elegir realmente, sino tan sólo aceptar lo menos malo.

La LRU no convenció a nadie, pero sólo los profesores universitarios, preocupados por las diferencias de contratación o de sueldo protestaron. Los mileuristas, con una pasividad o un estoicismo conseguido ya a base de muchas reformas, aceptaron resignados el cambio.

En diciembre de 2001 se aprobó otra Ley que suplantaría a la LRU: la Ley Orgánica de Universidades, instigada por el Gobierno popular. Con menos de veinte años de vida, la LRU, que intentaba adaptar la universidad a los cambios de una sociedad industrial en plena crisis, que nacía de una voluntad de transformación social, quedaba (o la dejaban) obsoleta. Quizás la sociedad, en verdad, había cambiado mucho. Quizás, una vez más, la generación mileurista experimentaba las vacilaciones de unos mayores que no acababan de atinar con una solución.

Los defensores de la LOU la creen más acorde con una sociedad tecnológica, en la que prima no el conocimiento, sino la comunicación. En la LOU el factor europeo se vuelve esencial, un estudiante o un trabajador puede moverse o formarse en cualquier país, y de ahí la importancia de un término nuevo: la movilidad. La aspiración se llama Espacio Europeo de Educación Superior (EEES), que homologará las carreras en 40 países. La universidad se hace, definitivamente, *utilitarista*, aunque insiste en retomar la idea de calidad de enseñanza.

La LOU permite a las universidades que decidan sobre la admisión de alumnos, crea el Consejo de Coordinación Universitaria, que incluye a las universidades privadas, regula el sistema de profesorado, y presume de adaptarse, casi al milímetro a las necesidades reales.

Pero ¿cuáles son las necesidades reales? Los mileuristas más jóvenes, que nacieron en 1980-82, han finalizado ya sus estudios universitarios, o los completan con segundas carreras o posgrados. Con veinticinco años, acaban de descubrir que el sistema universitario que los tomó como cobayas ha sido desechado por anticuado. Con veinticinco años, y en plena incorporación al mercado de trabajo, su método de aprendizaje resulta obsoleto. De nuevo, la pregunta. ¿Ante quién se puede protestar?

Los que vienen detrás

Cabe preguntarse si la competencia más directa de los mileuristas, es decir, los adolescentes actuales, estarán, y después de estas modificaciones, mejor preparados. Sin embargo, un estudio de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), fechado a finales de 2005, estipula que un 26 % de los bachilleres españoles no finaliza la enseñanza obligatoria^[4], y que entre los universitarios novatos, el 40 % y el 50 % abandona la carrera. En Ingenierías, el promedio llega al 90 % durante el primer año.

La dificultad legendaria de los estudios de Ingeniería podría justificar parte de esos resultados; pero ni siquiera en los años 80, cuando se instaba a las jovencitas a matricularse en Ingeniería para conquistar a un muchacho de último año, y después cambiar a una carrera más sencilla (eras de machismo, cuando la presencia de mujeres en carreras técnicas era simbólica), el abandono era tan grande.

Además, el Plan Nacional de Evaluación de la Calidad Universitaria (PNECU) afirmó que el rendimiento del 39 % de las titulaciones españolas era «malo», si se tenía en cuenta el porcentaje de suspensos.

Los profesores universitarios se sienten impotentes ante el desconocimiento de matemáticas primarias, de ortografía o de las normas de redacción de los jóvenes. Los problemas no resueltos en Primaria se heredan en Secundaria, y de ahí se trasladan a la universidad. Daría la sensación de que sólo unos pocos alumnos brillantes han logrado aprovechar las posibilidades de aprendizaje de las nuevas tecnologías, una Europa cercana, el aumento de publicaciones, Internet...

Descontados esos alumnos excepcionales, los profesores se quejan de que la cultura audiovisual ha arruinado la capacidad crítica de los jóvenes al mismo tiempo que su gramática, y que no distinguen entre jerga y lenguaje académico. La idea de obtener *status* social mayor a través del estudio ha sido desplazada por el valor económico del trabajo. El aprendizaje no se tolera, a no ser que contenga un componente lúdico.

Estos jóvenes, con unas características muy distintas a los mileuristas, que ni siquiera han compartido con ellos sistema educativo, trabajarán en pocos años bajo su cargo. Si el tiempo no lo remedia (y seguramente lo hará; el tiempo remedia casi todo), la generación del EGB habrá sido la única con un mínimo interés en la formación teórica, y que haya combinado técnicas memorísticas con ejercicios de comprensión práctica. El futuro, por lo tanto, no parece ser mejor, ni que temple un poco las heladas perspectivas.

Los que no fueron a la universidad

De los jóvenes que componían el grupo generacional de los mileuristas, muchos de ellos no pasaron por la universidad: en algunos casos, la criba del bachillerato los dejó por el camino, en otros eligieron una profesión o una formación práctica. Sin embargo, para muchos jóvenes no existía la posibilidad de formarse en el sector que deseaban en la universidad.

La nueva LOU contempla las enseñanzas artísticas, y las regula, otorgándoles un rango superior al que tenían. Danza, teatro, música, diseño, olvidarán su desamparo.

La música y la danza continuarán con los tres grados (elemental, medio y superior) con el que ya contaban; esos estudios no son óbice para que el alumno olvide su enseñanza obligatoria; sin título de bachiller, no podrán acceder al grado superior, aunque se intentará que ambas se coordinen lo mejor posible. Y, como logro largamente acariciado, el título de grado superior equivaldrá a una licenciatura universitaria.

Respecto al arte dramático, se reduce a un ciclo de superior, con condiciones muy similares a las de los músicos y los bailarines.

Artes plásticas, diseño y conservación se organizan en ciclos medio y superior, se permite la convalidación de asignaturas ya vistas en el bachillerato, también se permite el acceso a mayores de 20 años con otras exigencias, e incluyen periodos de formación sobre el terreno. Los conservadores, diseñadores, y artistas plásticos se equiparán a diplomados.

Los idiomas, una carencia endémica en nuestro país, tendrán en las Escuelas Oficiales su espacio de enseñanza, encaminadas al estudio de la lengua y que incluyen también la formación de adultos, y la enseñanza a distancia.

Fue precisamente la enseñanza de adultos otro tema pendiente; las autoridades educativas contemplaron su necesidad de formación, y no sólo le dieron prioridad, sino que potenciaron su integración laboral. Aparte de la obtención del graduado escolar a quienes no pudieron conseguirlo en su día, se creó la posibilidad de que continuaran con la enseñanza secundaria, y el acceso directo a la universidad para mayores de 25 años. En los últimos años se crearon las llamadas universidades populares, que a través de cursos, conferencias y talleres continuaban con esa iniciativa.

También para la población reclusa llegó la oportunidad de formarse: a través de la enseñanza a distancia, todos los niveles educativos se vieron cubiertos, incluidos los títulos universitarios.

Grandes logros, que, sin embargo, no recogen la necesidad de una titulación similar en creación literaria. Mientras que un niño pianista puede justificar con un futuro título las horas que emplea sobre el teclado, un lector que devore libros, escriba, y aspire con fervor, incluso tras la elección de una de las escasas carreras de Humanidades que sobrevivan, no tiene nada en su mano que gratifique ese esfuerzo. Hablamos de generaciones prácticas, en un mundo despiadado. Es demasiado exigir, creo yo, que se les pida, precisamente a los escritores, que sean los únicos que no tengan un reconocimiento académico.

1.2. Los nuevos emigrantes: una temporada en el extranjero

Las míticas suecas de los sesenta no sólo trajeron a España el bikini y la lujuria: el descubrimiento de que en otros países europeos existía una clase media lo suficientemente rica como para permitirse unas vacaciones en el extranjero fue uno de los mazazos para la autoestima del *Spain is different*, también en eso, España era diferente.

Salvo los casos de artistas, toreros, diplomáticos o políticos, antes de la muerte de Franco pocos eran los *Baby Boomers* que habían cruzado alguna frontera por vacaciones: a Portugal, o a Francia, a lo sumo; la clase media más acomodada conocía Italia o Inglaterra, y sólo unos pocos habían gozado del privilegio de estudiar en el extranjero. De hecho, la mujer no gozaba del derecho de obtener pasaporte por ella misma. La aristocracia, en algunos casos de origen europeo, enviaba a sus hijos a estudiar a Suiza, o a Francia. Las nietas de Franco fueron algunas de esas afortunadas princesas sin corona. Para la inmensa mayoría, esa posibilidad se encontraba fuera de su alcance.

No siempre había sido así. En 1907, Santiago Ramón y Cajal y Francisco Giner de los Ríos habían fundado la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, en la creencia de que resultaba imprescindible que los estudiantes conocieran métodos extranjeros. Varios centenares de jóvenes estudiaron en Alemania, Inglaterra, Francia, Suiza y Holanda, con el objetivo de que aprendieran técnicas científicas y de investigación, y que importaran nuevas ideas para la universidad española.

Gran parte de esos científicos y pensadores se exiliaron (a Francia, México, Argentina, Estados Unidos) durante la guerra o el franquismo, que aisló durante varias décadas a España de toda influencia extranjera. Sin embargo, a partir de los años 60 la demanda de mano de obra en los países más industrializados de Europa abrió de nuevo el flujo migratorio: de obreros, en esta ocasión.

La emigración anterior al franquismo había tenido como destino Marruecos, Guinea, el Sahara español o Latinoamérica: Cuba, Argentina, Uruguay, México, eran los países preferidos. Los nuevos destinos serán Alemania, Suiza y Francia, e Inglaterra, en menor medida. Las empresas europeas demandaban una mano de obra barata y sin cualificación, muy

abundante en España. El número real de emigrantes resultaba difícil de cuantificar, porque fluctuaba constantemente, y se componía, en su mayor parte, de campesinos sin tierra en propiedad. Quienes regresaban invertían parte del dinero en reparar la casa paterna, y montaban por lo general un negocio: cafeterías, restaurantes, tiendas de reparación de electrodomésticos llevan aún el nombre de las ciudades en que vivieron sus dueños.

No todos regresaron de inmediato: sus hijos fueron la primera generación de bilingües no pertenecientes a la aristocracia desde la muerte del latín. A finales de los sesenta, la emigración disminuyó: Europa exigía mano de obra más cualificada que con anterioridad, y la crisis del petróleo en 1973 puso el punto final definitivo a esa corriente. Es más, muchos de los emigrantes regresaban a un país a punto de entrar en una crisis de empleo.

Ni siquiera la élite política del país contaba con estudios extranjeros: Adolfo Suárez, Leopoldo Calvo Sotelo, Felipe González, Alfonso Guerra, José María Aznar, José Luis Rodríguez Zapatero cursaron sus estudios íntegramente en España, lo que explica, por ejemplo, el mal inglés de la mayor parte de ellos, de educación francófona.

Ya se ha hablado de que la segunda obsesión de los padres de los mileuristas, tras la universidad, era que sus hijos hablaran inglés. Y alemán, si se podía. No extrañaba por lo tanto que miles de niños cruzaran las fronteras españolas rumbo a Inglaterra, Malta, Irlanda o Estados Unidos: una segunda emigración lingüística, veinte años después de la que había llevado a sus mayores a Europa.

Los programas de intercambio

Conscientes de esas preocupaciones, algunas escuelas e institutos se encargaban de organizar intercambios de cartas entre estudiantes nacionales y extranjeros (los *pen-clubs* o *pen programs*). El siguiente paso suponía acoger a un estudiante extranjero durante un periodo de tiempo en la casa, para que aprendiera el idioma y las costumbres. A cambio, el hijo pasaba un tiempo similar en la familia extranjera. Una variante de esa modalidad eran las estancias en el extranjero, durante un verano, o todo un curso, en la casa de una familia: los padres se aseguraban de que se le otorgaba al niño una inmersión inmediata y un trato particularizado, y aunque las descripciones de algunos de estos experimentos pondrían los pelos de punta a más de uno, en general el sistema funcionaba y resultaba relativamente barato para los padres. Más, al menos, que pagar una residencia. La diferencia entre la peseta y el dólar o la libra nunca resultó muy favorable. Que el niño cursara el COU

en Estados Unidos o en Inglaterra se consideraba no sólo una garantía para que su inglés fuera impecable, sino también una marca de *status*.

El mito del Erasmus

El año 1993 marcaba la fecha de inicio de la libre circulación de personas por la Unión Europea. Las universidades, conscientes de que se enfrentaban a un futuro en que cualquier europeo podía elegir su lugar de estudio o trabajo, habían puesto en marcha varias iniciativas que favorecerían esa movilidad.

Una de ellas, el programa Sócrates, contaba entre sus objetivos mejorar el conocimiento de las lenguas europeas, innovar la enseñanza y reforzar el conjunto de la unidad europea. De los ocho planes que integraban Sócrates, Lingua se encargaba de la enseñanza de idiomas, y Minerva de las nuevas tecnologías, pero la gran estrella del grupo era el programa Erasmus para universitarios.

Erasmus (*European Community Action Scheme for the Mobility of University Students*) respondía a las peticiones de movilidad y divulgación de la nueva Europa e intentaba adelantarse a una nueva generación sin fronteras. Tenía en cuenta la velocidad a la que los conocimientos debían propagarse y actualizarse, e intentaba, sobre todo, crear una conciencia de pertenencia a una tradición europea de conocimiento. Contaba con la colaboración de quince países, a los que se fueron incorporando más según crecía o tenía visos de hacerlo la UE.

¿En qué consistía exactamente? En unas becas que recibían las universidades tanto para desarrollar algunos programas (coordinación y convalidación de los créditos de la LRU, visitas preparatorias, cursos de lenguas...), como para destinarlas al intercambio de estudiantes con otras universidades extranjeras.

Eso suponía que un alumno español partía durante un periodo de entre tres meses y un año a una universidad europea, donde cursaba los estudios que le correspondían, y que le eran convalidados en su propia universidad. La beca compensaba, en teoría, los gastos de viajes, cursos de idiomas y diferencia de coste de vida. El objetivo no era que al estudiante le saliera gratis la estancia, sino que le supusiera el mismo coste que estudiar en su país.

La idea prometía y las becas Erasmus se convirtieron desde su creación en el año 1987 en la oportunidad dorada de pasar un año en el extranjero sin que los estudios se vieran alterados y a bajo precio. Sin embargo, los criterios de aplicación del Erasmus fueron muy irregulares. Como mal inicio, la ayuda base era distinta para cada país, y la concedía la UE, que tomaba como

referencia la renta *per cápita*, la lejanía y el número de alumnos, aunque era luego repartida por cada Agencia Nacional Erasmus. Cada país elegía si becaba al mayor número de alumnos posible, o si elevaban la dotación individual y la destinaban sólo a los mejores expedientes.

España optó por la cantidad, que esperaba redondear con las contribuciones del Ministerio de Defensa, la Comunidad Autónoma y la propia universidad. La cantidad total destinada al alumno nunca cubrió más del 12 % de los gastos totales, o no llegaba a ello, en un país caro, con lo que las familias de los estudiantes costeaban, en realidad, la beca.

En ocasiones, los aspirantes al Erasmus cumplían con los requisitos exigidos, pero la constatación de la realidad llevaba a los alumnos a rechazarla, o a ni siquiera pedirla. La experiencia de un año fuera, una cultura distinta y los relatos legendarios de las fiestas y el sistema educativo europeo ayudaban a tejer en torno a la beca una reputación legendaria. Se pensaba que los Erasmus gozarían de mayores oportunidades a la hora de ser seleccionados.

Desde el año 1987 al 2000 casi un millón de estudiantes europeos han sido becados, lo que reduce el optimismo respecto a la distinción que supone. Sin embargo, el gran éxito de las becas hicieron que se extendiera el programa a los estudiantes y profesores de posgrado, a través del Erasmus Mundus.

Los másters

El Erasmus Mundus delataba una tendencia lógica tras la evolución de los estudios universitarios. La educación, cada vez más práctica, tendía a una disminución de los posgrados y doctorados, y a cursos intensos y especializados, si era posible en universidades extranjeras. Se asumía que sólo quienes deseaban dedicarse a la docencia o a la investigación optarían por los doctorados. Para el resto de estudiantes, especialmente los que ambicionaban el mundo de la empresa, se ofrecían cursos de posgrado o másters.

Los másters no poseían calificación oficial, sino que dependían del prestigio del curso en sí y de la universidad que lo impartía. Pronto el MBA (Master of Business Administration, o Máster en Dirección o Administración de Empresas) atrajo toda la atención. Se consideraba que el MBA dotaba al licenciado de la preparación idónea para que resultara deseable al mundo empresarial. La Universidad creaba borregos, los MBA formaban líderes. Y en tan sólo un año.

El MBA salía caro, y en muchos casos precisaba buscar un sistema de financiación bancario, pero a cambio, garantizaba un aumento de sueldo de hasta el 40 % tras finalizarlo. La Wharton Business School, de la Universidad de Pennsylvania (Estados Unidos), que presumía de ofrecer el mejor MBA del mundo, aseguraba que el sueldo medio de sus titulados cubría y supera en un 40 % el importe del master... durante el primer año.

Como primero la licenciatura y después el inglés, el máster ha perdido su capacidad para garantizar nada; la masificación ha acabado con su exclusividad. Aún así, es un punto a favor en el mundo empresarial, sobre todo si ha sido cursado en una universidad extranjera.

Universitarios sirven hamburguesas en Londres

No todos los licenciados universitarios podían costearse un MBA, ni tampoco todos lo necesitaban. Sin embargo, en pocos casos lograban encontrar un trabajo al término de los estudios. Un buen número de ellos optó por iniciar una tercera corriente migratoria: Inglaterra, sobre todo Londres, les ofrecía por fin un cierto dominio del preciado inglés, y el mantenerse por sí mismos con trabajos basura que no les apetecía, o no podían permitirse, por currículum, desempeñar en España.

Comenzaba entonces un fenómeno curioso: el mileurista aceptaba de más o menos buen grado su condición de inmigrante en Inglaterra, y como tal buscaba (y encontraba) trabajos poco cualificados que se reservaban a extranjeros. Durante cierto periodo de tiempo, casi nunca inferior a un año, trabajaba como camarero, limpiador, vigilante, *au-pair*, o como dependiente de una cadena de comida rápida. Conseguía un sueldo que le permitía pagar el alquiler, comer y algún capricho, pero en raras ocasiones ahorrar o invertir.

El nuevo emigrante mileurista no buscaba quedarse, ni hacerse rico, ni colaborar con la economía familiar: el dinero, obviamente, le importaba menos que la experiencia, y que desenvolverse. El capital con el que regresaba resultaba intangible: un conocimiento lingüístico mayor, una independencia que en ocasiones no había disfrutado al permanecer en el hogar familiar durante los estudios universitarios, viajes... una riqueza que encajaba muy bien con el concepto de prosperidad mileurista.

Después de la experiencia extranjera, para muchos comenzaba la búsqueda real de trabajo: casi ninguno de ellos estaba dispuesto a continuar realizando en su país, con su titulación, idiomas y pasado, el mismo trabajo que en Inglaterra. Eso quedaba, a su vez, para los inmigrantes que acudían a España año tras año, y que copaban los puestos no especializados.

Disponibilidad para viajar

Muchos *Baby Boomers* no habían cruzado ninguna frontera hasta que los circuitos de vacaciones abarataron los precios y les permitieron conocer destinos con los que siempre habían soñado. Para los mileuristas, en cambio, el viaje, y en concreto el internacional, no era sólo un objetivo vital: formaba parte de su vida, desde los programas de intercambio a las estancias en el extranjero, el turismo de bajo costo, el Interrail o cualquiera de sus otras variantes.

Los *Baby Boomers* que trabajaban como chóferes, comerciales, arquitectos (no digamos ya azafatas, pilotos, políticos...) asumían que el puesto exigía disponibilidad para viajar: resultaba lógico. Y, en la mayor parte de los casos, se trataba de trayectos cortos y nacionales aunque se prolongaran en el tiempo.

Para los mileuristas, todo ha cambiado: frente al teletrabajo, que permite la fusión entre el hogar y la oficina, la disponibilidad para viajar se demanda en una sorprendente variedad de trabajos: basta hojear un periódico para que se haga evidente que a fontaneros, peones, modelos, ingenieros de sistemas, programadores, cuidadoras de ancianos (cito literalmente y por orden de aparición en la página) se les pide ahora que sepan conducir un coche, si es posible en propiedad, y que gocen de libertad para viajar, en muchas ocasiones a lo largo y ancho de Europa.

Disponibilidad para viajar supone conocimientos de varios idiomas. Significa que no se tienen ligaduras familiares, o que no son una prioridad. Que se es joven, dinámico. Que se poseen cualidades para plegarse a jornadas interminables y horas extra. Que quizás no estuviera cerrado a un cambio de residencia. Implica poco apego a un lugar, o carencia de raíces. Y da a entender, aunque pocos desean verlo, que el vínculo entre compañeros, y por lo tanto la presión que pueden éstos ejercer sobre la empresa se ve disminuido, limitado.

Por supuesto que la mayor parte de los trabajos exigen a los mileuristas disponibilidad para viajar. Resulta un negocio redondo.

La abolición de fronteras europeas: los guiris como competencia

La libre circulación de trabajadores europeos se consiguió en 1993, como un paso más en la abolición de las fronteras de la UE. Cualquier ciudadano europeo veía así garantizado su derecho a trabajar en cualquier país miembro sin discriminaciones teóricas por razones de nacionalidad.

El 1 de mayo de 2006, el presidente Zapatero anunció la libre circulación de trabajadores del Este, en clara alusión a los polacos. Desde que se hizo pública la incorporación a la UE de los nuevos socios del Este, y para evitar una avalancha de trabajadores del Este al Oeste, los antiguos socios acordaron que la libre circulación se escalonaría desde 2004 hasta el año 2011.

Este comunicado significaba un paso más hacia la visibilización de posibles inmigrantes ilegales, que pasarían a ser simplemente extranjeros. Guiris, como se denomina en argot al extranjero que no habla bien español y tiene dinero. Al guiri, como al turista, se le enclava en una estantería distinta a la del emigrante. El guiri viaja a donde desea, y porque lo desea. El emigrante no puede elegir.

Hasta ahora, los emigrantes copaban los puestos menos cualificados en España; los que una mano de obra más exigente despreciaba, o dejaba atrás. Los guiris, en cambio, eran directivos, profesores, jubilados, turistas transitorios. El mileurista se preciaba de competir por un trabajo con un guiri, no con un emigrante. Se consideraba, en cualquier país europeo, incluso en una Inglaterra o una Alemania en la que desempeñara tareas no cualificadas, un igual.

En muy poco tiempo, todos esos conceptos variarán. Con la incorporación de nuevos países a la UE, incluso uno de ellos, Turquía, musulmán, y con una fuerte tradición migratoria, palabras como *guiri*, *extranjero*, *europeo*, *emigrante*, o *español* variarán de significado. Algunas se solaparán, otras reforzarán su sentido.

Muchos de los emigrantes del Este son trabajadores altamente cualificados, que por falta de integración o desconocimiento del idioma han debido dedicarse a oficios por debajo de su capacitación: como los mileuristas que vendían hamburguesas, con la diferencia de que a los europeos del Este les compensaba el sueldo, o necesitaban escapar del país, o buscaban unas perspectivas de futuro mejores.

Los griegos denominaban *bárbaros* a todos los extranjeros que no hablaban su idioma ni vivían en las polis, aunque les superaran en desarrollo y riqueza. Quizás ahora, con la abolición de las fronteras, los límites lingüísticos vuelvan a definir otras nuevas.

1.3. Los nuevos pobres: una ayuda, que no es pa droga

Entre los cálculos de los mileuristas no entraba ser pobre: tampoco en los de sus padres, que asumían que un licenciado se ganaría la vida con soltura, a no ser que se torciera por el camino (las temidas drogas, vagancia, el abandono súbito de los estudios, desgracias familiares) o que eligiera una carrera sin *salida* alguna (Filosofía, Historia, Filologías...). Aún así, se pensaba que los estudiantes de Letras podrían dedicarse a la enseñanza, que si bien no estaba ni demasiado bien remunerada, ni valorada, suponía un avance respecto al *status* de obrero o de administrativo.

Podían aceptar, por lo tanto, una etapa de relativa estrechez durante los estudios universitarios. Desde las aventuras del Buscón, la pobreza, la astucia y la rebeldía habían sido patrimonio de los estudiantes. Si trabajaban para costearse la carrera, o si dependían de los ingresos de los padres, el bolsillo no les permitía lujos a la mayor parte de ellos.

Existía también una cierta permisividad para los primeros años de matrimonio, en los que una pareja joven se enfrentaba a gastos nuevos, a una casa y su ajuar, y posiblemente a los carísimos pañales. Pero a los pocos años de la obtención del título, un licenciado esperaba ganarse la vida por sí mismo.

No un mileurista. El mercado se mostró incapaz para absorber un número tan alto de universitarios y reaccionó elevando las exigencias de currículo, con una mayor precariedad laboral y sobre todo, con unas condiciones de trabajo que sólo un número de parados de alta cualificación explicaba. Por primera vez en la historia, ingenieros, médicos, abogados, encontraban dificultades no sólo para enriquecerse, sino sencillamente para que se les ofreciera trabajo.

La búsqueda infructuosa de una seguridad laboral

El problema real no parecía ser el paro: los empresarios y las autoridades no cesaban de insistir que existían suficientes puestos de trabajo, siempre que se realizaran determinados ajustes; o dicho de otra manera, que no había para todos, de manera que las reformas debían afrontarse de forma ineludible.

Los mileuristas habían experimentado durante la experiencia de sus padres una realidad en blanco y negro: los *Baby Boomers* raramente

cambiaban de empresa, ni de trabajo. Si su oficio se lo permitía, ascendían en un progreso marcado por su valor laboral y por sus años de pertenencia a la empresa, y esos ascensos indicaban también una mejora de salario. La estabilidad laboral se mantenía y se desconfiaba de quien realizaba giros bruscos de vida o saltaba de puesto en puesto. No se le consideraba ambicioso, sino voluble. El empresario adoptaba un rol paternal que protegía y en cierta manera cuidaba de sus trabajadores. No resultaba extraño que un hijo entrara a trabajar en la misma empresa que un padre, incluso en un puesto más cualificado.

Por otro lado, a quien se veía afectado por la mala suerte se le ofrecían pocas oportunidades para salir de ella: los ochenta y los noventa fueron años de parados de larga duración, de empresas que cerraban y dejaban a centenares de personas en la calle, de mujeres acusadas de robar el pan a un padre de familia y de los trabajadores envejecidos a los cincuenta, a quienes nadie contrataba. La fortuna parecía caprichosa, pero sobre todo, inamovible. Se incentivaba poco la creación de empleo por cuenta propia, o faltaban medios para ello. Para muchos trabajadores, la certeza de que un despido finalizaba su vida temporal, la cola del paro, y la desesperanza se convirtieron en lo cotidiano. Prejubilaciones, ayudas estatales o subsidios de desempleo intentaban llenar el hueco que el trabajo dejó.

Los mileuristas, ante la nueva situación, interiorizaron que un puesto de trabajo no era eterno, y vieron la parte buena: la mayor movilidad laboral podría permitirles un aprendizaje constante, y sobre todo, posibilidades de mejora. Frente a la terrible realidad del paro, los ochenta y noventa fueron también años de fichajes estrella, de los ejecutivos, de la búsqueda de los *niños de oro*, de las empresas de publicidad que ganaban cantidades impresionantes, de quien había hecho fortuna partiendo de un garaje, de los genios informáticos, de la implantación del modelo americano del trabajador hecho a sí mismo no a través de su constancia, sino de su ingenio.

La parte mala la experimentarían muy pronto. Se dificultaba conseguir un empleo, mucho más mantenerlo, aún más una estabilidad laboral a medio plazo. La flexibilización de contratos y despido, las nuevas modalidades de empleo y una sociedad que empleaba universitarios para que realizaran trabajos que se destinaban antes a aprendices o a personas con una formación mucho más baja les esperaba. Comenzaba la obsesión del trabajo a toda costa, y se combinaba con la exigencia de que ese mismo trabajo reconociera el esfuerzo empleado en los estudios... el inglés y la informática.

¿Esperamos hasta encontrar el trabajo adecuado o trabajamos de cualquier cosa?

Los jefes y los padres *Baby Boomers* insistían: *quien quiere trabajar, trabaja*. Cierto. Las amas de casa españolas, en general con una educación y una experiencia laboral muy pobre, sobrevivían a los divorcios con puestos en limpieza; *fregar escaleras* era la frase que indicaba el extremo más bajo al que una persona podía llegar, con tal de que le dieran un sueldo. Los estudiantes encontraban su *fregar escaleras* particular en las cadenas de comida rápida, como mensajeros, como camareros o dependientes. No existía carencia de esos puestos. Nadie se moría de hambre por falta de trabajo, si no se le caían los anillos por aceptar ese tipo de empleos.

Pero ¿estaban los mileuristas dispuestos al sacrificio que se les exigía? Una acusación que pesaría sobre ellos de manera constante: que venían malcriados y con ínfulas de la Universidad. Que no estaban dispuestos a ganarse el puesto, o a luchar por él. Que exigían demasiado, que se aferraban a horas, vacaciones y sueldos irreales para un principiante. Los *Baby Boomers* se ensañaban con los aires de grandeza de los mileuristas.

Algo no encajaba en el dibujo general, sin embargo; como generación, los mileuristas no eran codiciosos: consumistas, quizá, frívolos, puede, pero no avaros. Concebían el dinero como un bien en circulación, no valoraban en exceso el ahorro, sino las posibilidades de inversión y de disfrute que el propio dinero otorgaba. Entre un trabajo bien pagado y uno que les permitiera una realización personal, excepto casos de estricta necesidad, elegirían el segundo. No se mostraban como idealistas sin remedio, pero como resultado de los avances sociales buscaban una humanización del trabajo, y por lo tanto, el reconocimiento adecuado del mismo en horas, esfuerzo, salario y trato.

Entre los *Baby Boomers*, en cambio, abundaba una mentalidad que perseguía resultados a cualquier precio, y muy especialmente, los económicos. Habían sobrevivido a las reducciones de empleo, algunas de ellas brutales, por carácter, por suerte o por concesiones enormes. Su idea del trabajo no dejaba de ser jerárquica, pero habían abandonado el paternalismo patronal de la era franquista. El *Baby Boomer* no consideraba que el trabajo debiera ser divertido, ni siquiera de su gusto; era un bien necesario, el máspreciado, pero como tal, había de ser respetado, no amado. Y el castigo peor se llamaba *despido*.

Por lo tanto, dos generaciones con ideas radicalmente distintas sobre el trabajo se enfrentaban en condiciones muy distintas. Y mientras los *Baby*

Boomers daban importancia a la *oportunidad*, los *mileuristas* valoraban las *prioridades*. Ambos chocaban en su idea de qué resultaba esencial y qué no.

En realidad, todo se reducía a un conflicto de necesidades: la pirámide de Maslow indicaba que las necesidades humanas se dividen en jerarquías, y el *márketing*, que estas necesidades mostraban dos peculiaridades importantes para el desarrollo de la economía:

1. *Las necesidades no tenían por qué ser satisfechas por lo que realmente las satisface, o por lo que se pensaba que lo haría.*

2. *Las necesidades no terminan jamás: se multiplican, se dividen y amplían, aparecen otras nuevas, y nunca, nunca pueden ser del todo satisfechas.*

Las jerarquías de Maslow hablaban de unas necesidades primarias, como las fisiológicas (agua, comida, oxígeno, sueño) y de seguridad (protección contra otros o contra los daños). Luego llegarían otras que completarían las anteriores, como las de aceptación social (pertenencia a un grupo, amor, familia, amistad...), las de autoestima (la percepción positiva de uno mismo, la obtención del éxito) y, en último lugar, la más complicada de definir y de obtener, sería la de autorrealización, es decir, el momento en el que se desea compartir con otros lo que uno es capaz de dar y de lograr.

Las necesidades fisiológicas y las de seguridad están cubiertas para la mayoría de los ciudadanos en los países desarrollados. No siempre fue así y los *Baby Boomers* hicieron todo lo posible para lograrlo. Como ellos mismos experimentaron el deslumbramiento del capitalismo, transmitieron que la satisfacción de las necesidades de aceptación social y de autoestima no se encontraba en la ideología, ni en lo intelectual, ni en la religión, sino en el consumismo. Y, en un movimiento muy inteligente, crearon empresas e ideales que prometían satisfacer las necesidades de prestigio social: inventaron series de televisión, productos y modos de vida para los adolescentes, las familias convencionales, y las vendieron como forma de satisfacción. Muchas de ellas, a los *mileuristas*.

Algunos *jóvenes* siguieron los consejos de sus mayores: buscaron, por lo tanto, que esas necesidades se llenaran con objetos. Se les llamó frívolos, inmaduros, eternos adolescentes. Otros, por reacción, rechazaron ese modo de vida, y buscaron la autorrealización, bien a través del trabajo, o de sus propios valores, que no tenían por qué coincidir con los de los *Baby Boomers*. A éstos se les acusó de engreimiento y de falta de sacrificio.

Por lo tanto, el diálogo social se había interrumpido y el lenguaje laboral en el que se hablaba no resultaba inteligible. Si los mileuristas se conformaban con cualquier cosa, traicionaban la idea de progreso y de avance que se esperaba de ellos, y por lo tanto *eran* fracasados. Si exigían un puesto de trabajo acorde con su cualificación, pedían imposibles, comenzaban la casa por el tejado y se les castigaba con despidos o indiferencia. Se *sentían* fracasados.

Los mileuristas comenzaron a acumular experiencia laboral, el tercer requisito exigido junto con los idiomas y la informática. Quizás más de la que desearan. Y para regular ese dinamismo surgieron las ETTs.

Las ETTs

Las Empresas de Trabajo Temporal (ETT) surgieron alrededor de 1994 para poner en contacto a trabajadores disponibles con empresas que los demandaban con carácter temporal, o Empresas Usuarias (EU). Por lo tanto, era una relación a tres bandas: la de la ETT con el trabajador, la de la ETT y la Empresa Usuaria, y la de la EU y el trabajador.

Por lo tanto, cuando la EU demandaba un trabajador temporal, lo solicitaba a la ETT, que seleccionaba entre sus propios trabajadores al más adecuado, y lo subarrendaba a la EU.

Hasta entonces, la búsqueda de empleo y la mediación en el mercado de trabajo recaía casi por completo en el Instituto de Empleo Estatal (INEM). Las ETTs no nacieron con el objetivo de que se creara nuevo empleo, ni de que se gestionara la colocación de todos los parados, sino como un parche para reducir el volumen de esos mismos parados.

Las ventajas de las ETTs radicaban en que su conocimiento del mercado ahorraba tiempo a la EU en la selección; y para el trabajador, suponía una constante actualización, y la posibilidad de que alguien manejara y difundiera sus currículos. Frente al inmovilismo del INEM, parecían mucho más dinámicas.

La Asociación de Grandes Empresas de Trabajo Temporal (Agett), se preocupó de publicar un informe que demostraba que los trabajadores que pasaban por una ETT encontraban trabajo antes y más fácilmente. Ese mismo estudio probaba que los varones jóvenes con cualificaciones medias eran los que antes encontraban empleo y los más solicitados. Las mujeres y los obreros de baja cualificación tenían mucha mayor dificultad para reincorporarse al mercado laboral.

Eso probaba dos cosas: la primera, el machismo aún presente en la sociedad española, que equiparaba a mujeres de cualquier cualificación con los hombres menos preparados. La segunda, que las Empresas Usuarias ofrecían muchas veces a los empleados un puesto de prueba, y que era posible que el trabajo temporal evolucionara hacia la estabilidad. Sin embargo, una de las peticiones constantes de los sindicatos, que implicaba que las ETTs garantizaran que al menos un porcentaje de esos trabajadores temporales evolucionaran hacia el contrato indefinido, nunca se atendió. Las ETTs no garantizaban nada. Durante 1997, los contratos fijos firmados por ETT sólo representaron el 0,1 % del total.

Este estudio, encargado por las empresas del sector, dejaba fuera dos de los problemas que las ETTs habían contribuido a aumentar: la temporalidad del trabajo y los bajos precios del salario.

La reforma laboral de 1994 había regulado las ETTs pero con lagunas sangrantes. Las posteriores modificaciones de esa reforma (Ley 29/99 de las E.T.Ts) habían garantizado un derecho básico, el de la equiparación salarial, de manera que un trabajador contratado por una ETT lograra cobrar el mismo dinero por hora que los empleados de la empresa usuaria. En un principio, eso no era así. Los contratados por ETTs ganaban hasta un 50 % menos que los empleados de la EU de su misma categoría laboral.

Resultaba tremendamente fácil abrir una ETT: bastaba con un local, un teléfono, el acceso a un fichero de trabajadores y a otro de empresas. Las sucesivas modificaciones estipularon que debían contar con una plantilla de al menos 12 empleados por cada 1000 trabajadores cedidos al año; las ETTs debían informar por escrito a la autoridad laboral de todos los contratos realizados, especificando los nombres de las EU y de los trabajadores contratados, algo que hasta entonces se realizaba de manera informal, e incluso telefónica; un puesto no podía permanecer cubierto por trabajadores temporales por más de trece meses y medio; y, entre otras mejoras, la existencia de un finiquito. Estas reformas nos dan una idea de las condiciones en las que trabajaban las ETTs.

Las modificaciones fueron muy protestadas por las ETTs: aludieron a que perjudicaban al trabajador. Complacientes para las EU, las ETTs argumentaban que esos cambios disminuirían la contratación por ETTs y que a cambio aumentaría el empleo sumergido. Las ETTs añadían que se adaptaban a un mercado de trabajo cada vez más global y que exigía, cambios sustanciales, que pasaban por la aceptación del trabajador de otras condiciones.

¿Podía ser eso cierto? El tiempo indicaría que sí, pero con una variante que no se había contemplado en 1994: el espectacular aumento de la inmigración.

La devastación del entorno laboral que las ETTS ayudaron a crear fue enorme: el 40 % de esas contrataciones no superaban los cinco días. Según el Ministerio de Trabajo, durante 1997, el 89 % de los contratos celebrados por ETT tuvieron una duración inferior a un mes.

El sueldo destinado a los trabajadores temporales se había reducido y los accidentes de trabajo, debido a la poca preparación, aumentaron. La falta de cohesión de los trabajadores temporales no les permitía organizarse para reivindicar mejoras o derechos como el cumplimiento de horario, o las vacaciones o permisos, algo a lo que de todas maneras, los mileuristas no estaban acostumbrados. Aún así, ¿qué se podía solicitar en cinco días? Quizás se debiera esa docilidad al hecho de que los trabajadores más jóvenes (varones) fueran los preferidos por las EU. Quienes denunciaban a las ETTs las acusaban de fomentar otra forma moderna de esclavitud y de que aceptaran y fomentaran unas condiciones de trabajo que negaban todos los derechos laborales adquiridos.

La opinión pública estaba radicalmente en contra de las ETTs y de sus sistemas de contratación: algunas de ellas fueron quemadas o saboteadas, como antes lo eran las sedes del INEM. Para colmo, un gran número eran ilegales, y por lo tanto, no se ajustaban al convenio colectivo, ni tampoco destinaban el 1 % de sus ingresos a la formación de su plantilla. Se pedía, cada vez con más fuerza, no sólo que se regularan las ETTs, sino que se acabara con ellas.

Las ETTs habían rebajado muchos mínimos, y habían popularizado un término que se convirtió en la pesadilla de los mileuristas que se incorporaban al mercado laboral: el contrato basura.

Contratos basura

El mileurista se asomaba al mundo del trabajo con una legislación laboral que había avanzado muchísimo desde el Fuero del Trabajo franquista o los Convenios Colectivos Sindicales de 1973. Asumía como naturales los derechos obtenidos a lo largo de los treinta últimos años, y esperaba que se respetaran, por muy difícil que fuera acceder al puesto de trabajo.

Las ETTs habían hecho estallar bruscamente la burbuja del sueño, aunque sus efectos no resultaban del todo visibles en el calor del momento. Al fin y al cabo, la Ley protegía al trabajador.

La norma que regía los derechos de los trabajadores se había aprobado el 10 de marzo de 1980, y era la Ley 8/1980 del Estatuto de los Trabajadores. Ese Estatuto estaba garantizado por la Constitución, que también defendía el derecho al trabajo, y protegía a todos los trabajadores por cuenta ajena, los funcionarios del Estado, patronal, autónomos... quedaban excluidos. Dentro del Estatuto, contaban con un régimen especial los presidiarios, el servicio doméstico, los artistas y deportistas, las personas con minusvalías... El Estatuto protegía sobre todo a los menores de edad, y aseguraba que la profesión pudiera elegirse libremente, así como los derechos a huelga, negociación colectiva, reunión y sindicación. El trabajador se comprometía a rendir en el trabajo, a cumplir con las medidas de seguridad impuestas y a atenerse al contrato firmado. En un mundo ideal, el Estatuto hubiera bastado, pero la situación económica hizo que el Gobierno socialista introdujera la reforma laboral del 84; precisamente para dinamizar el mercado y acabar con el paro de larga duración, se flexibilizaba el contrato de trabajo y se facilitaba la contratación temporal. Cuatro años más tarde, una huelga general (14 de diciembre de 1988) evitó que esa flexibilización se ampliara en la llamada Reforma de 1988. Esa reforma incluía un Plan de Empleo Juvenil que daba por hecho unos contratos considerados entonces inaceptables.

Sólo se retrasó por unos años. El «Decretazo» del 92 aumentaba las cotizaciones para que se tuviera derecho a una pensión y las prestaciones de desempleo empeoraban notablemente. A partir de ahí, otras reformas marcaron una línea proteccionista con la empresa.

La huelga que convocaron los sindicatos en 1994, como protesta frente a una nueva ley (la de las ETTs y el despido objetivo) tuvo una tibia respuesta: los trabajadores estaban cansados y muchos de ellos, vencidos. Los mileuristas daban por hecho que ésas eran las condiciones en las que trabajarían, y el contrato basura, rechazado en 1988, se implantó en 1994.

Otra reforma laboral, en 2001, convertiría los diversos tipos de contratos en aún más precarios, y, en general, recrudecería las prestaciones estatales a los trabajadores. El último Real Decreto Ley 5/2006, de 9 de junio, se propone la mejora del crecimiento y del empleo. Promete que favorecerá el contrato indefinido, regulará las ETTs, protege a mujeres y discapacitados y refuerza las inspecciones de trabajo.

Incluso cumpliendo con todos sus objetivos, la nueva Ley no logra reparar el daño producido por la temporalidad: el contrato indefinido, un nuevo caballo de batalla, que sustituía al contrato fijo, se había convertido en los últimos años en el ideal para cualquier empleado.

El contrato basura se llamaba, oficialmente, *contrato de aprendizaje*, y en la actualidad, *contrato para la formación*. Las reformas redujeron este contrato para trabajadores de menor edad (no podían superar los 25 años) lo mejoraron en tiempo y lo completaron con un salario igual al mínimo profesional, y con la prestación de incapacidad temporal.

Pero en sus inicios, el contrato basura ocultaba un contrato temporal de aprendizaje o de prácticas: en un principio, estos contratos no deberían incumplir ninguna norma, ni tampoco identificarse con un sueldo bajo: pero dadas las condiciones laborales, y el clima general de contratación, se convirtieron en contratos que rozaban o caían en el fraude de ley: los contratos no se correspondían con el trabajo que había que realizar, o bien se excedía el tiempo de contratación, o se encadenaban contrataciones temporales para el mismo puesto, y con la misma persona. Los sueldos eran bajísimos y no se aseguraba la permanencia por más de dos años.

El contratado basura continuaba en su puesto porque la promesa de que el siguiente contrato sería indefinido le ataba a él; por la necesidad de trabajar, o sencillamente, porque resultaba difícil y frustrante conseguir uno nuevo. Protestaba poco, denunciaba cuando no quedaba más remedio: se sentía poco motivado, y aún menos apoyado por una generación anterior obsesionada por los beneficios, que no respetaba los principios sindicales que había defendido para sí, y por una generación posterior más próspera, mimada, y que aún veía lejana la hora del trabajo.

Ni siquiera el consuelo de la inferioridad española servía en esta ocasión; Europa sometía a sus jóvenes con condiciones similares: durante la primavera de 2006, los jóvenes y los sindicatos franceses denunciaron con manifestaciones y protestas su indignación ante el *Contrato de Primer Empleo*, una variante del contrato basura que no solucionaba la precariedad. Se destinaba a menores de 26 años y permitía el despido durante los dos primeros sin ninguna justificación. Y, por primera vez, se hablaba también del *dumping*, (la competencia desleal basada en la reducción excesiva de precios) que todos estos contratos llevaban aparejado. En Italia, la *ley 30* incluía cuarenta y nueve tipos nuevos de contratación.

En España se puso fin oficialmente a los contratos basura en 1997: en la práctica, no fue así. Al *contrato para la formación* se le añadieron los *contratos indefinidos a tiempo parcial* (pensados para el ámbito rural, la hostelería...) y los *contratos con duración determinada* (por obra y servicio). Estas reformas, que intentaban a toda costa regular los contratos para los jóvenes y favorecer nuevas maneras de contratación, dejaban fuera a los

trabajadores no tan jóvenes en la primera juventud, y que entraban en la franja de edad de 30-45 años. Es decir, que muchos mileuristas que llevaban ya años como trabajadores, no se verían favorecidos, sino más bien al contrario, por las nuevas regulaciones. El empresario hacía sus nuevas cuentas, y de pronto, le compensaban las bonificaciones que los nuevos contratos le ofrecían si contrataba a nuevos trabajadores.

Como en educación, las reformas llegaban tarde, y beneficiaban a otros. Ante el espectáculo de las protestas francesas, se acusaba a los mileuristas españoles de organizar botellones y de ofrecer, nuevamente, una pésima imagen ante Europa. Dejaban de lado que quienes organizaban los botellones no eran los mileuristas, sino la generación siguiente. Posiblemente, la que cuando llegue el momento proteste, airada, siguiendo el ejemplo francés. Los jóvenes trabajadores actuales habían logrado arañar una serie de privilegios que les había permitido relajarse un mínimo. No era indiferencia, sino resignación.

Quienes habían logrado, pese a todo, introducirse en una empresa, intentaban mantenerse en ella y mejorar su sueldo y su situación. Quienes no, debían encontrar otras alternativas.

Ascensos imposibles. La voracidad de las empresas

El problema laboral de los mileuristas no era, por lo tanto, encontrar un trabajo, sino que éste fuera adecuado, o que pudieran retenerlo el tiempo suficiente como para demostrar su valía y asegurarlo. Los contratos iniciales, y el sueldo aparejado, resultaban tan bajos que como segunda preocupación, por detrás de no encontrarse de nuevo en la calle, se intentaba conseguir un puesto mejor con un aumento de sueldo.

Las empresas se encontraban en pocos años con una gran variedad de licenciados para elegir, y por lo tanto, con la posibilidad de contratar el mejor preparado de ellos. Sin embargo, no parecían en absoluto satisfechas con lo que se les ofrecía.

Para empezar, todos los candidatos compartían cualidades muy similares: habían obedecido a la obsesión por la informática y los idiomas, poseían una licenciatura. Se procedía entonces a pruebas de selección, que en ocasiones determinaban cuánto de verdad había en el currículum, el nivel real de idiomas o su capacidad para las dinámicas de grupo.

Los que superaban las pruebas se enfrentaban a las entrevistas personales, en las que se evaluaba su actitud, su potencial, o su capacidad de aprendizaje. Incluso en eso, muchos licenciados caían en el tópico. Casi todos se definían

como «con inquietudes», «con iniciativa», «con entusiasmo». Cuando la entrevista finalizaba, se iniciaba la selección.

Pero ante la sorpresa de los padres, que creían que la Universidad elegida, y el expediente, y los títulos de posgrado, puntuarían ante los competidores, las empresas parecían valorar de pronto una cualidad con la que nadie contaba: la experiencia.

Imposible que un joven recién licenciado poseyera experiencia o que ésta se acreditara a través de varios contratos brevísimos o del trabajo sumergido. ¿Por qué entonces pedían experiencia?

Las empresas se quejaban de varias carencias mileuristas; el primer pecado era la falta de humildad. Los jóvenes llegaban de la universidad, al parecer, con la convicción de que ocuparían un puesto directivo, o al menos, acorde a su licenciatura: eso no era así por antigüedad, y también porque era necesario formarlos en la organización de la empresa. Sus expectativas erróneas hacían que en ocasiones abandonaran el puesto, porque no se correspondía con lo que esperaban.

Además, les faltaba capacidad de decisión: muchos de ellos procedían de un entorno familiar sobreprotegido. Eran respetuosos con las pautas educativas, y les costaba improvisar.

La acusación se podía resumir en que les sobraba preparación teórica y les faltaba práctica: algunas de las empresas lo resolvieron colocándoles en puestos de ayudantes, desde los que obtendrían responsabilidades mayores durante los siguientes meses o años. Otras los hacían rotar por distintos departamentos.

A las empresas no les acababan de convencer los mileuristas; los mileuristas, por otra parte, respondían que tras cinco años de estudio, resultaba difícil asumir que faltaban aún más años para conseguir un puesto digno. Se quejaban también de que se les obligaba a asumir tareas administrativas. Las empresas respondían que los costes de personal habían hecho que cada puesto de trabajo asumiera su propia tarea administrativa. Muchos trabajadores con antigüedad no encontraban lógico que un recién llegado sin experiencia consiguiera un puesto por encima de ellos. Los mileuristas respondían que para ello habían estudiado. La empresa decía que no estaban preparados. Los jóvenes preguntaban qué era lo que les faltaba. La empresa exigía que esperaran. Los jóvenes contestaban: *¿Hasta cuando?*

Quizás eso explique el porcentaje de abandono del trabajo, principalmente entre licenciados en carreras más teóricas. Así como los técnicos se ubicaban con cierta rapidez, para los otros aún faltaban años de lento ascenso.

La situación se complicaba si la *mileurista* era una mujer; por más que la Constitución garantizara igualdad de sexos, las mujeres se enfrentaban en el mundo laboral a tres trabas principales: una de ellas era el llamado *techo de cristal*, la barrera invisible que les impedía continuar ascendiendo pasado determinado punto. No existían leyes que limitaran ese ascenso, pero sí otros condicionantes mucho más complicados de detectar.

Otra era el *suelo resbaladizo*, que hacía que un buen número de mujeres se agruparan en la base de la pirámide laboral y económica, imposible de conquistar. Otra, el *techo de cemento*, las exigencias que las mujeres se imponen, y que tienen que ver con el orden de prioridades en su vida y la conciliación de trabajo y vida privada.

Por difícil que sea de definir, el *techo de cristal* se demuestra por el escaso número de mujeres que obtienen puestos de responsabilidad, o trabajos prestigiosos, y por la diferencia salarial. Algunos sectores han denunciado este techo, especialmente complicado entre las investigadoras científicas, los medios de comunicación, la alta empresa o el ejército.

No se ascendía a las mujeres por excusas muy diversas: una de ellas era su presunta afectividad, que entorpecería las decisiones racionales y prácticas. Otra, la mayor exigencia en el mismo trabajo, sobre todo en los de tradición masculina. Otra, la doble jornada que soportaban (personal y laboral) o que se les suponía. Otra, la falta de ejemplos que sirvieran de referencia.

En el fondo, la misoginia. Ni siquiera el machismo. La misoginia. Nada probaba que las mujeres carecieran de formación; al contrario, los mejores resultados académicos habían sido acaparados en los últimos años por ellas. Las mujeres habían retrasado la edad de maternidad, incluso arriesgándose en ocasiones a perder su etapa fértil, por las exigencias de los trabajos y las empresas: pero aún así, no se las contrataba o promocionaba por la posibilidad de que pudieran quedarse embarazadas. Se les despedía si lo estaban, en muchos casos. Se les exigía, como mujeres, que se hicieran cargo de la mayor parte del trabajo doméstico, pero como profesionales se les castigaba si lo realizaban.

Las mujeres *mileuristas* habían intentado romper la maldición de las *Baby Boomers*: sus madres se enfrentaban a la invisibilidad por ser sólo madres y amas de casa, o al agotamiento en un intento por combinar todo (las famosas *superwomen*). Además de su derecho al voto y a la propiedad, consiguieron el derecho al trabajo, pero no con los resultados esperados: rupturas familiares, soledad, extenuación, poco reconocimiento... las *mileuristas* crecieron rodeadas de mujeres así, y muchas de ellas dan menos importancia a la

familia creada que sus predecesoras, pero sí les importa, y mucho, ser felices con su trabajo. Y sin embargo, se encontraban con un gran número de dificultades de género. Aunque nunca fueran madres, se sospechaba que lo serían o querrían serlo. Y con la idea no desterrada de que la madre se ocuparía del niño en enfermedades, y que trabajaría menos debido a la preocupación, lejos de ofrecer soluciones se prescindió de ellas.

Las mileuristas madres habían intentado la conciliación entre sus dos mitades, y para ello habían buscado ayuda doméstica, habían recurrido a las abuelas, habían pactado con sus parejas. Buscaron guarderías. Pero además habían reclamado reducciones de jornadas, o al menos, que éstas terminaran a sus horas (algo que había causado conflictos laborales, junto con las bajas por maternidad), habían pedido guarderías de empresa o jornadas flexibles. Pocas de ellas quedaron satisfechas.

Existe una hipocresía cruel respecto a lo femenino, una expresión cada vez más oída *El mundo es de las mujeres*, que oculta lo lejos que eso está de convertirse en realidad: la ficticia admiración por la capacidad de las mujeres para combinar tareas o para conservar un buen aspecto pese al estrés, por su inteligencia o sensibilidad, enmascara discriminaciones y acosos laborales.

El problema de fondo, como con los mileuristas, nunca se aborda del todo: se hace necesario integrar a las mujeres en una estructura que les resulta nueva y, por otro lado, evitar que los hombres, que han formado durante siglos la élite profesional, se sientan cuestionados o amenazados. La mujer, deformada como madre o como objeto sexual, se encuentra aún con problemas para ser captada como un trabajador más. Los varones no saben cómo tratarlas de igual a igual, ni hasta qué punto deben renunciar a la coquetería o a la caballerosidad.

Tampoco para las mujeres resultaba fácil ocupar un puesto de responsabilidad, reinventarse o abrir camino. La experiencia, por otra parte, demostraba que la mujer tenía mucho que aportar al mundo del trabajo: pero serían necesarias soluciones prácticas y reales que sustituyeran a los antiguos tópicos, y que permitieran una evolución similar a la de sus compañeros varones.

Sin embargo, no todos los mileuristas eran jóvenes sin experiencia o mujeres con dificultades para adquirir puestos de responsabilidad. Un gran número de ellos se habían formado gracias a becas internacionales o habían continuado estudios en el extranjero, donde comenzaron a trabajar. Unos años más tarde llegaban a España con la idea de integrarse en el mercado laboral con una preparación superior, en el momento más creativo de la carrera. Se

encontraron con un marco rígido, endogámico, con compañeros angustiados por mantener su trabajo, universidades sin estabilidad ni capacidad de inversión y muy poco interés por las nuevas ideas.

Entre ellos, los científicos fueron los más visibles: tras años de quejas por la falta de capacidad investigadora española, se formó a una élite de los jóvenes más capacitados, que tras su regreso a España no supieron realmente qué hacer; con menos sueldo, nulas oportunidades de promoción y unos años de formación duros a sus espaldas, sólo les quedaban irse de nuevo o reconducirse hacia una carrera técnica.

Pero también se dio el sistema opuesto: preocupadas por la proyección internacional, muchas empresas españolas han ofrecido a sus empleados mileuristas algunos puestos de directivos, y por larga duración, fuera del país; ya no es la disponibilidad para viajar lo que se valora, sino un desplazamiento a largo plazo.

¿Por qué a los mileuristas? Porque otros trabajadores con mayor antigüedad, pero establecidos socialmente, o con familia, no aceptan estos empleos. Por otro lado, el empleado se enfrenta a varios años de estancia en un país extranjero sin que se le garantice qué ocurrirá a la vuelta. Por lo general, el sueldo que recibe permite un nivel de vida más alto en el país de destino que lo que luego podrá disfrutar al regreso, pero el proceso de integración en la empresa a su regreso no siempre resulta sencillo. Para evitarlo, algunas empresas aseguran la consolidación del puesto o el ascenso a la vuelta.

Los países más necesitados de estos emigrantes de lujo son los de Europa del Este, los de África, y sobre todo, China. China encierra la gran promesa de desarrollo para muchas empresas, pero el desconocimiento del idioma, y la enorme diferencia cultural obligan a que muchos jóvenes se nieguen a desplazarse hasta allí, o regresen al poco tiempo.

La generación de los *Baby Boomers* no quiere asumir su edad real y no está preparando su relevo de la manera conveniente. No han logrado vincular a los mileuristas de mayor edad a sus empresas, y por lo tanto la lealtad se ha relajado. La movilidad laboral no resulta tan conveniente cuando se accede a determinado nivel.

Los becarios

Antes de ni siquiera aspirar a la promoción dentro de la empresa, un porcentaje elevado de mileuristas pasaron por el estadio de *becario*. Las becas habían supuesto una ayuda importantísima para muchas familias españolas, y

se habían distribuido a los estudiantes durante años de acuerdo a distintas necesidades: ayudas al transporte, a la formación; becas para familias numerosas, con pocos ingresos o con hijos que demostraban un alto rendimiento.

Muchas familias se quejaban de que los criterios de asignación de becas no se correspondían a la realidad: un trabajador con nómina regulada tenía menos posibilidades de obtenerla que un profesional que percibiera parte de sus ingresos en dinero B, o negro: eso hacía que personas que en realidad gozaban de sueldos mayores recibieran becas de ayuda, mientras que las que se atenían a la legalidad veían cómo les pasaban ante los ojos.

Irregularidades aparte, cuando los estudiantes llegaban a la universidad se les presentaba la posibilidad de presentarse a otras becas, como la Erasmus, o algunas de las más cotizadas a nivel internacional.

La beca Fulbright, por ejemplo, fue fundada en 1946, con la educación intercultural como máxima, y la búsqueda de la paz como objetivo final. Entre quienes han disfrutado de ella figuran premios Nobel, y figuras destacadísimas de la política, el arte, o las ciencias. Se trata de una beca estadounidense, con el apoyo del Departamento de Estado, y que recibe además dotación asignada por el Congreso. Aparte de las dotaciones para estudios, el Programa Fulbright coordina una serie de actividades extraescolares muy características.

Otras becas prestigiosas, esta vez dentro del ámbito iberoamericano, son las Becas Líder, que premian a los sesenta mejores licenciados iberoamericanos. Más recientes (se establecieron en el año 2002), intentan apoyar a una élite intelectual que pueda desenvolverse tanto en España como en Latinoamérica y que además permita un conocimiento mayor entre países basado en la unión y no en la diferencia.

Pero no es de estos becarios de los que estamos hablando; a lo largo de los años noventa se popularizó el que las empresas becaran a un cierto número de alumnos de últimos cursos, o a recién licenciados, de manera que pudieran integrarse en la rutina de la empresa con trabajos a media jornada, a cambio de una cantidad de dinero.

Esas becas permitían que el mileurista obtuviera la ansiada experiencia práctica que las empresas demandaban, y se veía como una oportunidad para ser valorado ante el mercado laboral: conseguían un poco de dinero, y además, salían al mundo real. Conocerían de primera mano su trabajo, sus futuras empresas y su funcionamiento.

El optimismo con el que muchos mileuristas acogieron estas becas de empresa duró poco: como en los contratos temporales, en la aplicación práctica de las becas se llevaron a cabo muchas irregularidades: algunas empresas no respetaban la media jornada, y obligaban a los becarios, con la excusa de entregar proyectos, o de completar un encargo, casi una jornada completa. A menudo, durante la temporada de verano, los becarios sustituían a parte de la plantilla habitual. Del becario se esperaba que rindiera como un trabajador, y pero al mismo tiempo, no se le asignaba ni la responsabilidad ni el puesto equivalente, y por supuesto, no se encontraba en la misma posición.

Algunos, resignados, aceptaron la prueba. Otros denunciaron esa situación, y se negaron a realizar trabajos por debajo de su categoría, o que excedieran las horas de sus becas. Otros, por último, exigían que el trabajo que se les encomendaba se llevara a cabo con unos mínimos técnicos, y pidieron más dotación informática o técnica.

Las protestas de los empresarios, y también de muchos trabajadores, no se hicieron esperar: se acusaba a los becarios de arrogantes, de no saber qué era en realidad el mundo. Ellos, los trabajadores *Baby Boomers*, habían comenzado así (o se hubieran dado de tortas por esa oportunidad). La famosa frase *los jóvenes no tenéis espíritu de sacrificio* dejaba de lado que a los *Baby Boomers* les esperaban posibilidades reales de ascenso en las empresas y obviaban las conquistas laborales que se habían realizado. Además, si deseaban que realizaran un trabajo similar al de los trabajadores contratados, era justo que se les facilitaran unas condiciones de trabajo similares. Por último, olvidaban que los becarios habían sido aceptados como tales con el objetivo de que conocieran mejor su oficio, y que por lo tanto, no debían destinarse a puestos que no se correspondieran con sus estudios.

La queja mileurista más frecuente fue la inadecuación de la beca a lo que se les enseñaba: se popularizó la imagen del becario como el encargado de los cafés, o de las fotocopias, y también la del empleado que se escaqueaba y depositaba al becario la responsabilidad de cumplir con su trabajo (José Francisco «Caco» Henríquez, acusado en 2006 de pertenecer a una trama de corrupción relacionada con la energía eólica en Canarias, se defendió diciendo que los hechos que se le imputaban eran el trabajo de un becario que trabajaba para él). Las becas de empresa se convirtieron en sinónimo de empleo gratis y de trabajadores dóciles; en raras ocasiones servían de algo al becario, y dejaban un amargo sabor de boca.

Los becarios de investigación en la universidad no se encontraban en una situación mucho mejor. Por lo general, las becas de investigación se

otorgaban a estudiantes brillantes, en ocasiones formados en el extranjero, o que habían disfrutado de una primera beca allí: y allí regresaban de nuevo, ante la imposibilidad de encontrar un puesto en la universidad española. Los primeros años de la beca les abrían oportunidades excepcionales para el aprendizaje y para participar en proyectos distintos; pero cuando la situación se alargaba en el tiempo, muchos de ellos acababan como documentalistas en la sombra, como trabajadores para los investigadores más conocidos y de mayor edad, o como mano de obra especializada para Institutos Técnicos y Universidades.

Las becas por investigación solían ser largas, y en ocasiones un proyecto de ese tipo se prolongaba hasta los diez años; al no ser considerados como trabajadores de propio derecho, perdían los privilegios que se derivaban de las cotizaciones: seguridad social, bajas, pensiones... Muchos becarios se aproximaban a la cuarentena con un sueldo bajo, pocas garantías de continuidad y un trabajo no reconocido. Otros habían encontrado trabajo en la Universidad, o en distintos laboratorios, pero la mayoría protagonizaron la llamada *fuga de cerebros* que muchas entidades denunciaron: era la respuesta a las protestas sin contestación y a los años de exigencias que no habían sido escuchadas.

¿Carecían también los becarios universitarios, tras años de investigaciones y trabajo, de espíritu de sacrificio? No era probable. Esos becarios continuaban siendo considerados estudiantes, y se les trataba como tales, ni siquiera como a trabajadores de segunda. Los *Baby Boomers*, que tanta importancia daban al estudio, parecían no caer en la cuenta de que el privilegio de estudiar no lo era tanto cuando se alargaba de manera indeterminada el paso a la madurez. Los becarios habían demostrado ya su capacidad para estudiar y para sacar provecho de ello, y no agradecían el que se les limitara el acceso al trabajo.

A ello se le unía que la inmensa mayoría de estos becarios lo eran por vocación: muchos soportaban una situación abusiva porque amaban su proyecto y daban mucha importancia a poder trabajar en él. El problema se agudizaba con los años, y no se le presentaba solución: la situación favorecía a todas las partes menos a los becarios, que crearon colectivos para apoyarse de mejor manera; por ejemplo, en mayo de 2006, la Federación de Jóvenes Investigadores Precarios convocó una manifestación ante el Ministerio de Educación para denunciar su falta de protección social, y a través de la web www.precarios.org intentó coordinarse y reclamar así sus derechos de mejor manera. Otra web, www.trabajodebecario.com se creó con la intención de

denunciar la indefensión de los becarios tanto universitarios como de empresa, y de exigir unos derechos similares a los de los trabajadores.

Teleoperadores

Entre los nuevos puestos que se creaban casi exclusivamente para mileuristas, se encontraba el de teleoperador: las empresas desarrollaban cada vez con mayor frecuencia departamentos nuevos, como el telemárketing, la asistencia por teléfono o las respuestas a quejas de los clientes, y por lo tanto necesitaban cada vez a un número mayor de personas que, a través de teléfono, se ocuparan de ello. Aparte de eso, se desarrollaba la banca telefónica, el turismo de bajo coste sin oficinas físicas y la telefonía móvil. Los nuevos puestos exigían además una especialización mayor, y un perfil cada vez más amplio (comerciales, informáticos, gestores, abogados...).

Durante varios años, la oferta de trabajo superaba la demanda; se sucedían los anuncios que pedían teleoperadores, que buscaban a un trabajador especializado, con habilidades comerciales, idiomas, buena expresión y capacidad de comunicación, informática y (por supuesto) experiencia previa. A cambio, se ofrecían jornadas reducidas, con disponibilidad de horarios, incluso durante los fines de semana. El teletrabajo no significaba un trabajo bien remunerado, ni una estabilidad permanente, pero no era tampoco *fregar escaleras* o *servir hamburguesas*.

Sin embargo, los trabajadores que cumplían con ese perfil se frustraban al poco tiempo en un trabajo aburrido, sin contacto con el público, y con pocas posibilidades de ascenso. Quien pasaba por la experiencia del teletrabajo huía de ella. Los días, las preguntas y las respuestas se repetían hasta la saciedad. El sueldo, además, era muy bajo.

Eso no suponía un gran problema para las empresas, que podían, sin demasiados gastos, trasladar esos departamentos a regiones con mayor índice de paro; muchas de las empresas de telemárketing se nutrieron de mujeres, estudiantes jóvenes, o de mileuristas en transición de un trabajo a otro, que acudían mientras tanto a entrevistas de trabajo y fotocopiaban currículos. En sus ratos libres, abrían el periódico y subrayaban posibles trabajos.

El mito del fontanero: a menor formación, mayor remuneración

Cuando de verdad se trataba de encontrar un empleo, ¿era tan difícil conseguirlo? Los licenciados, ¿de verdad no gozaban de mayores ventajas? Si desde niños habían escuchado loas a los estudios, se les animaba a estudiar y

se les comparaba favorablemente con parientes y amiguitos que no lo hacían, ¿podía estar todo el mundo equivocado?

Eso no resultaba difícil de comprobar: un vistazo a un periódico o a una web de ofertas de empleo (la elegida fue www.infojob.net) durante el mes de agosto de 2006, ofrecía estos resultados.

Existían 6289 ofertas de trabajo que ofrecían un sueldo de 900 euros: de ellos, había 2007 en Barcelona y el resto se repartían entre Madrid (1848), Valencia (440) y Málaga (162). El nivel de estudios que se solicitaba era en 1939 casos la Educación Secundaria Obligatoria; en 1180, la Formación Profesional Grado Medio; en 1100, no hacían falta estudios y en 599 se pedía el Bachillerato.

Los datos resultaban curiosos; personas con la ESO completada y otras sin estudios eran demandadas para desempeñar tareas por el mismo precio. Y se buscaba un número mayor de trabajadores que hubieran estudiado, lo que parecía lógico, ya que ofrecían una mayor preparación por el mismo precio.

Los últimos sondeos indicaban que el sueldo medio de un trabajador en España era de 947,55 euros brutos mensuales, con lo que los 900 euros encajaban dentro de la media. ¿Qué ocurría si doblábamos esa cifra?

Se ofrecían 393 ofertas para trabajos de 1800 euros: el reparto, esta vez, era Barcelona (131), Madrid (119), Valencia (18) y Sevilla (14). Si el sueldo subía a 3000 euros, las ofertas descendían a 111, de las cuales 40 se ofrecían en Barcelona, y 39 en Madrid, y ¡la mitad! no exigían estudios.

Picada por la curiosidad, consulté las condiciones. El sueldo alto, lo que un mileurista ganaba en un mes, no era más que un cebo: esos anuncios, en realidad, ofrecían sueldos de transportista y secretaria por unos 745 euros al mes. Lo mismo ocurría con los sueldos de 1800 euros: los anuncios sólo atraían la atención, y se atenían luego a lo establecido por las circunstancias laborales más frecuentes.

La cuestión de los sueldos reales que perciben los mileuristas y los que, ganando más de 1000 euros al mes, son mileuristas por generación, provocó grandes polémicas entre los propios jóvenes. Algunos defendían que mil euros al mes no daban para lo mismo en unas regiones que en otras, y que en muchas provincias no era, ni mucho menos, una mala cantidad. Otros denunciaban que sólo la permanencia de los jóvenes en el hogar paterno maquillaba una realidad terrible: la semipobreza de la inmensa mayoría de los jóvenes españoles. Otros no centraban el problema en el sueldo, sino en el precio de la vivienda.

Sin embargo, algunas de las voces que se alzaron merecían ser escuchadas: eran las de aquellos jóvenes que habían crecido con el sambenito de no aplicarse en los estudios o de ser poco menos que tontos, los que decidieron abandonar las aulas antes de llegar a la Selectividad, o incluso al Graduado Escolar.

Estos jóvenes se habían buscado la vida como aprendices, habían estudiado oficios técnicos, y habían comenzado a trabajar, y también a cotizar, por media, diez años antes que los estudiantes. Habían padecido las mismas crisis económicas e idénticas manipulaciones de empleos y contratos. Vivieron los mismos hitos, pero se encontraban en otra parte: cuando rondaban la treintena habían montado sus propios talleres, empresas, o trabajaban con una estabilidad mucho mayor que la de los licenciados. Ganaban un sueldo sensiblemente mayor a sus compañeros estudiosos, porque muchos de ellos cobraban por trabajo realizado, y no un sueldo fijo, y además, algunos (obreros de la construcción, artesanos, asistencia doméstica) percibían cantidades sustanciosas en dinero negro.

Si en los últimos años los padres comenzaban a mencionar con timidez al pariente fontanero que había logrado comprarse una casa, y hablaban de las barbaridades que ganaba como un ejemplo de lo equivocados que estaban al presionar a sus hijos para que estudiaran, el mito del fontanero se convirtió en una dolorosa realidad cuando los años pasaron y los sueldos de los licenciados no ascendieron.

Eran los *fontaneros* los que acusaban ahora a los mileuristas de esperar un sueldo acorde con lo que habían estudiado en lugar de por el trabajo que realizaban. La sobresaturación de abogados hizo que un buen mecánico fuera más apreciado y se le pagara más. Los oficios, de pronto, gozaban de una fabulosa reputación.

Y esos mismos trabajadores desvelaban que los mileuristas no cambiaban su situación porque, en realidad, era cómoda: mientras se quejaban, vivían en casa de los padres, no se les exigía grandes cambios, se anestesiaban con la televisión, la tecnología, el ocio, y podían gastar los mil euros que ganaban al mes en ocio.

Otros *fontaneros* matizaban que aunque el sueldo era mayor, el prestigio social no se había recuperado, y que las condiciones físicas del trabajo no compensaban la diferencia. Habían crecido con la referencia constante del que estaba en la universidad y con la certeza de los privilegios de los estudiantes: para ellos, esa situación continuaba. Además, el régimen de autónomos, para los que lo tenían, suponía un enorme esfuerzo fiscal, y por lo general, no

sabían de horarios, ni de vacaciones. Nadie les había regalado nada. ¿Por qué se lo iban a regalar a los mileuristas?

¿Quién se esforzaba más? ¿Quién había padecido más? ¿A quién era necesario reparar? La parábola del hijo pródigo. Un hermano enfrentado a otro.

Sólo en algo se ponían de acuerdo los que habían superado el COU y los que habían cursado FP: los que de verdad sabían vivir eran los funcionarios.

Siempre quedarán las oposiciones: el funcionario como ideal

La idea que del funcionario se tenía durante el franquismo era la de un ser apático, sentado en una oficina grisácea, con un periódico a mano, pausas de tres horas para el café, una ventanilla que le protegía del mundo y una mala leche a toda prueba. El funcionario se presentaba como un vago con salario, alguien desmotivado por la seguridad de su puesto, y sobre todo, el sujeto de una negra, potente, feroz envidia.

Con el tiempo, la imagen del funcionario se modificó, pero no la envidia: aunque se admitía que entre ellos existían magníficos profesionales, no se esperaba menos de alguien que gozaba de horarios decentes, buenos sueldos, vacaciones, seguridad social propia y la certeza de un trabajo de por vida. Ninguna de esas condiciones se daba entre otros colectivos.

Los funcionarios se defendían como podían: no eran los más trabajadores en horas, pero sí en años de empleo. Tampoco sus sueldos, divididos en base y en suplementos por antigüedad, con alguna gratificación por servicios, podían compararse con los de la empresa privada, y sobre todo, no había oportunidades de ascenso. Entre los funcionarios se generalizaba la desmotivación, y en ocasiones la falta de implicación.

No habían olvidado lo que suponía prepararse para las oposiciones, las horas de estudio, que para muchos significaron una academia, el pago del instructor y un riguroso plan que les ocupaba ocho o diez horas al día durante varios años, dependiendo de la dificultad del examen. Ni la alta probabilidad de suspenso, que hacía difícil que se presentaran únicamente una vez, ni el anuncio de convocatorias, cada vez más escasas, para cubrir unas plazas cada vez menos abundantes. La competencia resultaba brutal y la lista de admitidos, una tortura que afectaba más y más en cada ocasión.

El perfil contemporáneo de un opositor era el de una mujer joven, con una titulación media alta, con intenciones de crear una familia, y que aspiraba, por lo general, a un puesto de auxiliar administrativo, uno de los que requería una aspiración menor.

Las oposiciones del grupo A, dirigidas a doctores, licenciados, ingenieros... ofrecían mayores dificultades, y no siempre se les asignaba una plaza de manera inmediata. Quien mejor puntuación obtuviera en los exámenes podría elegir destino y trabajo: los peores situados tendrían que conformarse con lo que quedara. Si se habían aprobado los exámenes, pero la puntuación no daba derecho a plaza, los opositores continuaban en la bolsa de trabajo y pasaban a ser los interinos o sustitutos, que cubrirían las bajas, y las vacantes. Ese grupo constituía el 10 % del total, y debía superar un examen compuesto por un cuestionario, la redacción de un tema y la resolución de un ejercicio práctico, todos ellos inscritos en un programa que constaba de unos cien temas.

El grupo B pasaban unas pruebas similares al A, con la diferencia de que eran diplomados y constituían aproximadamente el 13 % del total. De ahí se llegaba a través del escalafón a los E, que no precisaban titulación, componían un 5 % del total, y debían aprobar un test psicotécnico, un cuestionario sobre ocho o diez temas y una prueba específica. Casi la mitad de los funcionarios (un 48 %) se enclavaban en el grupo D.

Los trabajadores de la empresa privada desmitificaban ese esfuerzo y lo minimizaban, comparado con su experiencia diaria y la seguridad a largo plazo. Fueron sin duda de los que se alegraron cuando el anteproyecto del Estatuto Básico del Empleado Público fue publicado en 2006: ese anteproyecto prometía evaluar la calidad de cada funcionario, y si éste no desempeñaba sus funciones correctamente, se le podría cambiar de puesto (no expulsar, como en un principio se anunció). Se revisarían los aumentos de sueldo de acuerdo con la calidad del trabajo, no de manera automática. Se le daría un giro a las oposiciones, que serían complementadas con entrevistas personales.

La envidia no se desvanecía, pero los funcionarios no se mostraban tan contentos. Si hasta a ellos les afectaban las reformas laborales, ¿no estaba próximo el fin de toda estabilidad laboral?

Quizás sí. Y si se pretendía encontrarla en trabajos menos cualificados, los mileuristas iban a encontrarse con una nueva competencia: los inmigrantes.

Los emigrantes en los trabajos no deseados

El inmigrante no era una figura jurídica, y por lo tanto, resultaba subjetiva: se consideraba inmigrante a la persona extranjera que viajaba a España con intención de quedarse, ocupaba los sectores más bajos del mercado laboral.

No existía un único perfil de inmigrante; provenían de muchos países (americanos, africanos, europeos, asiáticos) y pertenecían a capas de población muy distintas: desde las asistentes domésticas, que hace diez años eran la mayoría y encontraban pronto trabajo, porque un número alto de mujeres españolas trabajaban fuera de casa y no podían hacerse cargo de la misma, a los jornaleros del Este de Europa, las tiendas mayoristas de chinos o a la inmigración altamente cualificada que llegó procedente de Argentina, motivada por su derrumbe económico.

Los inmigrantes han ocupado los puestos de trabajo que los jóvenes españoles no consideran adecuados, bien porque están sobrecualificados, o porque las condiciones son tan pobres que se niegan a aceptarlos. Por desgracia para ellos, los problemas no resueltos por los españoles no han mejorado para los inmigrantes: la precariedad temporal, los bajos sueldos, la falta de derechos, se unen a las circunstancias de muchos inmigrantes ilegales, que no sólo no están en condiciones de elegir, sino que tampoco pueden denunciarlas, por miedo a ser extraditados.

Y los mileuristas ni siquiera son ya necesarios en los puestos de baja cualificación: los inmigrantes, que forman unidades familiares mucho menores, con una débil conciencia de derechos, y dispuestos a vender su mano de obra más barata, los han sustituido. A ellos, y a muchas mujeres españolas, también poco cualificadas, que de pronto resultaban caras.

La equiparación de derechos entre inmigrantes y nacionales no pasaba de reconocerles unos derechos fundamentales como personas, que les garantizaran un trato justo y penara su maltrato. Otros derechos, como el de libre circulación o elección de residencia, o los derechos políticos, variaban según el país europeo en el que se encontraran.

Los inmigrantes, sin embargo, se preocupaban más por la obtención de derechos sociales que les dieran a ellos y a sus hijos acceso a la educación y la sanidad. El conflicto con los inmigrantes procedía, precisamente, de ahí. Las distintas leyes y reformas de Extranjería habían intentado regular una situación que excede las previsiones, y que habían procurado visibilizar o expulsar a los ilegales, regularon el derecho de asilo, emisión de permisos o visados o la concesión de la nacionalidad, pero no consiguieron frenar la caída del precio de la mano de obra que este súbito flujo de trabajadores provocó.

Ese desplazamiento transversal de puestos de trabajo (los inmigrantes, en general, no quitaron el puesto de trabajo a los españoles, sino que ocuparon las capas con menos demanda) se unieron a la xenofobia: el español, cuando

sólo convivía con gitanos, se consideraba poco racista y muy tolerante. La convivencia con los inmigrantes obligó a modificar ese concepto: los inmigrantes se asociaban al paro, la delincuencia y el narcotráfico. No se valoraba el esfuerzo que realizaban, la nostalgia por su país, su familia o el drama de su propia pobreza. Sólo en ocasiones se mencionaba el aumento de la natalidad o la contribución a las pensiones.

España, un país de destino y paso para miles de inmigrantes, vive con especial crudeza la miseria de esas personas, que mueren en el Estrecho o emplean todos sus ahorros para comprar un billete a un lugar que no puede garantizarles la prosperidad. Ha vivido mal el proceso de país de origen a país de destino, y se enfrenta a retos inmensos que puedan favorecer el empleo, y que al favorecer la integración eviten la aculturación. No parece asumir, que los niños nacidos de los inmigrantes son españoles y que formarán una generación con problemas y preocupaciones propias. No se preocupa por el retroceso del feminismo que supone la inyección de habitantes que proceden de modelos culturales mucho más machistas. Vive anclada en miedos y prejuicios, sin ofrecer soluciones reales. Los mileuristas, que miraban a Europa, se encuentran ahora con calles mucho más variadas y con distintas nacionalidades como vecinos. Frente a la solidaridad, impera también el miedo a la competencia laboral, o a la concesión a otros de derechos que nos corresponden. No saben muy bien qué hacer.

El modelo americano: la pérdida de la sociedad de bienestar

Todo comenzó en Estados Unidos y posiblemente todo acabe allí. El triunfo del capitalismo supuso también su victoria y la falta de oposición ha maximizado los errores que incluía. El capitalismo no se entiende sin el individuo, y por lo tanto, las asociaciones han perdido fuerza; por lo que el individuo no tiene margen de acción por sí mismo y no encuentra apoyo en otros.

El sistema capitalista se ha superpuesto a la globalización: el mundo, cada vez más homogéneo, compra, vende, asume y piensa lo mismo. Y el país que más sueños vende es Estados Unidos. La divinización de lo americano, y al mismo tiempo el antiamericanismo, se alternan en España, y no dejan atrás a los mileuristas. Frente a los atropellos de derechos humanos, el uso de las armas y un sistema de valores que excluye una educación de calidad o la sanidad gratuita, se admite y se imita su modo de diversión, los centros comerciales, la comida rápida, la tecnología, la sociedad del entretenimiento continuo.

El modelo americano ha dejado atrás la cultura del bienestar y la ha sustituido por la importancia del consumidor. El mileurista, pobre y consumidor al mismo tiempo, ve cómo se justifica la importancia del aprendizaje y la innovación como un modo de incrementar las ganancias de empresas, y asiente. Solo, sin poder, y con un sistema económico que no eligió pero que comparte, se dirige hacia la ratificación de ese sistema, a no ser que antes algo lo detenga y le obligue a cambiarlo.

1.4. Sin techo: la búsqueda de la emancipación

La obsesión de los jóvenes españoles, decía el Injuve, era comprarse una casa: también fue la de sus padres, que vivieron la primera expansión inmobiliaria durante el optimismo económico de los sesenta; la población había aumentado, emigraba a las ciudades y la renta media de las familias se elevaba. Esa tendencia continuó en los setenta, se estancó algo en los ochenta y ha vivido un segundo esplendor del ladrillo a partir de los años noventa.

Los *Baby Boomers* fueron también los impulsores de la compra de una segunda casa, y unos obsesos de la nueva vivienda: tanto así que si se hubieran aprovechado y renovado las construcciones de los cuarenta y los cincuenta, en lugar de darlas por perdidas, o si se hubiera invertido en conservar las buenas condiciones de las contemporáneas, no hubiera sido necesario renovar a esa velocidad el parque inmobiliario español. En su favor hay que añadir que las calidades de construcción en los años 60 eran tan bajas que quizás no hubiera sido posible repararlas.

Paralela a la preocupación rural de cultivar las tierras propias, creció la necesidad psicológica urbana de poseer la vivienda en propiedad. Y, arrastrada por esa convicción, y acicateada por la inversión y la especulación creciente, cada vez más dinero público y privado se destinó a la compra de suelos y viviendas, en lugar de fomentar aspectos más dinámicos, como la creación de empresas o la inversión en ciencia.

En España se ponen a la venta unas 800 000 nuevas viviendas cada año. Eso supone que la demanda es alta; aparte del gusto por la primera vivienda, del turismo europeo que invierte en inmuebles en la costa, de las compras de los mileuristas afortunados, y de los inmigrantes, que también demandan vivienda, se ha producido la especulación por la especulación: se compran casas, se mantienen vacías y se venden en un plazo de tiempo lo suficientemente largo (en la actualidad, para ser sinceros, es muy breve) como para recuperar con creces la inversión.

La queja principal de los mileuristas no se centra tanto en los bajos sueldos, sino en el precio siempre en aumento de la vivienda. Los jóvenes desean la emancipación, lo crean los *Baby Boomers* o no, tanto como ellos, aunque quizás hayan vivido la ruptura generacional con menos dramatismo: sus padres salían de casa para casarse. Los mileuristas posponen la

convivencia hasta que puedan permitirse una casa, o dependen de una pareja y del sueldo conjunto para lograrlo.

No se puede desechar la importancia que el ejemplo o el consejo paterno ha tenido para esta generación sobreprotegida, y que en pocos casos se enfrentaba a una decisión o una inversión grande. Los padres, por inercia, recomendaban la compra de un inmueble. Los hijos absorbieron esa idea fija, sin plantearla y sin matizarla, dando por hecho que las condiciones de vivienda y los plazos para conseguirla serían comparables a las de los padres.

El Gobierno propuso a lo largo de los años distintas medidas para facilitar el acceso de los jóvenes a un hogar: bien a través de viviendas protegidas usadas o nuevas; esos planes intentaban proteger a los jóvenes menores de treinta y cinco años, en circunstancias más desfavorecidas. Ninguno de esos planes logró frenar el ascenso de los precios; su efecto en el total de la población joven ha sido insignificante. Frente a las tímidas medidas estatales, la realidad urbanística del país se impuso: para los mileuristas la compra de una vivienda no sólo era un sueño. Se estaba convirtiendo en una pesadilla.

El precio de la vivienda

Los asesores económicos más sensatos advierten del peligro del endeudamiento de las familias, e incluso los menos sensatos desaconsejan que se destine a la compra de la casa familiar no más del 40 % del sueldo total: el 30 % se establece como límite máximo. El problema radica en que el mileurista, en su condición de trabajador más o menos precario, se ha definido, precisamente, por sus ingresos mensuales, y estos son menores de 1000 euros. Por lo tanto, el 30 % de su sueldo, que los más moderados recomiendan invertir en una hipoteca, se reduce a 300 €.

Si el mileurista solicitara una hipoteca a treinta años, con el presupuesto de pagar 300 € al mes, la cantidad que podría solicitar (sin contar con comisiones, y a un interés similar al que se ofrece en 2006... y dando por hecho que el valor de tasación favorecería al comprador, y que se le otorgaba una financiación del 80 al 110 % de la vivienda... demasiados supuestos, y demasiado afortunados) sería aproximadamente de 64 000 € (10 millones y medio de pesetas).

La oferta de un gran buscador de vivienda como www.tecnocasa.es, en Madrid, comenzaba en los 70 000 €, y aún entonces no se encontraba ninguna casa. Si la hipoteca se calculaba a partir de 400 €, el 40 % de los optimistas, la cantidad prestada ascendía a 85 612 € (14 212 000 pts).

El buscador encontraba una casa por debajo de ese precio: un estudio de 15 m², 78 131 €, en Ciudad de la Imagen, en el extrarradio de Madrid. Otro más se ofertaba en Lavapiés por 74 000 € para reforma total, con una habitación, salón, cocina, baño. La fotografía del inmueble mostraba un edificio al borde de la ruina.

En Barcelona, la otra ciudad con mayor presencia de mileuristas, no aparecía ninguna oferta por valor de 80 000 €, ni tampoco por 85 000 €.

Se podrá argumentar que esa búsqueda corresponde únicamente a un día o que en otras ciudades el precio de la vivienda resulta menor que en Barcelona o Madrid. Es cierto; pero también lo son los sueldos, y las oportunidades de trabajo. El precio de la vivienda, caro o barato, está muy por encima de las posibilidades de los mileuristas, cuyos sueldos no les han permitido ahorrar. Sin ayuda familiar, sin el apoyo y la unión de una pareja con un salario similar o mejor, la emancipación no resulta posible. No al menos a través de la compra.

En 2005 la ministra Trujillo, que se encargaba del Ministerio de Vivienda, afrontó una modificación de la Vivienda de Protección Oficial (VPO), dentro del programa del Gobierno para solucionar el problema actual. La decisión que tomó fue la de construir viviendas más pequeñas, de unos 25 o 30 m², con techos altos, zonas comunes y que se adaptaran a los ciclos vitales de las familias. La Ministra dijo tomar como referencia la política de los países nórdicos, y afirmó que *una persona joven podía necesitar sólo un apartamento de 30 m²*.

El escándalo había comenzado. Los mileuristas se sintieron tan ofendidos por la oferta que rehusaron en muchos casos tomar en consideración el resto de la propuesta, que incluía viviendas modulares, o ampliables. La tendencia, pese a las protestas de los jóvenes, se había generalizado, y en Madrid el alcalde Ruiz Gallardón planteaba viviendas «estilo habitación de colegio mayor» de unos 30-35 m².

Lo sorprendente de la reacción de los mileuristas fue el desprecio con el que acogieron la propuesta, que evidenciaba que continuaban anclados en el modelo tradicional, *Baby Boomer*, de vivienda. Así como en otros sectores habían aceptado su diferencia, e incluso la habían reivindicado, la vivienda aparecía como un bastión inamovible. La realidad era que las familias que precisaban, por miembros y por estilo de vida, una gran vivienda pertenecían al pasado: no eran las que ellos iban a crear. Y existía una demanda real de viviendas individuales, que podría rondar los metros propuestos por la ministra.

Los mileuristas, solteros y sin hijos, parecían de pronto muy preocupados por qué ocurriría con sus casas cuando sus hijos llegaran a la adolescencia, o por tener espacio para sus propiedades; pero dejaban de lado lo interesante que podría ser que esas viviendas se pusieran a su disposición por un precio módico, o un alquiler digno, y perdían de vista que la movilidad laboral debía ir pareja a una cierta movilidad inmobiliaria, por así decirlo. De hecho, muchos mileuristas vivían ya, o habían vivido, en un apartamento de dimensiones parecidas, y no parecían quejarse. Siempre que las condiciones fueran razonables, y los pisos se ocuparan cuando la unidad familiar era de una o dos personas, ¿qué problema había?

No se replanteó algo esencial como hubieran sido las formas alternativas de vivir en la ciudad, desde la rehabilitación de locales comerciales o casas viejas, a la ocupación o a los alquileres rotacionales. Quizás se hubiera podido crear una bolsa de alquileres para recién llegados a la ciudad, o para que las parejas recién divorciadas no regresaran al hogar paterno, o... Se perdió la oportunidad de proponer algo a cambio y de mejorar la propuesta de la ministra.

La oposición a este plan, la negativa de organismos públicos como RENFE o el Ministerio de Defensa para ceder o vender terreno para la construcción y la dificultad para crear las 180 000 viviendas protegidas al año (promesa electoral) hicieron que la ministra retrasara el mismo. El presupuesto destinado al Ministerio de Vivienda no resultaba suficiente y, mientras tanto, el metro cuadrado construido no cesaba de crecer.

Otra de las iniciativas que se llevaron a cabo fue la creación de *Keli Finder*, un servicio de información que pretendía facilitar el acceso de los jóvenes a la vivienda. *Keli Finder* contaba con la financiación del Ministerio de Vivienda y era un proyecto del Consejo de la Juventud de España (CJE) que pretendía proporcionar información sobre compra, alquiler y ayuda a la vivienda, a través de su página web.

Keli Finder fue otra vuelta de tuerca para la paciencia de los mileuristas. La web había costado 140 000 euros que los jóvenes consideraban tirados a la basura. El lema que empleaba, *Obviamente no podemos conseguirte casa, pero de momento te ayudamos a buscarla* fue criticado y parodiado: obviamente, no podéis ayudarme a encontrar casa, pero de momento, no me toméis por idiota. A los mileuristas les molestaba el argot, Keli (casa), que consideraban paternalista, y el detalle de que con la suscripción a la página se les regalaran unas zapatillas (se confeccionaron 10 000) para recorrer la ciudad en busca de casa.

Compañeros de piso

Frente a la brutal especulación, que elevaba el precio de los pisos alrededor de un 17 % de año en año, y un salario congelado y sin demasiadas posibilidades de aumento, la única opción para independizarse pasaba por cambiar de compañeros de piso: los padres y los hermanos se sustituían por los amigos, y el cuarto, en ocasiones compartido, del hogar paterno, se transformaba en una habitación propia.

Por lo tanto, no se ganaba espacio, ni siquiera calidad de vida. En los varones españoles, incluso los más jóvenes, se observaban preocupantes signos de sobreprotección materna que por lo general se traducían en una total incapacidad para las tareas domésticas. Muchas de las chicas compartían ese desconocimiento, pero salían antes de él y, por imitación, gestionaban y organizaban el piso común con mayor frecuencia que los hombres. Incluso cuando ya vivían fuera, los hijos continuaban requiriendo la ayuda materna, como una especie de asistenta externa que se encargaba de planchar, cocinar o comprarles ropa.

El espacio que ganaban era el de la independencia: acostumbrados a ser tratados como adolescentes eternos, necesitaban crear redes distintas, lazos amorosos o de amistad fuera del entorno familiar. La independencia se vivía durante los primeros años casi como un juego, en el que el resto de los compañeros de piso se convertían en cómplices de equipo. Dos, cuatro, seis personas de edad similar, pero no ya estudiantes, sino jóvenes trabajadores, en condiciones parecidas, obligadas a una convivencia por dinero. No es de extrañar que Gran Hermano haya sido un éxito de televisión generacional.

Si conseguían casas grandes y eran varios, rentabilizaban lo mejor posible realquilando cuartos o, de una manera menos material, organizando la vida de grupo en torno al piso: fiestas, reuniones, charlas, proyecciones de películas tenían lugar allí.

Por el contrario, los pisos pequeños con dos o tres habitantes, necesitaban expandirse y colonizar más espacio, bares, pubs o las calles. Las plazas se convirtieron en centros de reuniones, se hizo cada vez más evidente la necesidad de crear espacios culturales alternativos, y el salón de la casa se mudó al garito preferido.

Alquileres

Los compañeros de piso se hacían imprescindibles en las ciudades grandes, en las que los alquileres no parecían tocar techo. Un alquiler no

indicaba que la cantidad mensual por vivienda fuera menor; al contrario, si se afrontaba en solitario, superaba con facilidad una hipoteca.

El fenómeno de la *renta antigua*, que facilitaba la vida a jubilados con pensiones muy bajas, resultaba desconocido para los jóvenes.

El mismo portal www.tecnocasa.com me permitió comprobar que no existían en Madrid, en julio de 2006, ninguna vivienda disponible en alquiler por 400 euros al mes. Ni por 500. Por 550 se me ofrecía un apartamento de 50 m² en la zona de Embajadores. Era la única oferta por debajo de los 600 €. En Barcelona, el vacío aumentaba: nada por 400, nada por 500, nada por 600.

Con esa perspectiva, no sorprende que algunos inmigrantes, con sueldos aún menores que los de los mileuristas, hayan recurrido al sistema de *cama caliente*, es decir, los turnos de ocho horas para habitar la casa y ocupar la cama.

El sueldo mileurista no se puede permitir la soledad. O no lo hace, al menos, entre la mayor parte de los varones. Las inmobiliarias comprueban que la mayoría de las personas jóvenes que acuden a alquilar una casa individual, o que quieren comprar, son mujeres. *Pueden pasar meses antes de que un chico pida una casa sólo para sí*, me comentaban en una.

Las explicaciones para este fenómeno pueden ser muchas; las mujeres, mayoría universitaria y pequeña minoría con mejores calificaciones, quizás puedan aspirar a puestos mejor remunerados, aunque la práctica y las estadísticas de paro demuestren que son los hombres los preferidos para contratación. Quizás se preocupen más por ahorrar, o logren antes un trabajo como funcionarias. O sean más independientes en lo que se refiere a los aspectos prácticos de la existencia y sientan menos miedo a la compra, la lavadora, las facturas, la cocina, que tanto paraliza a muchos varones.

Puede, por otro lado, que sientan menos la soledad, o que sus condiciones históricas las motiven más para lograr la independencia. El perfil típico del mileurista asentado en casa (o *jesucristo*) ronda la treintena, posee un trabajo medio, una licenciatura y es varón. Éstos aguardan a constituir una pareja o un grupo de amigos para abandonar el hogar. También, en última instancia, regresan al domicilio paterno si la pareja se rompe. Lógico: la casa no suele ser suya.

La revalorización de zonas marginales

El precio del suelo, y la necesidad de hacerse con una vivienda a un coste razonable ha traído, en ocasiones, ventajas para la ciudad: el mileurista,

urbano por decisión y necesidad, ha conquistado espacios que se creían imposibles.

Tras la crisis de los ochenta, los centros de las principales ciudades mostraban una clara decadencia. Madrid, Barcelona, veían como sus calles más castizas se degradaban y cómo las familias, en busca de más espacio y casas más baratas, se instalaban en las afueras y las urbanizaciones. Todos los problemas sociales de los ochenta se ponían allí de manifiesto: paro, mendigos, drogadictos, prostitución y los primeros inmigrantes, a los que les costaba más de la cuenta integrarse, o que nunca habían tenido intención de hacerlo. Las franquicias y las oficinas que ocupaban algunos de los edificios representativos cerraban a determinada hora, con lo que el tránsito disminuía. Se advertía a los turistas de que ciertas zonas, a ciertas horas, no resultaban seguras.

Madrid aún mantiene una lucha con las prostitutas por la calle Montera, una de las que ascienden desde Sol. Los vecinos han decidido tomar las aceras y, por enésima vez, intentar que los clientes y las rameras elijan otra zona. Cansados de las limpiezas de cara del Ayuntamiento, que mueve de zona a los drogadictos, o les proporciona metadona, insuficiente para que dejen la calle o se reinserten, han optado por buscar soluciones por sí mismos.

Sólo la degradación del centro de las ciudades ha frenado allí el ascenso de precios. Los mileuristas decidieron aprovechar esa tendencia, y algunos de los mayores de la generación se hicieron con pisos en las peores zonas a precios irrisorios: les importaba poco el entorno si podían contar con una casa grande y rehabilitada a su gusto. Además de la mejora que ellos proporcionaban, los pisos se revalorizaban año tras año por la especulación, de manera que no resultaba un mal negocio.

La mayoría de los edificios de esas áreas son casas muy hermosas, construidas en el siglo XIX o principios del XX, con techos altos, pequeños balcones y, en el caso de Barcelona y Valencia, preciosas huellas modernistas. Los mileuristas sacaron cuentas, asumieron el riesgo y comenzaron a ocupar calles poco recomendables.

El paradigma y ejemplo pionero había sido Chueca, el barrio gay de Madrid. De una zona de paso, marginal y sucia, se había convertido en un conjunto de calles de moda, locales a la última en poco más de diez años. En Chueca coincidieron varios locales de ambiente, y a eso se le añadió que ya existían saunas y urinarios que los gays empleaban para encuentros furtivos. Algunos homosexuales se instalaron allí, abrieron tiendas y otras les siguieron. Los nuevos vecinos del barrio se preocuparon por limpiarlo, y las

fiestas que organizaban tomaban la calle con banderas de colores, luces y plantas. (En Barcelona, en cambio, la zona equivalente, el Ensanche o el Gayxample no se encontraba degradada, y por lo tanto no experimentó el mismo cambio).

Respecto a otras zonas de Madrid, el ayuntamiento puso en marcha el Plan de Rehabilitación Permanente, que consistía en ayudas para el mantenimiento de casas antiguas en los barrios más envejecidos. Sin embargo, ese plan ofrecía puntos débiles: parte del arreglo corría por cuenta de los vecinos, que pagaban y ayudaban a que empresas relacionadas con la construcción y el arreglo se beneficiaran. Los que no podían hacer frente a los pagos de la comunidad corrían el riesgo de ser expulsados por deudas de pago, y a su vez esas viviendas, ya rehabilitadas, podían ponerse a la venta a un precio mayor.

Otros ayuntamientos favorecían la participación ciudadana para el embellecimiento del barrio: huertos ecológicos en balcones, por ejemplo, cuidado de parterres o responsabilizar a los vecinos de algunas áreas verdes han sido otras iniciativas para que la ciudad resultara más habitable, aunque luego la tala indiscriminada de árboles para favorecer ensanchamientos de calles o rehabilitaciones de plazas haya dado al traste con los buenos propósitos.

Daba la sensación de que se mirara donde se mirara, todo llevaba a más especulación, a la repetición de errores, y a un hartazgo de la explotación de la vivienda.

El nuevo éxodo al campo: las urbanizaciones

Quedaba por lo tanto regresar al pueblo. O a lo que, sin ser pueblo, ofrecía cerca de la ciudad mejores condiciones de vida. Provincias más baratas, pero limítrofes con las grandes ciudades, pueblos bien comunicados, incluso casas en el campo sin demasiados accesos, pero con una instalación telefónica que permite el teletrabajo, han cobrado de pronto una importancia insospechada hace pocos años.

En las afueras de las ciudades se han generalizado las urbanizaciones de casas adosadas o exentas, con una pequeña parcela, alineadas en torno a calles en las que no se encuentran tiendas, ni apenas bancos: las urbanizaciones intentan garantizar las comunicaciones con la ciudad, los colegios, la cercanía a centros comerciales y las necesidades básicas que necesita quien vive de una manera distinta al urbanita pero no desea renunciar a sus avances.

El campo, o las urbanizaciones, permite una calidad de vida mayor, especialmente para los niños, que pueden jugar en la calle, sin vigilancia, sin tráfico, siempre que se den, a cambio, otras circunstancias: transporte privado (un coche por cada adulto), tiempo para dedicarlo a los desplazamientos. Aún así, la distancia media que el trabajador de una gran ciudad recorre hasta su puesto de empleo es tan alta (y, en la entradas a las ciudades, tan frustrante por las horas punta, los atascos y accidentes) que marcharse a otra provincia no encarece el precio o aumenta las horas de transporte significativamente. La diferencia de precio en las hipotecas es tal que muchos mileuristas, tras el paso obligado por el piso compartido, o el alquiler entre dos decidieron mudarse al extrarradio. Para mileuristas con hijos, no quedaba otro remedio: imposible compaginar los gastos de los niños, incluso con un doble sueldo mileurista, y una casa en el centro. El beneficio de la venta de la casa, si decidían mudarse, sería menor; pero también disminuía la carga económica.

Además, la generación mileurista ha sido también la que ha hecho suya la agricultura ecológica, y el desarrollo sostenible: los huertos urbanos podían convertirse en la urbanización en un huerto real, y las mascotas tendrían, por fin, el espacio vedado en un piso.

La estrategia de la garrapata

El 63 % de los jóvenes menores de 34 años viven aún en casa de sus padres; y sin embargo, cuando se analizaban con atención algunos de estos casos, un elemento se repetía una y otra vez: existía un porcentaje de mileuristas que elegían vivir en el domicilio familiar como una estrategia de ahorro; los gastos de alquiler y mantenimiento que les financiaban los padres les permitían que, en un futuro, con o sin pareja, ahorraran un pequeño capital para aliviar la hipoteca.

Otros están pagando piso, a medias con su pareja, pero por convicciones religiosas no viven en él antes de la boda, o sólo lo ocupan los fines de semana, como una etapa de transición entre la casa paterna y la convivencia. Esos mileuristas suelen ser acusados de cómodos, y de negarse a abandonar a sus padres hasta que no hayan conseguido en la casa nueva todas las comodidades de las que disfrutaban, en parte financiadas por los regalos de boda. Bien mirado, ¿por qué debían renunciar a ellas?

Con más cinismo que humor, los mileuristas han elaborado tres estrategias gorronas que les facilitan la vida:

La estrategia de la garrapata: se trata de vivir en la casa de los padres hasta que se jubilen y decidan marcharse a vivir a la segunda residencia. El

piso de la ciudad quedaría en uso y disfrute del mileurista.

La estrategia del robinson: el mileurista hace las maletas y se marcha él mismo a vivir a la segunda residencia de los padres.

La estrategia del Alzheimer: el mileurista se ofrece a vivir con los abuelos, que generalmente poseen un piso en el centro, y permanece allí hasta que mueren. O por herencia, o por tozudez, se queda con el piso.

Hay menos broma de lo que parece: de hecho, a veces parece que no estén de broma en absoluto.

Las hipotecas a 40 años

Todos los bancos y cajas han elaborado fórmulas que facilitan el pago y la obtención de hipotecas a los jóvenes; no hay sorpresas. Los mileuristas entre veinticinco y treinta y cinco años son los principales aspirantes a un préstamo hipotecario y regatean lo que pueden en las revisiones y las comisiones.

Cada vez es más frecuente que se soliciten hipotecas a 40 años, cuando lo normal solía ser a treinta. Eso supone que el joven será un venerable anciano de setenta años cuando se cumplan todos los plazos; o que habrá entrado en la rueda especulativa, y que otro joven estará pagando por ese piso, mientras que el anciano mileurista disfruta de otra vivienda. Esas hipotecas pueden incluir un periodo inicial de carencia, en la que sólo se pagan intereses y no préstamo, o carecer de comisión de apertura (es el caso de los bancos *online*, por ejemplo).

El problema principal continúa siendo la cantidad concedida para la hipoteca: el máximo se cifra en el 80 % del valor de tasación, con lo que sin ahorros previos que cubran en mano el 20 % restante, la operación no se realiza. Los gastos de escritura suponen otro 10 % añadido que no se financia. En determinadas condiciones, algunos bancos que asumen más riesgos ofrecen el 100 % e incluso 110 % de la tasación, lo que no cubre la diferencia de la tasación y el valor de venta; el 10 % del 110 se destina a los gastos de escritura, y con los mínimos para vivir en una vivienda, pequeños arreglos, muebles, los ahorros siguen siendo necesarios.

Por desgracia, el Banco de España ha mostrado en varias ocasiones su desconfianza hacia estos productos: el riesgo que asumen los clientes es alto y el Euribor tiende al alza, lo que hará que a mediados de 2006 las hipotecas suban sus cuotas. Teme además que los bancos hayan relajado sus condiciones, debido a la competencia y al ansia por acaparar clientes. ¿Qué pasará con la economía española si, como advierten las casandras, la burbuja inmobiliaria estalla?

Al mismo tiempo que lo desean, los mileuristas no quieren ni pensarlo. Muy especialmente lo que han cumplido con el sueño de comprar una casa, contratar una hipoteca, y comprometerse a pagarla; la idea de una devaluación de los precios de los pisos daría al traste con la inmensa mayoría de la economía española. ¿Favorecería eso a los mileuristas sin hogar? No parece creíble.

Mientras tanto, otros productos bancarios prometen facilitar la vida a los mileuristas: hipotecas a 50 años, o incluso hipotecas heredables intentan que disminuya el miedo a la inversión inmobiliaria.

Por una vivienda digna

Mientras parte de los mileuristas abandonaban los bancos con las escrituras bajo el brazo, otros tantos se manifestaban para exigir una vivienda digna, libre de especuladores inmobiliarios y bancarios. En Madrid, Barcelona y otras capitales de provincia, la primavera del 2006 veía el malestar de los jóvenes por la imposibilidad de acceder a un alquiler o una vivienda asequible. Uno de los eslóganes, *Yo no quiero jugar al monopoly* hablaba claramente de la sensación de estafa de los jóvenes: la vivienda, defendían, era un derecho, no un negocio.

Esas movilizaciones continuaron por Internet, con la redacción del Manifiesto por una Vivienda Digna, en la que se ofrecían y exigían soluciones para esta desigualdad.

Pero, si los mileuristas consiguen sus reivindicaciones, ¿qué ocurrirá con los que ya han logrado acceder a una vivienda o la pagan con esfuerzo, a los que han tenido más suerte o se han arriesgado más que sus compañeros? Los mileuristas propietarios, que en ocasiones no viven mejor que los alquilados, miraban con recelo a los manifestantes. Temían que se les escapara otra reforma, quizás la que definitivamente arreglara los problemas de vivienda, o al menos, la que les permitiera respirar entre la precariedad laboral y la certeza de la deuda.

En un país con más de tres millones de viviendas vacías, y con otras tantas en necesidad de rehabilitación, no tiene el menor sentido económico que los jóvenes no puedan acceder a una vivienda. Si los precios de la vivienda suben, sus salarios, a la vez, se deprecian. Lo mismo ocurre con los de la hipoteca.

En el cómputo ficticio de las estadísticas poca gente se arruina, al menos de momento, por comprar una vivienda si se tiene en cuenta la proporción en la que aumenta su patrimonio. En la realidad, los bancos constatan que hay un

porcentaje que no alcanza a pagar las hipotecas, o los préstamos personales, y eso explica la presencia constante de prestamistas, préstamos inmediatos, y pequeños préstamos que incluso se anuncian en la televisión y prometen, la reagrupación de deuda a intereses altísimos.

Si los intereses cumplen las previsiones y se generaliza que un porcentaje alto no pueda afrontar las hipotecas, es posible que se inicie una venta en cadena, Mientras tanto, la especulación continúa porque es el único sector que genera riqueza a varios niveles: inmobiliarias, constructores, los bancos, pese al riesgo que dicen asumir...

La imposibilidad de pago supondría una tragedia para los propietarios, que se enfrentarían al embargo, o a deudas aun mayores por créditos personales: compren o no, los mileuristas corren el riesgo constante de carecer de techo.

1.5. Las víctimas: todo mal

La de los mileuristas se percibe como una generación pasiva, acomodaticia, que haya perdido cualquier capacidad de reacción: mientras los jóvenes franceses protestaban por sus contratos basura, y los musulmanes más radicales estaban dispuestos a inmolarse en la cruzada contra Europa, los mileuristas se presentaban como un grupo de muchachos adictos al móvil que organizaban el botellón más sonado del mundo.

Esa imagen era falsa: los muchachos de una edad similar a la de los manifestantes europeos y los suicidas musulmanes se organizaban en grupos de apoyo, redactaban wiki-manifiestos, convocaban las manifestaciones *Por una vivienda digna* o participaban en las protestas contra la ocupación americana en Irak. Los manifestantes tuvieron que dar explicaciones acerca de quiénes organizaban la huelga; los primeros ánimos para la manifestación *Por una vivienda digna* procedían de correos anónimos. Es posible que existieran intereses políticos, pero ¿no los había en las manifestaciones *Baby Boomer*?

El modo de protesta de los mileuristas no tiene nada que ver con los empleados en las generaciones anteriores, y si no se observa con cuidado, puede pasar desapercibido a quienes esperen demostraciones públicas. Leo Bassi, uno de los ídolos de los mileuristas rebeldes, encarna bien el espíritu de la protesta diferente, tan basada en el toque de atención extravagante como en la denuncia de un problema que perciben como importante. Los blogs, las bitácoras, los foros de Internet reflejan una realidad que muchos adultos no perciben pero que da fe del alto nivel de descontento que acumula esta generación.

Nadie puede negar, ni los defensores más encarnizados del mileurismo, que aún así, una mayoría de ellos se conforma con quejarse, o con verter ácidos comentarios anónimos que no solucionan conflictos reales: como individualistas convencidos, no han desarrollado la capacidad de crear grupos de presión, y las acciones en solitario poco consiguen. Convendría no olvidar, de todas maneras, que la competencia a la que se les obligó en los estudios y el inicio laboral no les permitió crear una conciencia de grupo. Una de las realidades negada más enérgicamente por los mileuristas, uno a uno, es la pertenencia a una colectividad o una generación. Los mileuristas se afirman como seres autónomos, y se reafirman cuando no logran esa autonomía.

Otro punto importante sería que muchos de ellos no se encuentran en una situación tan grave, o no son conscientes de ella, hasta el punto de iniciar una acción, aunque sí se sienten lo suficientemente incómodos como para protestar o criticar. Cuando un derecho se otorga, la violencia con la que se expresa disminuye: quizás eso explique el amor de los *Baby Boomers* por las movilizaciones públicas y por el derecho de expresión. Los mileuristas han nacido con él, y lo usan, sencillamente, sin que sientan la necesidad de reivindicarlo o de prestarle más importancia.

Lo que no se puede hacer con 1000 euros al mes

¿Hasta donde alcanzan mil euros al mes? ¿Mucho, poco, resulta suficiente? No existe una única respuesta.

Los mileuristas de ciudades de provincias disfrutan de precios más reducidos, y de un coste de vida menor. Ciertamente que los sueldos también se reducen, pero emplean menos dinero en gastos esenciales: comida, transporte, electricidad, alquiler, porcentaje de hipoteca, con lo que la posibilidad de ocio o de ahorro aumenta. Los mileuristas que viven en el domicilio paterno, aporten parte de su sueldo o no a la casa, también pueden permitirse ahorrar más, o invertir en objetos de segunda o tercera necesidad. La posibilidad de ocio se duplica cuando una pareja con doble sueldo establece una unidad familiar: atrás quedó el asegurar a la esposa una vida regalada con un salario masculino. Se espera de las mujeres que trabajen y muchas de ellas no podrían permitirse trabajar únicamente en la casa, aunque lo desearan.

Para un consumidor tradicional, con mil euros al mes como soporte para un único individuo, urbanita, independizado, con una deuda de vivienda o un alquiler, mil euros no permitirían viajar (y aparte de poseer su propia casa, nada le gusta más a los mileuristas que no estar en ella), ni compras de ropa, ni veladas en restaurantes, ni renovación de tecnología, ni aportes a causas solidarias, ni amueblar la casa, ni...

Pero los mileuristas se las arreglan. Y de hecho, viajan con relativa frecuencia, aunque eso les suponga hacerlo con líneas de bajo coste, hospedarse con amigos o contratar los vuelos con meses de antelación. Se han especializado en detectar ofertas, que les permiten llegar a Londres por 12 € o a Nueva York por 60 €. Lo mismo ocurre con algunos restaurantes o con las cenas en los buffets libres ¡o en los casinos! El mileurista ha inventado la customización de la moda, que convierte la falda de unos grandes almacenes baratos en una creación propia y ha descubierto la ropa de segunda mano al amparo de la moda *vintage*, que permite diseños únicos a un precio muy

reducido. Ikea y el nuevo concepto de *poner una casa* han venido en su ayuda a la hora de reducir costes en muebles, alfombras o figuritas de porcelana: las casas mileuristas poseen una estética radicalmente distinta a la de sus padres, más limpia e infinitamente más barata.

Y respecto a la tecnología, ésta ha sido también la generación que ha permitido el pirateo informático y lo ha elevado a problema nacional; la que reivindica el *copyleft* y cuestiona los derechos de autor; la que copia programas de ordenador carísimos y los vende por un par de euros; la que descarga música, películas o fotografías gratuitas de Internet; la que conoce la programación de filmotecas, cineclubs o centros culturales.

Quizás ahí radique parte de la tan traída y llevada pasividad de los mileuristas: les importa menos el dinero que las posibilidades, y a la hora de la verdad, no renuncian a casi nada; la frase *buscarse la vida* se ha convertido en lema y en una mentalidad extendida. Todo está a su alcance, si saben buscarlo, y, pobres o no, consiguen lo que quieren, o una copia muy aproximada. Mientras llegue lo real, una copia cumple su función.

Sin embargo, una cuestión les presenta dificultades evidentes: los jóvenes mileuristas apenas logran ahorrar.

La incapacidad de ahorrar

¿Pueden o no ahorrar los jóvenes? Desde luego, como generación, los mileuristas fueron los primeros niños españoles en manejar dinero con soltura, y con relativa frecuencia. Los padres, y también la familia extensa, acostumbraban a darles pequeñas cantidades de dinero de manera más o menos regular (la *paga*), que el niño administraba por sí mismo. Con la comprobación de este nuevo nivel adquisitivo, la oferta para chucherías, juguetes y otros objetos que los niños podían comprar cada semana se multiplicó de manera extraordinaria. El niño se acostumbraba a recibir ingresos cada semana, y a que existiera siempre algo novedoso, atractivos, que pudiera comprar con ese importe o con el de unos pocos domingos.

Por lo tanto, frente al abaratamiento de los objetos que les estaban destinados, el ahorro perdía importancia; por lo general, las ocasiones más importantes, como cumpleaños o pasos de curso, o una Primera Comuni3n, significaban que los padres, también con un poder económico mayor que antes, o por presi3n social, compraban regalos más cuantiosos: el Scalextric, la Nancy, la ansiada bici.

Los mileuristas niños no valoraban el dinero como bien en sí mismo, sino como modo de conseguir un capital físico atrayente, y que se daba por hecho

que todos los amigos de su entorno poseían también. *Verano Azul* no hubiera sido posible si no se partiera de la convención de que todos los niños poseían una bicicleta en su segunda residencia. El ahorro, como mucho, estaba dirigido a un fin concreto, y con un plazo de tiempo limitado.

Las prestaciones sociales básicas (salud, educación, incluso la superior) también les fueron garantizadas, en un logro social extraordinario, y que debiéramos cuidar lo mejor posible. Por lo tanto, el único momento en el que realmente han sentido la necesidad de ahorrar ha sido para la vivienda. Una vivienda cara, que incrementa su precio de mes en mes, para la que no existen alternativas sociales, y que incluso con un salario más alto les resultaría imposible de costear.

El mileurista, además, en pocas ocasiones ha logrado reunir entre ahorro temporal y ahorro temporal un capital suficiente para el primer pago de un piso: sin embargo, posee un buen número de objetos valiosos, o que lo son para él, que sus padres obtenían una vez que la vivienda estuviera asegurada. Con la idea del sacrificio de la generación anterior se oculta un dato objetivo: aunque los padres *Baby Boomers* hubieran deseado gastar el dinero que ahorraban con tanto tesón, no hubieran encontrado tantos productos en los que emplearlo. Y aquéllos que de veras valoraban, como el coche, o la televisión, o una segunda vivienda, los consiguieron: con letras, a plazos, con una política de estricto ahorro. Cada cual a su manera.

La situación ha cambiado y la mentalidad también. Pero sobre todo, el modo de consumo es radicalmente distinto, y las expectativas sociales continúan teniendo el mismo peso. Por lo tanto, la moralina de la capacidad de esfuerzo y de ahorro perdidas quizás no obedezca a la realidad tanto como se piensa.

La compra de una vivienda se ha convertido para el mileurista en un sueño, pero también en una inversión rentable, y sobre todo, en un modo de ahorro. Desde las cuentas vivienda, que algunos de ellos abrieron cuando le vieron las orejas al lobo, los bancos han recorrido un camino muy largo, con intereses que equiparan una hipoteca a un alquiler. Si la burbuja inmobiliaria continúa, muchos de los jóvenes que exigían una vivienda digna se enriquecerán, precisamente, con la posterior venta de la vivienda que obtuvieron. Si no es así, no serán ellos los únicos en caer en la pobreza. Y posiblemente, las futuras pensiones no nos saquen de ella.

Las pensiones fantasma

Uno de los grandes logros del Gobierno socialista, durante los catorce años de poder en los ochenta, fue la implantación de un generoso sistema de pensiones: fue premiado en varias ocasiones con el triunfo electoral, y el recorte o la desaparición de las pensiones se esgrimió como una de las reformas que los populares llevarían a cabo y que había que evitar a toda costa.

Los populares, por lo tanto, llegaban al poder con dos premisas: una de ellas era la necesidad de conciliar un sistema de pensiones que resultaba insuficiente con la realidad económica, que presagiaba un negro futuro. Y la otra, mentalizar a la población de que las pensiones desaparecerían a largo plazo.

El sistema de pensiones mostraba un fallo esencial: la cotización de los trabajadores no se aporta a un fondo de inversiones, gestionado de manera que aumente y se le pueda aplicar en un futuro, sino que se emplea de manera inmediata en financiar las jubilaciones y las prestaciones de los actuales jubilados. Por lo tanto, una disminución de la población activa, y una generación de ancianos tan numerosa como será la *Baby Boomer* obligaba a que, poco a poco, los impuestos y las cotizaciones subieran; mala perspectiva para los mileuristas, que serían, al fin y al cabo, los que tendrían que soportarlo. Pero aún peor cuando la edad de matrimonio, y de maternidad, se alargaba más y más, y no existían niños, futuros contribuyentes, que aseguraran el mantenimiento de las pensiones de los mileuristas.

Con sorprendente resignación, los jóvenes asumieron que pagaban para sostener un sistema que no les ampararía en un futuro. Quizás les quedaba demasiado lejos de una realidad cotidiana en la que el problema era el trabajo, el sueldo y el día siguiente. Ya llegaría el momento de preocuparse por sus pensiones. O quizás pensaban que de aquí a allí algún modelo nuevo aseguraría cierta cobertura. O sencillamente, constataron una vez más lo solos que estaban.

Los *Baby Boomers*, por su parte, en una demostración de egoísmo superior a la habitual, se angustiaban ante la probabilidad de quedarse sin sus pensiones, y alentaban a los mileuristas a tener hijos con unas ayudas insuficientes, y con unas condiciones económicas que no estaban dispuestos a cambiar. El envejecimiento de la población que les preocupaba era el suyo, no el de los que vinieran. La ratio cotizantes/pensionistas calculada para el año 2025, era de 1,5. Con una previsión muy propia de esa generación, contaban con vivir un elevado número de años, y buscaban a toda costa que durante ese

periodo de tiempo se les garantizara esa cobertura. Asumían también que los jóvenes no la tendrían.

Por lo tanto, la situación se resumía a que una generación que ocupaba en esos momentos los puestos de mayor poder económico, político y social daba por hecho con sorprendente despreocupación que sus hijos y nietos tendrían que rebajar su nivel de vida, y aumentar sus impuestos, para mantener un sistema de pensiones extendido y dictado por ellos, que se convertirían en población no productiva y con un escaso margen de crear riqueza económica... y además esos jóvenes sabrían que a ellos no se les dispensaría el mismo trato.

El Gobierno del PP comenzó a insinuar que los jóvenes deberían crearse fondos de pensiones privados, lo que teniendo en cuenta que aún lidiaban con la concesión de las hipotecas, no dejaba de tener su parte irónica. ¿Qué podían aportar a un fondo de pensiones? Además, a través del Pacto de Toledo, introdujo el recorte de las pensiones, lo que tampoco garantizaba la sostenibilidad del modelo económico. Las cotizaciones se alargarían, o aumentarían, y se prolongaría la edad de jubilación en algunos casos. Esa resolución no era más que un parche que no resolvería el problema.

Los pactos de Toledo se consideraron como una salida necesaria y equilibrada, y muchos jóvenes, por entonces sin trabajo, se alegraron de ello, porque significaba que si cuando sus padres se jubilaban aún continuaban en casa, y eran dependientes, al menos se aseguraban un sueldo. Por supuesto, ni se plantearon su propia jubilación.

Se tomó la determinación de crear un fondo de reserva que intentaría cubrir parte de las pensiones futuras: pero en la práctica, el fondo gozaba de una dotación muy exigua, y no se veían claras las inversiones que realizaría ni sus salidas: si la inversión era pública, el beneficio no sería muy allá. Si privada, parte de la seguridad pública española estaría en manos de la empresa.

El problema de las pensiones era lo suficientemente grave como para justificar la alarma y la tensión que suscitaba. Que las pensiones se recortaran suponía un retroceso terrible en los derechos sociales obtenidos, y un auténtico hito en la economía nacional.

Pero también lo era el modelo de trabajo de las ETTs que en ese mismo momento explotaba a miles de mileuristas en edad productiva, y los *Baby Boomers* no se preocuparon de igual forma. El Gobierno del PP se vio incapaz de ofrecer una solución al problema de las pensiones, y transmitió esa misma impotencia a la población.

La luz al final del túnel vino a través de un fenómeno inesperado, y que despertó cierto rechazo en un principio: la inmigración. Los inmigrantes se hicieron cargo de trabajos de baja cualificación e intentaron legalizar su situación para conseguir una cobertura social que les garantizara la visibilidad.

Se les acusó de potenciar la economía sumergida, y de fomentar el pirateo, y la delincuencia: en un sistema económico que ofrece tantas trabas para que un trabajador encuentre empleo legal, la economía sumergida es poco menos que una obligación. La voluntad de supervivencia a toda prueba se manifiesta a través de ese *buscarse la vida*; dice más a favor de quien la emplea que en contra. Si ni siquiera los mileuristas, españoles, bien formados, jóvenes, sin cargas familiares, han logrado una buena situación laboral ¿qué se les podía exigir a las personas que llegaban en condiciones mucho peores, y se encontraban a su vez con mayores trabas y rechazos? Si la legalidad les resultara asequible, o la burocracia más amigable, o las condiciones de trabajo menos esclavistas, sin duda contaríamos con un elevado número de trabajadores legales, que buscarían unas condiciones de estabilidad mayor y saldrían de deudas, chantajes, y presiones encadenadas para aportar mayor riqueza al país de destino... y al de origen.

Un gran número de extranjeros en situación ilegal no cotizaba: pero los hijos de esos mismos emigrantes serían españoles, posiblemente en condiciones de aportar impuestos al Estado, y si algo rejuveneció la población y ofreció la esperanza de un lento aumento demográfico fue la tasa de natalidad de los emigrantes.

Los mileuristas no pueden considerar que la situación se haya remediado; al contrario, algunos apuntan que como la mayoría de estos inmigrantes cotizan por la base mínima, han desequilibrado la media y desequilibran, más que ayudan, la balanza de las pensiones. En enero de 2006, la UE anunciaba el considerable riesgo en que se encontraban las pensiones europeas, y se mostraba a la espera de la incorporación de los nuevos Estados miembros para evaluar la nueva situación. Con el 2010 como año crítico, en el que se verían los primeros efectos del envejecimiento de la población, urge encontrar soluciones efectivas y a largo plazo.

En la actualidad, las cotizaciones a la Seguridad Social privadas y de empresa han aumentado por encima del nivel de inflación, y tampoco ha disminuido la precariedad laboral, ni se han ofrecido nuevas ayudas para la familia (aparte de los 100 euros de ayuda por hijo para las madres

trabajadores, con niños muy pequeños, que no cubren los gastos reales del nuevo niño).

En julio de 2006, el ministro de Trabajo firmó con los sindicatos y la patronal el Acuerdo sobre Medidas en Materia de Seguridad Social. Según este acuerdo, se aumentaba la dotación para el Fondo de Reserva de la Seguridad Social, se extendía la pensión de viudedad a las parejas de hecho, y una suerte de viudedad compensatoria para divorciados, aumentaban el número de enfermedades que garantizaban una pensión por incapacidad profesional y se regulaban las incapacidades temporales.

A cambio, se ahorra en pensiones de jubilación: el plazo de cotización aumentaba a quince años efectivos, se incentivaba que los trabajadores de 65 años retrasaran un año su jubilación, y se gravaba la jubilación anticipada.

Sin duda, muchos cambios han de sucederse hasta que se compruebe si los mileuristas han cotizado para nada, o simplemente han hecho un mal negocio. Mientras tanto, las pensiones fantasma no hacen gran cosa para mejorar la sensación de precariedad con la que vive esta generación.

La falta de ataduras

La inseguridad constante (económica, laboral, inmobiliaria) no permite que puedan forjarse ataduras mentales ni físicas a casi nada. Las casas de alquiler no motivan grandes arreglos ni inversiones, los trabajos temporales o sin garantía de continuidad no facilitan que el mileurista se involucre en un proyecto, o se vincule a la empresa como ocurriría en circunstancias más estables: parte del desprecio con el que se le ha tratado regresa a sus empleadores en forma de desapego.

Ni siquiera las relaciones humanas pueden establecerse con solidez en un marco semejante: la lealtad hacia compañeros, la solidaridad con los otros no tiene cabida cuando el otro aparece y desaparece de manera intermitente y cuando a la persona se le deja perfectamente claro, de palabra y obra, que es sustituible. La idea del trabajador como un ser mecanizado y anónimo no resulta nueva, pero aquí se unifica también el trabajo y las ideas por las que se paga al mileurista. Ni él, ni su tarea, ni su ingenio o inteligencia les garantizan seguridad, respeto, empleo o promoción. Si no se le respeta, y ve que tampoco quienes están en la misma condición que él obtienen respeto, ¿cómo va a hacerlo él?

Quizás esa falta de ataduras pueda traducirse en ideas más rompedoras, un pensamiento crítico independiente y un constante cuestionarse las propuestas convencionales: la publicidad aprovecha de forma insistente el afán de huida,

la idea de romper lazos, o de la ansiada libertad; y la publicidad sirve, como casi nada entre los mileuristas, para medir el grado de éxito que esa idea tiene.

Pero aparecen también otras ligazones que lo dificultan. La atadura obligada a la familia de origen, la que imponen los bancos, la pertenencia a un grupo social homogéneo cuyas diferencias se rechazan, la necesidad consumista o la dependencia del ocio y de las drogas de ocio minimizan esas ventajas.

Se puede estar peor: los trescientoeuristas

No sólo los pensionistas deben arreglárselas con unas cantidades minúsculas al mes: los mileuristas más jóvenes, los que acaban de abandonar la universidad, se darían con un canto en los dientes si tuvieran acceso a 600 € al mes.

Becarios, estudiantes de posgrado con becas mínimas, trabajadores a media jornada, madres jóvenes que no pueden costearse asistencia ni guardería, y por lo tanto hacen malabarismos con el trabajo y el cuidado del bebé, trabajadores por cuenta propia a los que se paga por trabajos, cuidadoras de niños, azafatas temporales para congresos, jóvenes divorciados que dependen de la pensión alimenticia, limpiadores, incapacitados, costureras por pieza, músicos, temporeros, artistas... muchos de ellos trabajan gratis, sólo por la oportunidad futura o por la promesa elusiva de conseguir el trabajo.

Algunos de ellos son explotados en condiciones ilegales. Otros no pueden dedicar más horas a ese trabajo, y por lo tanto, el sueldo no da para más. En el caso de muchos minusválidos, no tienen reconocimiento oficial de su enfermedad, que les incapacita para desempeñar otros trabajos.

Muchos jóvenes aceptan prácticas remuneradas de manera casi simbólica, o a cambio de un aprendizaje. Algunos ven como esa situación se prolonga, y cómo además les ata con deudas y favores de tal manera que no pueden librarse de ella.

Afirman que los mileuristas son una minoría favorecida: ellos no tienen otro recurso más que esperar, les resulta imposible conseguir una casa a no ser que se la facilite la Administración pública, deben vivir en comunidad para que su dinero les aporte algún beneficio. La pobreza se ceba en los pensionistas de todas las edades, en los inmigrantes, y también en los jóvenes, sobre todo en las mujeres. Cáritas denuncia que el 73 % de las personas a las que auxilia son mujeres de 25 a 45 años.

Muchos de estos trescientoeuristas se encuentran en esa situación sólo de manera transitoria: o por edad, o porque aguardan al final de su preparación para apostar por un mejor camino. Pero los que no poseen cobertura familiar, o han renunciado a ella, jóvenes o no, necesitarán mucho más tiempo para alejarse de la miseria.

Nuestros padres vivían mejor

¿Vivían mejor los *Baby Boomers*? Esa frase, tan gratuita y tan extendida, es la herencia de *con Franco se vivía mejor*. ¿Alberga alguna verdad?

Aparte de la percepción subjetiva de felicidad, que puede convertir a algunas personas en seres plenos incluso en los momentos históricos más complicados, quizás sea el momento de retomar la pirámide de Maslow. El autor de la misma afirmaba que existía una capacidad innata en el individuo para la búsqueda de la felicidad en lo invisible, no únicamente en lo que podía conseguirse o palpase. Pero ¿eran los *Baby Boomers*, a la edad de los mileuristas, más felices?

La sociedad española, entre los sesenta y los ochenta vivió un momento duro y fascinante: una juventud, educada en unos valores aburridos, pero fijos y con referencias inamovibles, podía rebelarse contra ellos porque había asumido lo que de bueno y malo podían ofrecerle. Habían crecido con bajas expectativas de felicidad, que de pronto se veían superadas: quienes ansiaban un cambio político lo vieron cumplido, quienes temían la pérdida de su riqueza no la experimentaron, los que aspiraban a un coche y una casa lo consiguieron casi en su totalidad. Y lo que era aún más gratificante, se esperaba que esas mejoras continuaran y se completaran en la generación siguiente: existía una trascendencia, una certeza de la propia importancia, un orgullo que les hizo acometer grandes obras, y que también les cegó en otras ocasiones.

Caso por caso, y si sólo reparamos en los aspectos económicos o el nivel de vida, resulta obvio que la afirmación es falsa. Incluso las clases más favorecidas se encontraban limitadas para expresar sus ideas, para viajar, formarse o cuestionar la realidad. La dictadura sesgaba el pensamiento e impedía que las posibilidades reales de esa generación, y de la generación anterior, se manifestaran.

La clase obrera se enfrentaba a la marcha a las ciudades, o del país, a un modo de vida nuevo; discriminación, miedo, sueldos pobres. Las mujeres, en especial, trabajaban y trabajaban sin reconocimientos de ninguna clase y esa situación, que en parte perdura, se extendió hasta mucho después del final de

la dictadura. Por este motivo las madres de los mileuristas no son, en general, dignas de envidia.

Sin embargo, tenían certeza: el modelo contra el que se rebelaban era evidente. Por rechazo o por afirmación, sus roles estaban definidos, y para muchos la religión o la política aún suponían un consuelo. Provenían de familias consolidadas, aunque no siempre felices, y aspiraban a crear a su vez relaciones mejores, hijos más abiertos y tolerantes.

Los mileuristas han sido testigos de los errores cometidos, que ya no les sirven como referencia, pero ha sido evidente también que la labor de los *Baby Boomers* fue colosal y necesaria. Por lo tanto, el corazón está dividido. ¿Con qué continuar? ¿Qué rechazar? Los modelos de conducta se han relativizado y son ahora mucho más complejos.

La generación mileurista da por hechos logros que los *Baby Boomers* tuvieron que conseguir, y que, por lo tanto, ceden de mal grado a los jóvenes: parte de unas expectativas de felicidad mucho más elevadas, que no se corresponden en su edad adulta con una situación real; las necesidades básicas se cubren, o se esperan cubrir, pese al esfuerzo que conlleva, pero la clave de la felicidad se encuentra en el reconocimiento, en el orgullo de pertenecer a un grupo o de afirmar una identidad individual. A la sombra de quienes todos lo consiguieron, no puede crecerse hacia lo alto. Cínicos, escépticos, desengañados, pobres y además, cultos, los mileuristas acuden a las gratificaciones más inmediatas, las más infantiles, para cubrir esa necesidad de satisfacción.

Es posible que vivieran peor. Es posible también que fueran más felices.

La indiferencia hacia la política

Una de las acusaciones, junto con la pasividad y la falta de sacrificio, que más escuchan los mileuristas, insiste en que no les interesa la política. Los *Baby Boomers* se muestran terriblemente preocupados por el futuro de la política y sus sucesores, que al parecer no hacen cola ante las sedes de los partidos.

Durante las páginas anteriores pudimos ver la importancia que los cambios políticos tuvieron para los mileuristas y cómo parte de su situación se puede explicar por las decisiones que se tomaron en determinado momento. La política la dictaban los *Baby Boomers*, y la disfrutaban, o padecían, los mileuristas. En conjunto, éstos más que aquéllos han pagado sus errores. La política parecía la gran esperanza de cambio para los padres: para

los hijos ha demostrado los fallos, y se ha evidenciado como un mecanismo poco eficaz, interesado y corrupto.

La desconfianza hacia el estamento político ha aumentado en los últimos años, con independencia del partido en el poder. La corrupción del PSOE, la rigidez o la falta de claridad del PP, los escándalos en otros grupos, han provocado en los mayores decepción, y en los jóvenes han reforzado su escepticismo. Pero el que no les interese el estamento actual no significa, ni mucho menos, que no les interese la política.

Para los *Baby Boomers* la manera de hacer política es una y sola: la que ellos han experimentado y forjado, con variantes ligerísimas, y bajo esa afirmación, entonces, cierto: a los jóvenes no les llama la atención ese sistema. Han experimentado los errores de la democracia y los judiciales, han nacido bajo una permanente amenaza terrorista, primero nacionalista y ahora internacional, y han visto como aumentaba sin solución. Los nostálgicos del comunismo lo mantienen aún vivo en sus corazones, pero para muchos jóvenes la Alemania dividida es un vago recuerdo intelectual, y Cuba representa más el Caribe que una resistencia política.

Tampoco el estamento judicial se salva: trámites largos y confusos, penas ridículas para violadores, maltratadores o estafadores de guante blanco, indemnizaciones de lástima a damnificados por catástrofes o negligencias médicas... la sociedad presenta fracturas, y los jóvenes que se preocupan por ello opinan que quizás la política actual no sea la que pueda solventarlas.

El nacionalismo, otro de los temas estrella en la política nacional, se ha transformado más en una realidad que en una reivindicación. Salvo en el caso del País Vasco, donde la presencia del terrorismo complica y ennegrece la evolución de ese nacionalismo, los territorios divididos por teorías distintas respecto a la pertenencia o no a un Estado se resuelven de la manera prevista: por imposición de la mayoría.

Para los mileuristas la Constitución, la monarquía o el modo en el que la democracia valora la participación del pueblo puede ser cuestionable, pero no así los derechos humanos, o los derechos sociales, económicos y culturales que se derivan de ellos. La libertad de expresión se ha extendido a Internet, el capitalismo ha excluido muchas otras formas de consumo más moderado y racional, y la política autonómica les interesa tanto como la nacional, pero no menos que la europea.

La ecología, por ejemplo, no se presenta sólo como un objetivo transversal: muchos de ellos, indignados por la herencia que les dejan, lo han convertido en un motor diario; lo mismo ocurre con la idea de caridad,

trasladada a solidaridad, que se perfila en ONGs, grupos de voluntariado, redes o en plataformas de boicot pacífico que evolucionan, se crean y se destruyen cuando han logrado su objetivo, o cuando no lo han considerado viable. Por ejemplo la plataforma *Otra Democracia es posible* ha puesto en marcha las llamadas *acciones troyanas*, que intentan denunciar las injusticias del sistema infiltrándose en él. La Plataforma de Mujeres Artistas contra la Violencia de Género ha denunciado no sólo el maltrato femenino, sino también las injusticias con el Sáhara, y se desplazaron a Irak, antes de la guerra, en un intento de probar que no existían armas químicas. Otras iniciativas apolíticas, como *Nunca Más*, *Teruel existe*, *Por el 0,7*, *Contra el Canon*, han cobrado una enorme notoriedad al margen de la visión tradicional *Baby Boomer*.

La política a pequeña escala, individual, y que emplea medios tecnológicos, que sólo en casos de auténtica necesidad hace uso de la presión de la masa sienta mejor a los mileuristas. La estructura ideológica en partidos ha provocado tantas discusiones que los mileuristas ya no la consideran efectiva: por encima de los partidos están las acciones y las ideas.

Los países del Tercer Mundo buscan soluciones efectivas, al margen de las ya formuladas. Los mileuristas hacen lo mismo. Mientras los *Baby Boomers* desencadenan eternas discusiones y tertulias en los medios de comunicación, los jóvenes escuchan música descargada de la red o discuten sobre la estética de las zapatillas *Kelifinder*. También eso es política.

Todos estaban en París aquel mes de mayo

Sí, aunque desde un punto de vista físico resulta imposible, allí estaban todos. Todos corrieron delante de los grises. Todos pasaron por la cárcel, sufrieron represiones, tiraban adoquines. Todos eran progres. La imaginería del 68 es, junto con la empleada por el régimen nazi, la más poderosa del siglo, y la que más resonancia evoca en generaciones que ni siquiera la vivieron. Se solapa con la estética, con el pop, con el movimiento *hippy*.

El discurso oficial de los *Baby Boomers* lamenta que se haya perdido en los jóvenes el espíritu del 68. Se equivocan. No se ha perdido en los mileuristas. Nunca lo tuvieron. Todo lo bueno se absorbió, se procesó y se aplicó a las nuevas circunstancias. Lo negativo fue juzgado, y posiblemente también interiorizado, pero fuera lo que fuera, cuando llegó a ellos, poco quedaba de la ideología inicial. El espíritu de los mileuristas se decidirá por ellos mismos, y quizás sea el que impulsó a los voluntarios de la limpieza del

Prestige, o las movilizaciones tras el 11-M, o quién sabe cual. No podrá ser el del 68 porque no les corresponde, ni lo desean.

Quienes perdieron el espíritu del 68 fueron los *Baby Boomers*. Quizás, sobre todo en España, porque nunca prendió con base. O porque los estudiantes se convirtieron muy pronto en adultos con poder. Porque superaron ese estado inicial y consiguieron logros concretos. Por el deslumbramiento del dinero, o porque era un movimiento condenado a morir para que otros pudieran repetirlo. Con la misma perspectiva egocéntrica, esperan que las rebeliones jóvenes sean las mismas que ellos lucharon, y se proyecta la pérdida propia en la indiferencia ajena.

Los mileuristas están aburridos de las batallitas del 68. Saben en carne propia a qué condujeron. Lo único que faltaba era que, encima, se les culpara de ello, o se les obligara a repetirlo.

1.6. Los que han triunfado: mileuristas sólo de generación

El mito del triunfador

El triunfador de los ochenta era un varón joven, bien parecido, engominado, con un innegable aire a Mario Conde, que vestía trajes de evidente corte italiano o de diseñador español, con una esposa rubia y con mechas, con un par de niños, a punto de romper su matrimonio por una mujer también rubia, pero más joven y con más mechas. Se dedicaba a la empresa, veraneaba en lugares vistosos con no menos llamativos coches o veleros. Había ganado su primer millón antes de los treinta y montado su propia empresa a los treinta y cinco. Se había hecho a sí mismo.

Diez años más tarde ese modelo se había desprestigiado tanto que resultaba una parodia de sí mismo, y los hombres que lo habían inspirado habían perdido su cargo o se encontraban en la cárcel. La palabra «triunfador» se reduce ahora a quien tuvo la actuación más brillante en una situación concreta, sobre todo deportiva, a un mujeriego o al torero de la tarde. Los mileuristas no son triunfadores, ni lo quieren. Su estética se asocia de tal manera a lo pijo, a lo superficial, al abuso de poder y el pasado que han optado por una oposición consciente. Ellos han recuperado el concepto *perdedor* y lo han rehabilitado.

Cuando se asume que se pertenece a una generación perdedora, la tensión se diluye, desaparece la presión constante de alcanzar un ideal, o de superarlo. Ser un perdedor incentiva la ironía, fomenta la autocrítica y el sentido del humor; frente al entusiasmo de masas del triunfador, el perdedor, un ser solitario, vive aventuras rutinarias y cotidianas que acepta como parte de la vida, y atesora cada pequeño detalle como si fuera su única salvación. Al perdedor se le permiten manías, ambientes marginales, incluso momentos de gloria. Pero no se le exigen.

El perdedor aprovecha la inteligencia que el triunfador convierte en carisma. En momentos de crisis, sobrevive. Hay momentos en los que los límites entre un triunfador y un perdedor se diluyen: la moral, los ideales perdidos, la calidad de vida, la faceta personal marcan la diferencia entre uno y otro. El triunfador sólo era feliz con el dinero y el éxito. El perdedor se considera feliz si el dinero no le entorpece el camino al éxito.

El triunfador genera necesidades: el perdedor no alcanza a cubrirlas. El triunfador comercializa camisetas con la efigie del Che Guevara, y otros triunfadores, conscientes del valor de marca, las compran. El perdedor reconoce la manipulación y sonrío. El triunfador consigue el éxito sexual y lo impone como necesidad básica: el perdedor padece la frustración de no obtenerlo.

Pero el perdedor también incurre en la queja constante. Se revuelca en la desgracia, no logra apartarla con los dedos, busca la compasión ajena o se premia con la propia y elude cualquier responsabilidad. Como juguete de la maldad o las circunstancias, siente que no puede cambiar nada, y que por lo tanto, no se toma el esfuerzo de intentarlo. Exagera las dificultades y los problemas, y se infantiliza adrede, porque se niega a asumir errores o a superar dolores pasados.

Muchos de los mileuristas que han aprovechado las mejores circunstancias de su condición de perdedores se han convertido en los nuevos héroes. Han aplicado criterios más discretos y mucho menos temporales a su éxito. Otros han continuado con el mito del triunfador y han conseguido notoriedad con principios similares a los ochenta. Casi todos los últimos pertenecen a grupos donde el éxito es efímero y la fama resulta imprescindible para conseguirla. La apuesta de los mileuristas se diferencia de la anterior, y también se reflejará en sus conceptos de prosperidad.

El dinero «de familia»

¿Puede considerarse mileurista un joven heredero? Los ricos, por definición, no son mileuristas. Ni aún en el caso de que haya sido educado con sobriedad, en un intento de que aprecie el valor del dinero, sus circunstancias serían comparables. Heredarían un negocio, una empresa, un bufete, o al menos partirían en la competición con la ventaja de mejores contactos y de un entorno acomodado: no es éste el sitio para ocuparse de ellos, entonces.

La democracia garantizaba la igualdad teórica entre ciudadanos, igualdad de trato y de oportunidades, pero en realidad, definía el origen, no el destino. El mileurista se ha criado con las condiciones reservadas antes para la clase media-alta. En muchas ocasiones ha saltado por encima de sus padres en formación y se ha rodeado a su vez de otros mileuristas en la misma situación. Y sin embargo, sus padres son ahora los ricos.

El precio de la vivienda ha favorecido que las inversiones de los *Baby Boomers*, entre las que se contaban casi siempre una o dos casas, se hayan

revalorizado hasta extremos inimaginables: en veinte años, el precio que se pagó en origen se ha incrementado de tal manera que su venta dejaría a los padres en una pasable situación económica.

Los mileuristas, en cambio, cuentan con la única riqueza de su capital intelectual y humano: mercenarios económicos, su precio oscila por la demanda, la moda o las necesidades puntuales. Son potenciales creadores de riqueza a los que no se les ofrece la oportunidad de crearla.

Estos jóvenes, cuando mueran los padres y si las circunstancias no cambian, serán herederos: los nuevos ricos herederos. Si los adolescentes actuales, jóvenes tiburones, no se las arreglan para beneficiarse también a costa de los mileuristas, en unos años el problema de la vivienda se habrá arreglado. La herencia más preciada para los mileuristas no es el dinero, y de hecho, nunca lo ha sido ni le han prestado una importancia excesiva; son las propiedades inmobiliarias, exactamente lo mismo que sus padres les contaron: *invierte en tierra, invierte en casas. Siempre acaban subiendo.*

Actores, cantantes, deportistas

La belleza, el talento musical, y las dotes deportivas, a las que en España se les unía el toreo, sirvieron durante siglos para que los miembros de las clases bajas saltaran por encima de sus limitaciones. Bien porque servían de ejemplo sublimado a sus iguales, o porque divertían a los ricos, los artistas se valoraban como a objetos raros que se deseaba poseer, o al menos contemplar.

La era mileurista ha sido testigo de la globalización incluso en el espacio de los ídolos y los mitos del arte. Con el cine y la televisión integrados en su rutina cotidiana, alguien tiene que llamar mucho la atención para que le dediquen un poco de su tiempo. Por lo tanto, son las campañas mejor financiadas, las más espectaculares, las que triunfan. A nivel nacional y mundial.

La percepción de los ídolos ha cambiado: se espera de ellos que revaliden fuera del país lo que han logrado dentro. La proverbial envidia española se une al complejo de inferioridad, y se convierte aquí en exigencia de calidad: a este país, parece decir, nos vale cualquier cosa. Veamos en el extranjero.

Almodóvar, Amenábar, Penélope Cruz, Antonio Banderas, Miguel Induráin, Rafa Nadal (un posmileurista con las mismas intenciones de comerse el mundo que tiene su generación), Fernando Alonso, Ainhoa Arteta, David Bisbal, Enrique Iglesias... ejemplos de incuestionable éxito (sobre lo merecido del mismo podía hablarse mucho) no sólo porque hayan triunfado

en el extranjero, sino precisamente porque lo han hecho. Extraña la queja constante de los artistas de que no se les muestra aprecio antes de marcharse de España, y cuando regresan, más que cariño notan la envidia que el éxito despierta.

De lo mismo dan fe los jóvenes científicos. Incluso, a otro nivel, los estudiantes o trabajadores que, tras una estancia en el extranjero, se han reintegrado a su entorno. Debe de ser más que un tópico, por lo tanto.

El mileurista, y también las generaciones que le rodean, ha desarrollado una extraña relación con el éxito: por un lado, lo desprecia, sobre todo si viene dado de una manera gratuita, o que considera inmerecida. Por otro, lo envidia ferozmente, ya que en el fondo piensa que si otro lo consiguió, y con poco mérito, también él podría conseguirlo. Nadie está protegido de críticas, sea cual sea su trabajo o su grado de éxito. Salvo el pícaro. El *buscavidas*, el que cumple con la exigencia de una sociedad en crisis y además se sale con la suya, ha despertado siempre grandes simpatías en este país. El pícaro tima; antes que ser tomado por tonto, se sale con la suya a toda costa, y con la falsa piel del perdedor, esgrime su triunfo.

Dionisio Rodríguez Martín, el *Dioni*, es, sorprendentemente, una figura bien conocida por los mileuristas, y muy apreciada. El cantante Sabina le dedicó una canción, y ha sido parodiado por varios humoristas. El *Dioni* trabajó como guardaespaldas de distintas autoridades, hasta que en 1989 fue degradado al puesto de conductor de seguridad entre bancos. Ni corto ni perezoso, robó un furgón con trescientos millones de pesetas, sin violencia y sin que nadie volviera a saber nada de él hasta que apareció en Brasil, rodeado de prostitutas y con una operación de estética que no engañaba a nadie. En 2004 fue acusado de un delito de tráfico de drogas del que salió absuelto. La mitad de aquel dinero sigue en paradero desconocido.

La televisión necesita un recambio constante de rostros y de actitudes que sustituye a toda velocidad, y que por un breve espacio de tiempo logran dinero y atención. Cuando los resultados de ese éxito rápido y mal asimilado derivan en tragedia se habla de los *juguetes rotos*, actores, cantantes, personajillos que tras el final de una serie, con el final de una campaña musical o el desmantelamiento de una intriga quedaron por el camino.

El mileurista valora la intimidad de una manera muy distinta a como hacían sus padres. En una sociedad tan homogénea como la suya, y en la que pocos tabúes, salvo el abuso a menores, continúan siendo lo que fueron, no hay necesidad de guardar demasiados secretos. El adjetivo *discreto*, que en un tiempo significó *juicioso*, y más tarde *modesto*, se aplica ahora a quien sabe

guardar un secreto. En tiempo de apertura, no hay necesidad de confesiones, y cuando se producen, son públicas y contienen un componente claro de catarsis, de reivindicación.

De eso se deduce que la vida privada ajena despierta mucha atención y poco interés real. Los famosos, y los que sin serlo se comportan como tales, se han convertido en un hilo narrativo más que se sigue sin escuchar del todo, como una telenovela más. De ahí se explica que cada historia sea intercambiable, y cada personaje también, en un eterno liarse de todos con todos, para que el argumento sea, con pocas diferencias, el mismo.

Durante largos años, el mileurista no ha hecho televisión: ha participado en la creación de programas como becario, o sin un poder real, que retenían los *Baby Boomer*. A los mileuristas les encanta la televisión, pero no necesariamente la actual: y tampoco representan un *share* importante, porque dedican su ocio a actividades distintas, por lo que pocos programas están dirigidos a ellos. Si lo están, por ejemplo, series de televisión, como *Friends*, una versión adulta y humorística de *Sensación de vivir*, se han apropiado de *Los Simpson*. Observan con una mezcla de horror y fascinación los concursos y los *realities*, y en general se divierten muchísimo con los productos o personas netamente televisivas.

En pocos casos como aquí se manifiesta tan claramente la objetualización de los seres humanos, y la necesidad de consumirlos como un producto más de ocio. Como gladiadores, sirven en tanto en cuanto divierten. Si antes el talento, la belleza o la habilidad en un deporte permitían un salto social, ahora, con las diferencias de clase abolidas, sólo suponen un enriquecimiento momentáneo. Y quien no logra convertirse en mito, o no salta las fronteras internacionales, difícilmente podrá sobrevivir.

Quienes se enriquecieron con Internet

Una de las nuevas posibilidades de creación de riqueza, exclusiva para los *Baby Boomers* más jóvenes y los mileuristas, fueron las nuevas tecnologías. Estaban en el momento justo en el sitio adecuado para ello: los ordenadores quedaron, en general, como un campo en el que también los líderes eran los *Baby Boomers*, o la generación de tránsito entre unos y otros. Internet y su desarrollo quedó para los mileuristas.

Hubo un tiempo para el desarrollo de la tecnología, y otro, como en el Ecclesiastés, para su aplicación. Un tiempo para el comercio por Internet, y otro para la cotización en Bolsa. Los pioneros en el desarrollo del vídeo en la red, los fundadores de comercios especializados en ordenadores clónicos y

repuestos baratos, creadores de virus y de sus vacunas, los que arriesgaron en juegos para consolas...

Pero también los que a través de páginas web lograron atraer publicidad y promotores, los *nerds* (*empollones*) que inventaron *Google*, los que desarrollaron la tecnología necesaria para crear cualquier otro buscador...

Llegó la publicidad *spam*, las compras por Internet, el alquiler o la creación de dominios, el *phishing* (la falsa publicidad de bancos que intentaban robar al cliente la contraseña de su tarjeta de crédito), los *hackers*, los *crackers*... las listas de usuarios, con datos interesantes con los que comerciar, y todo tipo de delitos informáticos.

Internet fusionaba a la vez un lenguaje y un código matemático, y ofrecía espacio para todos: permitía que se colgara música, imagen y la combinación de ambos, favorecía el diseño. No sólo los pioneros o los dueños de las ideas más brillantes le sacaron provecho: en el ámbito privado y en el público, el mileurista usaba Internet como una herramienta más, barata, precisa y rentable.

Apareció después el teléfono móvil, y con él la necesidad de individualizarlo; juegos, logos, melodías, *gadgets* diversos, como imágenes de gatitos lamiendo la pantalla o chicas ligeras de ropa que se quedaban más ligeras aún (como aquel antiguo bolígrafo que según se movía mostraba a la chica desnuda o en bikini) y los timos: los «*dialers*», programas que conectaban los módems a líneas de alto coste y se apropiaban del coste, descargas con precios altísimos y publicidad engañosas.

Éste parecía un terreno abonado para los mileuristas, y así fue: la necesidad creada del contacto continuo no disminuía la soledad, pero la despistaba. El mileurista se especializó en ofertas, creó un nuevo lenguaje y se preparó para disfrutar de sus ventajas. Así, los principales beneficiarios de estas innovaciones fueron los jóvenes. También resultaron los principales perjudicados por sus estafas: pero sobre todo, crearon una necesidad, un gasto, un modo de vida basado en la comunicación constante, fuera relevante o no, en el oír, el ver, el tocar. Ya no era importante ser, ni siquiera estar.

El complejo de culpa del que le ha ido bien

En mitad de una generación de perdedores, de envidiosos, de individualistas, de pobres, ¿quién se atreve a declarar que le ha ido bien?

La individualidad no significa que se les exima de la hipocresía; los mileuristas que han abandonado esa situación económica pueden haberlo logrado por muchas fórmulas: trabajo, inversiones, golpe de suerte, lotería,

herencia, o sencillamente porque el paso del tiempo, como en muchos mileuristas de transición, les ha permitido asentarse en una empresa, y acceder a mejores sueldos.

Si lo logran demasiado pronto, pueden convertirse en referencia, o en seres odiosos. Si la suerte ha tenido parte en ello, tienden a excusarse por su buena estrella, por el contrario, a defender apasionadamente el largo camino que les llevó a ello.

El mileurista no se siente feliz por el dinero, no se siente cómodo con el poder y es demasiado joven para haber adquirido la seguridad suficiente para crear un modelo coherente de relación con el éxito. La mayor parte de aquéllos a los que les va bien se sienten culpables. Su mejora económica les aleja del grupo, o les sitúa en el punto de mira. Acostumbrado a compartir lo poco, no sabe que hacer con lo mucho, si aplicarle esa misma regla, y por lo tanto quedarse sin ello; o reservarlo, con lo que caería en la tacañería.

Se le pide que sea consciente de la situación de los demás, y por lo tanto se le niega el derecho a la queja. No puede compartir con sus compañeros el nuevo nivel de vida que consigue, a no ser que sea quien costee las invitaciones a los otros. Si lo hace, se le considera un arrogante. Si no, un nuevo rico que excluye a sus amigos. No deseaba ser un ejemplo, pero tampoco un apestado.

No en todos los casos la experiencia del éxito se vive así, pero muchas veces a esa desagradable sensación se le une una discriminación por género. Si es una mujer la que ha logrado dejar atrás el mileurismo, las críticas aumentarán. Quizás porque los elementos vinculados a lo femenino (ropa, perfume, cosméticos, zapatos) se convierten en un atinado sensor de las posibilidades de gasto. O por la falta de solidaridad entre mujeres, o puede que sea porque rompe una norma más estricta y, por lo tanto se la castiga más. Si la mileurista tiene pareja heterosexual, y ésta no le acompaña en el ascenso, puede enfrentarse a una etapa muy complicada: chantajes emocionales, problemas de orgullo masculino, infantilización, y la asunción de que a ella le corresponde en ese momento un rol materno.

Una generación marcada por el dinero y su ausencia no puede enfrentarse de golpe a él con madurez y naturalidad. El aprendizaje resulta necesario, y quizás esa soltura se haya adquirido cuando la mayor parte de ellos sean mileuristas sólo en el recuerdo.

NORMAS DE SUPERVIVENCIA I

1. **Aprovecha el impulso del enemigo:** aunque joven, no eres un niño. Sorpréndelos, hazte escuchar. Pertenece a la generación mejor formada y más en contacto con la realidad.
2. **Invierte en lo que ya posees:** los hobbies, las aficiones que se iniciaron con las asignaturas extraescolares pueden convertirse ahora en tu oficio.
3. **No seas turista:** viaja. Cada país puede ofrecerte una oportunidad distinta de aprendizaje y trabajo.
4. **Sé flexible cual junco:** lo que sirvió para tus padres te resulta inútil a ti. Inventa nuevas fórmulas de vivienda, de trabajo, de estudio.
5. **Recicla:** el ahorro no supone únicamente una restricción económica. En lo que se refiere a energía, materiales y objetos, debería ser una forma de vida.
6. **Estudia cada día:** la sociedad de consumo cambia constantemente, y envejece a gran velocidad. No lo hagas tú.
7. **Conviértete en buscador de tesoros:** las casas, la ropa, las zonas, los viajes... sé imaginativo, busca donde otros no lo han hecho, mira como otros no lo han hecho.
8. **Confía únicamente en ti mismo:** no esperes nada de los demás, y alégrate si lo recibes.
9. **No desdeñes la presión del grupo:** donde tú no llegas, varios de vosotros podréis llegar.
10. **Practica la templanza y la constancia:** ser mileurista no es una condena, sólo una situación. En tu mano está cambiarlo.

2. EL ALMA

NO COMPRENDISTE

*Sobre nuestras creencias religiosas
el necio Julián dijo: «Leí, comprendí,
condené». Como si nos hubiera destruido
con su «condené», el muy ridículo.
Tales ocurrencias sin embargo no van con nosotros
los Cristianos.
«Leíste, pero no comprendiste; pues si hubieras comprendido,
no habrías condenado» respondimos de inmediato.*

KONSTANTINOS P. KAVAFIS

2.1. La obsesión por el ocio: mimados y consumistas

Con la generación mileurista descendió bruscamente el número de hijos por pareja, aunque el efecto de ello de la natalidad no sería visible hasta mucho más tarde, debido al número de *Baby Boomers* que optaron por una familia. Salvo que fueran los menores de una familia numerosa, la mayor parte de los mileuristas tenían otro hermano, o como mucho, dos. Los padres podían dedicarles más tiempo, más dinero, y lo mismo ocurría con la familia extensa, que mimaba y singularizaba a nietos y sobrinos.

Ya se ha explicado que el aumento de capacidad económica de los niños hizo que se destinaran a ellos publicidad, juguetes y alimentos. Aunque no de manera frecuente, los hijos podían elegir y pedían a los padres qué deseaban, tanto en alimentación como en juguetes: muchos productos se compraban ya procesados en el supermercado, las amas de casa probaban y se decidían por una marca u otra, y la opinión de los niños también contaba.

Los niños ya no se limitaban a las preferencias por la comida (las fresas, el queso, el pollo); incorporaban a ello nuevos productos (los Phoskitos, los Tranchettes), y alimentos desconocidos para la anterior generación, como eran el yogurt, el kiwi o la pasta. Y los *Baby Boomers*, una generación que aún no tiraban comida, aunque sobrara, aunque estuviera caducada, porque el hambre de la posguerra no se encontraba lo suficientemente lejos, gozaba de una abundancia en la mesa sin precedentes.

Ocurría lo mismo con los libros, incluso con los de texto: la enciclopedia Álvarez dejaba paso a una batería de textos que cambiaban cada año, y que a veces ni siquiera heredaban los hermanos. Los niños mileuristas amaban las papelerías, y allí encontraron también variedad de cuadernos, bolis de colores, sacapuntas y material absurdo pero tentador, que los padres les compraban de buena gana.

Con los juguetes se mostraban más estrictos, pero aún así, raro era el mileurista que no recibían regalos al menos dos veces al año (cumpleaños y Reyes) y quizás también por su Santo, o como un premio especial. Los juguetes, que se habían transformado en una legión de objetos sorprendente en número y funciones, se deseaban con ardor, como cuando eran privilegio de unos pocos, pero ya no resultaban imposibles de conseguir.

Los mimaron, pero ¿por qué no hacerlo? Se había dado el paso de una sociedad de producción a una de consumo, donde la ropa, la comida, los

objetos se adquirirían con facilidad y podían reponerse. Había más dinero; la infancia de los *Baby Boomers* fue dura y en ocasiones tétrica, con pocos o ningún juguete, muchos hermanos, escuelas interrumpidas y padres estrictos. Deseaban lo mejor para sus hijos y procuraban dárselo. Primero, los juguetes. Luego, la universidad.

Y los mimaron con objetos, porque eso era lo que les rodeaba, y sobre todo, la innovación que podían darles, aparte del cambio político. Valoraban lo que se obtenía con dinero porque no lo habían tenido, ni tampoco oportunidades para gastarlo, y en cambio, sus hijos sí. Muchos de ellos no habían recibido una buena educación emocional, en particular los hombres, y no sabían cómo demostrar el cariño. Daban a su familia la seguridad económica que necesitaban, y quizá no más, porque nadie se lo había pedido ni enseñado. La familia era importante, esencial, sagrada: pero eso no implicaba mostrar sentimientos, sino que se entremezclaba la sensación de responsabilidad y la exigencia de ser proveedores.

Otras familias optaron por no criar a sus hijos con las mismas normas que habían servido para ellos: solían ser padres jóvenes, que habían padecido con la rigidez de la familia franquista, la falta de decisión o de libertad, y que habían jurado no repetir los errores de sus padres. Iniciaron una educación a la contra, muy liberal, con escasas normas, y que depositaba mucha responsabilidad en el niño.

Años después, estos padres tuvieron que escuchar muchísimas críticas, incluidas las de sus hijos. Se les acusaba de haber favorecido todos los defectos de los mileuristas, la pasividad, la indiferencia, la falta de respeto, la arrogancia... Sin embargo, esas características suponían más bien características del conflicto generacional que vivían *Baby Boomers* y mileuristas. Con el cambio de los tiempos y la mentalidad resultaba lógico que los padres no quisieran inspirar miedo y distancia en los niños, sino que prefirieran conocerse bien, y que los quisieran. El castigo físico comenzó a valorarse negativamente. Nada de esto resultaba nocivo. Los errores de esa educación radicaron, más bien, en la falta de límites claros, y en que en una sociedad como la que emergía, no se valoró que haría falta una capacidad de frustración muy grande, eterna paciencia, y un orden de prioridades claro. Los niños mileuristas tendrían que aprenderlo por su cuenta, cuando ya era tarde.

Estaba luego la cuestión económica: los *Baby Boomers* identificaban el dinero con *poder*, mientras que para los niños, el dinero significaría *poder adquisitivo*. El dinero resultaba tan importante para esos padres que cuando realizaban jornadas larguísimas para que a su familia no le faltara de nada, no

valoraban que entre ese *todo* estaba también su persona y su tiempo. A eso se le unía, además, la constante amenaza de perder el trabajo.

Cuando comenzaron las primeras separaciones matrimoniales, los objetos y el dinero cubrían el hueco de la presencia. Dar significaba amar; y si se privaba a la mujer y a los hijos de la pensión significaba que si el pacto amoroso se había roto, se daba por zanjado también el económico.

Crecía una generación nueva acostumbrada no tanto a manejar dinero como a poseer todo lo que deseaba e incluso más, sobreprotegida, mimada y tan entretenida con lo que se le ofrecía que resultaría mucho más dócil que sus padres. Los fundamentos ya estaban contruidos.

El fenómeno de las marcas

Posiblemente, la primera que les unificó fue Adidas, con un chándal azul marino y dos rayas blanca en brazos y piernas. O quizás aún antes fue Nenuco, y su colonia para bebés... O Nestlé, aún antes...

Cuando el mileurista levantó la cabeza de la cuna las marcas aguardaban allí, al acecho. También para las generaciones anteriores habían aparecido, pero de forma mucho más ocasional, sin ruido, o como un simple símbolo de *status*. Las marcas tradicionales eran pocas, estaban bien definidas, y la publicidad describía y alababa el producto. *Soberano era cosa de hombres. Ariel lavaba más blanco.*

Pero los niños mileuristas crecieron bebiendo leche Pascual, Cacaolat, ColaCao y CocaCola (ésta sólo en los cumpleaños). Si a las madres no les gustaba que la bebieran, podían elegir entre Fanta y Kas naranja o Kas limón (el único refresco sin alcohol amarillo que se bebe en Europa, misterioso). En la misma fiesta encontraban patatas Matutano, pipas Facundo, con su eterno toro agonizante, Chupachups, PetaZetas, chocolates Zahor o Elgorriaga, Lacasitos, Conguitos y muchas muchas gominolas.

Cuando la cosa tenía menos glamour, se merendaba Nocilla, o chorizo Pamplonica, un Tigretón o una Pantera Rosa. Un Petit Suisse (a mí nunca me dieron dos, la verdad), o un Danone blanco; si había suerte, un Dalky de chocolate o fresa. Pan con Natacha o Tulipán, que fletaba un helicóptero si era necesario para llegar hasta donde hubiera niños.

En el cole se usaba Bic naranja, que escribía fino, y Bic cristal, que escribía normal (¿qué fue del Bic naranja, por cierto?); Pelicán, pinturas Plastidecor, que no manchaban, diccionarios Sopena, pegamento Imedio, papel Galgo, cuadernos Rubio y el especial de Vacaciones Santillana.

Las Navidades llegaban cargadas de Freixenet, Codorníu, melocotones en almíbar el Gamo. Hasta la aparición de los lacrimógenos anuncios del calvo de la ONCE, muchos años más tarde, nada conmovía más que los turrone El Almendro y el familiar ausente que se las arreglaba para llegar a casa a tiempo por Navidad. Y las muñecas de Famosa se dirigían al portal con paso imparable. Allí se encontraban con los Clips de Famobil, la Nancy (algunas afortunadas también tenían el Lucas) y su amiga galáctica la Selene, la Barbie (algunas afortunadas también tenían el Ken, y tampoco sabían qué hacer con él), las Barriguitas, el Tente, el maletín de la señorita Pepis. O los Juegos Reunidos Geyper, la Magia Borrás, el Cine Exín o el Exín Castillos, el Spirograph...

A su alrededor los electrodomésticos eran Philips, Edesa, Fagor o Miele, los coches Renault, Citroen o Peugeot. Las mamás usaban Colón (*busque, compare...*), Persil, Elena, Ajax y crema Atrix para proteger las manos. Un poco más adelante llegaría Fairy, con su enconada competición entre Villarriba y Villabajo; Mister Proper; Tenn y su mayordomo impertinente; Scotch Brite, sin el cual no podían estar; Calgón, que protegía la vida de su lavadora. Y el impagable Pronto, con el que una avanzadísima y precursora jueza pactaba con la asistenta que pasara el Pronto, que ella pasaba el paño...

Lavaban con Norit el borreguito, salvo que corriera prisa porque la niña tenía kárate (ah, las extraescolares) y tuviera que hacerlo a mano, y casi sin frotar, con Wipp Express. El trío se completaba con Gior y con el repelente osito de Mimosín.

Aparte de Adidas, las marcas calzaban a los niños con Gorila, los vestían con un polo Lacoste y vaqueros Levi's. Las chicas usaban Chispas, su primera colonia, Farala, indicada para chicas nuevas en la oficina y con un envase precioso, por cierto, y cuando era el momento, Tampax, Evax o Ausonia. Compraban el desodorante Impulso, porque un desconocido les regalaría flores, y se maquillaban con Margaret Astor.

Ninguna de esas marcas fue creación de los mileuristas. Sus padres las eligieron por nosotros (la fidelización hace que los hijos consuman el mismo tipo de leche que compraban los padres, aunque no vivan ya juntos) o les ayudaron a obtenerlas. Si los mileuristas han crecido obsesionados por las marcas es porque en el mundo en el que crecieron, la marca distinguía el producto, o se identificaba con él y sobre todo porque, al formar parte de su infancia, en el constante ejercicio de nostalgia que realiza, la marca lo identifica como persona y como perteneciente a un grupo. Un viaje por su

infancia necesita también una enumeración emocional de las marcas que formaron parte de ella.

Los ochenta vieron el florecimiento del marketing y de la publicidad, y sirvieron de experimento para lo que vendría después. El establecimiento de la marca resultaría tan importante que ya no habría marcha atrás, en incluso en la actualidad, la experiencia aprendida ayuda a construir diferentes ficciones sobre el bienestar, la seguridad o la autoestima, que toman como referentes esas primeras percepciones de la infancia.

Los mileuristas podían merendar Nocilla o Pralín, por ejemplo; Natacha o Tulipán, Danone y Yoplait; y no sólo distinguen entre las marcas, sino que diferencian el valor emocional que ese producto les transmitía; saben perfectamente que ese hecho los incluye en una generación a la que niegan realidad. Las marcas unificaron su experiencia, porque casi todos los mileuristas compartían esa percepción al mismo tiempo, con escasas diferencias regionales o económicas.

Es lógico entonces que de adultos recreen situaciones parecidas con distintas marcas y en situaciones evolucionadas. El problema radica en que la marca no sólo clasifica como grupo social, sino que también define el poder adquisitivo. Y de nuevo nos topamos con el conflicto del mileurista y el dinero.

Las marcas pijas, las marcas alternativas

Cuando los mimados mileuristas arribaron a las costas hormonales y tortuosas de la adolescencia, los ochenta habían definido claramente qué marcas aportaban prestigio y cuales no. Los años de los logos y las siglas, de la ostentación y la identificación de poder con objeto se encontraban en decadencia, y no ocultaban que entre sus grietas asomaba la bárbara crisis económica de la época.

Sin embargo, las marcas de ropa y ocio para adolescentes aún no habían experimentado la explosión que llegaría en los noventa: en la ropa de los mileuristas adolescentes aún cobraba menos importancia la etiqueta que la estética; como en todos los movimientos juveniles, la ropa y el peinado cubrían una importante función de reconocimiento de grupo, en el que cada individuo introducía mínimas variantes en una apariencia casi idéntica. Eran años de *punks*, de *bakalas*, de *siniestros*, *hiphoppers*, *skins*, *heavys*, *ravers*, *maquineros*, *rockers*, *squatters* u *okupas*, *grunges*...

Cada una de estos grupos juveniles mostraban unas características de apariencia muy reconocibles, y que se nutrían de firmas especializadas que

conocían sus necesidades. Las marcas de prestigio entre los siniestros no tenían nada que ver con los lugares y los precios que se ocupaban de las marcas maquineras. Los distintos movimientos juveniles no sólo necesitaban nuevos espacios comerciales: construían una identidad social a través del grupo, y mostraban así la existencia de una manera de pensar distinta a la impuesta por los adultos, más o menos agresiva, decadente o irreal.

Muchos de ellos fueron percibidos como amenazas, por mucho que la estética satisficiera gran parte de su conflicto social. Eran considerados sucios, rebeldes, extraños, feístas. Aún parecían más inalcanzables porque se escudaban en bandas y músicas exclusivas, en bares muy determinados, y se sospechaba que con querencia por distintas drogas, también.

Los jóvenes se mostraban como un grupo que distaba mucho de ser homogéneo; la solidaridad de edad que habían creado los *Baby Boomers* se rompía ahora, y se expresaba simbólicamente a través de la apariencia.

Dentro de esos grupos cobraba importancia poco a poco la llamada estética *pija*: jóvenes y no tan jóvenes que, con una marcada preocupación por el dinero y por el *status* social, buscaban ser identificados con él a través de su ropa, y sobre todo, de la marca de la ropa.

Con el tiempo, la pertenencia a movimientos juveniles perdió la importancia ideológica que contenía: los jóvenes se asociaban temporalmente a una estética porque era la que imperaba en un grupo de amigos, y conllevaba sobre todo un modo de vestirse, la música que escuchaban y el modo de divertirse. Muchos de los antiguos componentes de los movimientos, con la edad, y quizás debido a las presiones de la apariencia en el trabajo adulto, tendían hacia una estética *pija*. Años más tarde, la democratización de las grandes firmas permitiría que un trocito de Chanel o de Dior, o de Ralph Lauren se hicieran asequibles a través de ropa de *sport*, complementos o cosméticos. Y en la actualidad, salvo minorías, los *mileuristas* presentan dos aspectos estéticos claros, que tienden hacia lo *pijo* o lo *alternativo*.

Las marcas *pijas* no sólo eran caras: debían ser caras, porque vendían un concepto de vida, comportamiento o lujo al que sólo se accedía a través del dinero. El acceso a la marca, independientemente de qué producto lo lograra, se convirtió en un reto iniciático más, y el que marcaba el proceso de enriquecimiento o madurez de quien la llevaba. Por lo tanto, las grandes empresas jugaban por un lado a facilitar el acceso de la marca a todos los consumidores (democratización) y a convertirlas cada vez en más caras y notorias (exclusividad).

El prestigio de marca estaba tan establecido, que mientras muchos mileuristas las perseguían para ser definidos por ellas, otros las rechazaban porque no deseaban sentirse encasillados. Por lo tanto, unos arrancaban las etiquetas de los Levi's, los Liberto o los Pepe, y otros procuraban vestirse de pies a cabeza con ellas.

Esa demanda de logos conocidos favoreció primero la copia y luego el pirateo a gran escala de las marcas. Los mileuristas recibían los primeros avisos de las marcas *auténticas*, que incluían cada vez más garantías y trucos de detección, porque cada producto falso rompía la cadena de prestigio y plusvalía de la marca. Aun así, muchos consumidores no deseaban esa aureola de riqueza, sino su apariencia. Un bolso falso podía inducir a los otros a pensar que el sueldo que se ganaba era alto o que se pertenecía a una clase social más elevada. Las falsificaciones servían para lo mismo que la bisutería barata de las marcas caras: algo de su fascinación se les contagiaba.

Quienes no entraron en ese juego lo hicieron por muchos motivos: por rebeldía ante esa imposición del capitalismo, por conciencia social, por falta de recursos, o por la convicción de que con la marca se establecía una relación equivocada con el producto. Tampoco creían en la identificación de la marca con una persona famosa, ni veían el objetivo de comprar azulejos porque miembros de la *jet set* los anunciaran. Esa era una doble manipulación del prestigio y del valor de marca, muy evidente, pero que funcionaba. La publicidad resultaba divertida, innovadora y un constante reto para la imaginación, pero de ahí a plegarse a ella había un trecho.

Muchos mileuristas habían llevado durante años jerseys de lana tejidos por sus madres, bufandas de las abuelas, habían heredado ropa de hermanos y primos, y no veían nada de qué arrepentirse. Las marcas negaban ese pasado, lo borraban y lo sustituían por una identidad nueva y unificada. Por lo tanto, los alternativos se construían una apariencia propia basada en una experiencia de identidad distinta.

Los alternativos, al igual que los pijos, exigen que el lujo no sea generalista, sino cada vez más personalizado. Pero a diferencia de los pijos, su estética no refleja el poder de su bolsillo, sino las características de su identidad. Por lo tanto, a su muestrario de marcas particular añaden gritos de nostalgia (ropa reciclada, *vintage*, rescatada de armarios paternos o tiendas de segunda mano), experiencias culturales (logos modificados con ironía, camisetas con consignas, guiños al cine), la necesidad de ahorro (copias de modelos caros, *outlets*), la fácil sustitución (prendas baratas, o que pueden

transformarse en otras con el tiempo) y la personalización (ropa creada en exclusiva para ellos, o que han modificado para que resulte única).

Las marcas alternativas no resultan necesariamente baratas, ni obedecen las normas marcadas por las pasarelas principales. Implican el conocimiento de otros códigos, tan estrictos como los de las marcas pijas, y sólo en apariencia demandan menos. Lo alternativo se define frente a lo pijo por ausencia, o por defecto, y por lo tanto no se opone: tan sólo sustituye.

Otros movimientos mucho más radicales, como YOMANGO, siguen siendo minorías. YOMANGO se opone con claridad al comercio y propone apropiarse del lenguaje publicitario para denunciarlo. Eso incluye la sustracción de ropa de los comercios. Quienes lo critican ven una incoherencia entre una mentalidad antiglobalización y rebelde que al mismo tiempo se apropia de marcas consolidadas. Es una crítica similar a la que reciben los alternativos: como si emplear marcas fuera del circuito pijo fuera una lavado de cara, o de conciencia, que no resuelve realmente el conflicto del consumismo. El uso de lo alternativo, reducido a una élite que quiere distinguirse de la masa, delata una desconfianza clara hacia todo lo social: de nuevo, la expresión del individualismo.

El capitalismo absorbe con una rapidez y una capacidad notable cualquier movimiento contracultural y lo convierte en parte de sí. Para colmo, a las necesidades reales de los mileuristas se le une la de una satisfacción emocional en el consumo: no es el objeto lo que cuenta, sino la función que cumple, o el mensaje que incluye. Mientras lo que se consume se cargue de contenido emocional, no habrá alternativa posible.

La tecnología como signo de status

La tecnología rompe con la tendencia del resto de las marcas y objetos mileuristas, que indican que cuanto más precio, más valor. Aquí nos encontramos en un mundo con leyes propias, y la principal es la obligación de la novedad. El último modelo, no necesariamente el más caro, se lleva el gato al agua del prestigio. En segundo lugar, la belleza del diseño y su tamaño definen la exclusividad del producto.

Si en la ropa, o en los productos para el cabello, la ficción de que pueden elegir se mantiene presente, en el mundo de la tecnología, que cuenta prácticamente con la misma edad que el mileurista, las opciones se reducen todavía más: el PC cumplió veinticinco años en agosto de 2006, con el triunfo absoluto de un ordenador personal en cada casa.

Pocos son los mileuristas que no cuentan con ese ordenador, sea fijo o portátil. En caso de que deba compartirlo, o resulte demasiado caro el uso de Internet desde su conexión, o si se encuentra fuera de casa, el *cyber* se alza como una alternativa eficaz y relativamente barata. El ordenador carece de sentido hoy por hoy sin Internet, e Internet alberga algo más que información: permite la descarga de archivos, la comunicación *on line*, foros de opinión, sofisticados juegos comunes, y la creación de identidades alternativas. En Internet uno es quien dice ser. No existen garantías, ni verdades absolutas.

El ordenador sustituye en cierta medida a otros medios de entretenimientos: libros, enciclopedias, radio, televisión, comics, cine, telefonía, se encuentran condensados allí, en el mismo formato y por un precio ridículo. La importancia del ordenador ha cedido ante la exigencia del ancho de banda: ahora el ordenador no cuenta como tal, sino como medio de acceso a una realidad mucho mayor. Incluso los portátiles más novedosos resultan baratos comparados con los precios de los últimos años, y los nuevos modelos provocan un envejecimiento tan rápido que aunque nunca se estará al paso de la tecnología, esta resulta asequible en muy poco tiempo.

Por lo tanto, lo que se debe elegir se reduce a PC o Mac, fijo o portátil: el resto será determinado por las últimas condiciones que ofrezca el ordenador, la innovación de mercado por la que se paga, y que muchas veces tiene poco que ver con las necesidades reales de quien lo compra. Con una media de vida de dos años, un ordenador no se queda viejo: se desfasa. Hay componentes que fallan y que no merece la pena sustituir o que nadie sabe reparar. Eso se complica con los accesorios que un ordenador requiere: altavoces, auriculares, micrófonos, impresoras, *scanner*, discos duros externos... cada uno con su propia duración y problemas. Los ordenadores no se rentabilizan: la compra, en realidad, enmascara un interés por mes que se reduce por el uso y las prestaciones.

Algo similar ocurre con las televisiones, cada vez más grandes, planas y omnipresentes. En 2005, el Instituto Nacional de Estadística (INE) hacía pública un estudio que demostraba que el 99,1 % de los hogares españoles poseían una televisión en color, frente al 98,5 % que contaban con lavadora, o 74,2 % con un coche. Aparte de las madres-asistentas y de la existencia de centros públicos de lavado, esta estadística habla de la importante como medio de ocio y como símbolo de *status* de la televisión. Barata, con una duración en años mucho mayor que el ordenador, con un incremento importante de canales en 2006, la televisión crea opinión, establece lenguaje, unifica ideas y propone nuevos personajes de actualidad. Chillon, colorida,

complaciente con el usuario, su capacidad para desarrollar nuevas técnicas de sonido, incorporar altavoces, colores o realismo parece inagotable. Quienes pueden, además, la completan con un proyector digital, que permite que la ficción de poseer un cine en casa se materialice.

De todas maneras, tanto la televisión como el ordenador fueron desarrollados por la generación anterior al *mileurismo*: si algo tecnológico caracteriza a esta generación debemos buscarlo en la telefonía móvil y los reproductores musicales de MP3.

Por supuesto, existen otros cacharritos tecnológicos fascinantes: el casete dejó paso al CD, al DVD y éstos al formato digital. Las cámaras fotográficas, ligeras y diminutas, convierte las imágenes en archivos informáticos de visionado inmediato. Pero esas capacidades se absorben y se subliman en el móvil, y en los MP3.

Los primeros móviles, aparatosos y con poca batería, parecían destinados únicamente a empresarios. El movimiento universal de democratización del lujo logró que en poco tiempo cada casa tuviera su móvil. En la actualidad, se tiende a que cada miembro de la casa consiga un móvil propio, incluso a costa de la línea telefónica fija, que se destina a la conexión de Internet.

El teléfono móvil, que muchas familias compraron con la antigua intención comunicacional (objeto para controlar a los hijos, aparato de emergencia en caso de problemas, un modo de facilitar el acceso) se ha convertido en un centro de ocio por sí mismo. Cada vez con menor tamaño y peso, cada vez más bonitos y fascinantes, el móvil pasó a ser de un instrumento útil, de trabajo, a un elemento más de consumo, y como tal, susceptible de cargarse de connotaciones de *status*. El móvil permite comunicación por audio e imagen, envía mensajes, ofrece juegos, descargas de Internet, la posibilidad de elegir apariencia, fundas, *gadgets* asociados y melodías, saca fotos, reproduce música y aún no ha agotado sus posibilidades. Y, por supuesto, cada una de estas opciones se consigue únicamente por el pago, ridículamente elevado, de cada servicio.

Los móviles de empresa se han hecho comunes. Una persona joven puede por lo tanto poseer un móvil personal y otro de trabajo, pero el hecho de llevarlo encima lo convierte en una oficina ambulante: el espacio que el móvil anula hace que también se modifique el concepto de tiempo. La distinción que un número de teléfono indica no existe, en realidad. Los teléfonos, sean privados o laborales, anulan la intimidad, extienden jornadas de trabajo y se mantienen siempre activos. Como la televisión, ofrecen una resistencia inusitada al *clic* del apagado. Su capacidad para interactuar, esa mezcla de

control y de sorpresa constante (por ejemplo, permite la identificación de quien llama: pero sigue sin prever quién va a llamar), lo convierten en un objeto sumamente adictivo: ¿qué tecnología no lo es?

Lo mismo se puede aducir de los reproductores MP3, un reducto casi exclusivamente juvenil que desconcierta mucho a los *Baby Boomers*. Los reproductores (Ipod y similares) son el triunfo de un elemento innecesario por definición, pero que marca una diferencia generacional clarísima; implican que se conoce el mecanismo del aparato y se domina, que se acepta la necesidad de entretenimiento y estimulación constante, se sabe cómo encontrar la música y cómo descargársela, y además, actualizarla. Exige además el dominio de una jerga especializada, pero muy común entre jóvenes, que saben perfectamente qué es un iPod nano, y que su memoria flash oscila entre 2 y 4 GB. Marcas como Apple, Sony y Philips se llevan gran parte de este poderoso pastel, perfectamente asimilado por las nuevas generaciones, y que reabren la polémica del pirateo de música e imagen en Internet.

Se dice que la aparición del vídeo y los videoclubs iniciaron la crisis de las salas de cine, que se convirtieron en multisalas: que las cadenas privadas marcaron el declive del videoclub. Y que el sistema *peer to peer* ha acabado con la importancia de éstas últimas.

Muy posiblemente sea verdad. Las redes entre iguales, *peer to peer* o P2P se crearon como respuesta al monopolio de las grandes empresas de comunicación respecto a materiales y conocimientos. La P2P rompe con el capitalismo de Internet y deja sentado que la información debe de ser compartida, y que quien más comparte, más derecho tiene a obtener nuevos datos. Es una red activa, gratuita, en la que cada usuario actúa como un cliente y como un servidor a través de un nodo. Permite el acceso a películas, archivos, música, imágenes... que cualquier otro usuario de la P2P posea. Hay un presupuesto de buena fe, según el cual todos comparten todo: de otra manera, la red no podría sostenerse.

He aquí por lo tanto la necesidad de un ancho de banda cada vez mayor, y de discos duros cada vez con más capacidad. Primero el eDonkey y luego el eMule, dos de los programas más importantes de P2P, han supuesto una auténtica revolución en el modo de consumir ocio, información o archivos raros, y la creación de un colectivo en Internet y fuera de ella que defiende el libre acceso a la creación. Y eso, a su vez, ha supuesto que se pongan en cuestión los derechos intelectuales, y su propiedad. Hablamos de programas muy recientes (el eMule se lanzó en 2002) e internacionales, auténticas enciclopedias *on line* gratuitas, universales y de obtención muy rápida.

Por lo tanto, el soporte tecnológico de música e imagen ha variado muchísimo en los últimos años, y suponen ingresos importantes para las empresas que lo comercializan. La demanda de películas, libros, discos, ha aumentado tanto en la generación mileurista que ni siquiera las casas distribuidoras pueden darle alcance. Pero por otro lado, la imposición en el mercado de determinadas fórmulas comerciales con precios muy elevados ha provocado una reacción en masa de la población.

Los costes de producción, distribución y soportes físicos podrían eliminarse de todo el proceso, y por lo tanto abaratar la música o las imágenes como tales. Una descarga bien organizada y a un precio módico hubiera sido aceptada en un principio, pero las empresas no dieron ese paso: por lo tanto, ante el precio excesivo de un material que podía ser obtenido gratuitamente, la descarga no sólo como un modo de ahorro, sino también de protesta, se ha generalizado. Frente al precio real del arte, o la valoración que cada individuo le da, se plantea del precio del mercado. Muchos mileuristas han decidido que no desean ser timados de esa manera.

Lo desconcertante de todo este sistema es que el mileurista, muy en su línea de desinterés por el dinero, no pretende hacerse rico, sino tan sólo que no se le cobren cantidades excesivas por lo que cree que es su derecho al ocio y la información; y, conocedor de que no es al artista, por porcentajes, el que más pierde, sino las distribuidoras y empresas, ha iniciado una guerra abierta anticapitalista. ¿No les interesa la política a los mileuristas? Sin duda, a muchos sí.

El 5 de mayo de 2006, la Fiscalía General del Estado sobre los delitos contra la Propiedad Intelectual e Industrial emitió una circular según la cual el intercambio de archivos en la red «no reúnen, en principio, los requisitos para su incriminación penal si no concurre en ellas un ánimo de lucro comercial», y que «dicho elemento del ánimo de lucro debe ser interpretado, no en el sentido amplio de obtención de cualquier tipo de ventaja, utilidad o beneficio, sino en el sentido estricto de lucro comercial». Por lo tanto, la justicia reconocía en cierta medida este movimiento, y lo despenalizaba.

Pobres, pero con estilo:

Los *Jasps* se convierten en los *geek*, los *dinks*, los *BoBos*

La generación mileurista comenzó identificándose con la etiqueta de *Jasp*. Jóvenes, aunque sobradamente preparados; sin embargo, con el tiempo, la

denominación, por usada, rechazo o insuficiente, terminó por desaparecer, y muchas otras los sustituyeron.

Los mileuristas se precian de resultar inclasificables, y muy posiblemente lo sean, pero no tanto como creen: a las similitudes por edad se les une las semejanzas por estilo de vida o sus aficiones. Algunos de los grupos sociales que han formado se salen de lo establecido, por extravagantes: otros entran dentro de los cánones. Todas encajan en el modo de vida mileurista, y en sus presupuestos (económicos y éticos) de base.

Sólo por mencionar algunos ejemplos, entre los extravagantes están los frikis, que pueden ser *nerds*, o *geeks*, por ejemplo. Entre los convencionales, los *dinks* y los BoBos.

El friki (del inglés *freak*, extraño) es aquel individuo que se caracteriza por una rareza: los primeros *freaks* eran atracciones de circo, seres con malformaciones, como en la antiquísima película *La parada de los monstruos* (*Freaks*, de Tod Browning) y algunos programas de televisión que han explotado a personajes estafalarios han retomado la palabra para definirlos. En la actualidad el friki es quien, poseído por una afición minoritaria, la convierte en un elemento tan importante que puede convertirse incluso en su modo de vida.

Los sectores de interés del friki tienen que ver con la informática, los juegos de rol, el cine, los cómics (americanos, europeos, vintage o japoneses), la literatura de ciencia ficción o de fantasía, el ocultismo, el coleccionismo... en los que son auténticos especialistas. Poseen muchos de esos objetos, que adquieren o intercambian por Internet, crean asociaciones y reuniones para ello, y a veces regentan los comercios que los facilitan. Han designado incluso un Día del Orgullo Friki, el 25 de mayo. Establecen sus amistades y su mundo entre quienes comparten la misma afición, visten de manera similar, y se consideran aparte de la sociedad, que a su vez no les integra por su comportamiento. Es posible que la faceta friki se mantenga oculta o en segundo plano, y por lo tanto no todo friki es necesariamente un ser aparte o un apestado social. El friki se gestó al amparo de la insatisfacción escolar, y como modo de enfrentarse a una sociedad homogeneizadora.

En distintos momentos, las aficiones reservadas a los frikis atraen el interés general: el cine o las modas canalizan y se apropian de Harry Potter, de Tolkien, la Guerra de las Galaxias, Star Trek, los dinosaurios o los vampiros. Los frikis distinguen claramente entre el advenedizo y el clásico, y ven con resquemor y casi como ofensa esa invasión de su mundo. Elitistas, altamente informatizados, con nulo interés en los deportes o en la diversión

social establecida, el friki puede o no ser un empollón, los denominados *nerds*.

El *nerd* es un friki altamente especializado, con pocas habilidades sociales, aunque más o menos integrado, con una inteligencia superior a la normal y cuya obsesión es el conocimiento en sí mismo más que un *hobbie* concreto. Son vagamente altruistas y presentan déficits de atención. Al *nerd* le interesa la historia, la física, la filosofía, la literatura, las matemáticas, y llevan a sus espaldas una larga trayectoria de burlas reales (Bill Gates, Steve Jobs, Stephen Hawkins, Amélie Nothomb son algunos de ellos) y de parodias en la ficción (Lisa Simpson, casi todos los protagonistas de Expediente X, desde la *nerd* Scully al friki Mulder a los inclasificables *Pistoleros Solitarios*, o el doctor House).

Aparte de los *nerds*, los que se especializan en informática son los *geeks*. Tienen una visión más práctica de la aplicación del conocimiento, y por lo general, muestran más capacidad de integración que los anteriores, y cierto afán de notoriedad. El término *geek* proviene también del circo: eran los personajes dispuestos a cometer brutalidades como arrancar cabezas de sapos o de culebras de un mordisco. El *geek* se preocupa por crear un estilo de vida y por hacerse ver, aunque sea en la red.

Este gran grupo de excluidos voluntarios no muestra, como buen mileurista, demasiado interés por el dinero o el poder. Al contrario, ya se ha dicho que buscan la exclusividad de la minoría, y aunque la necesidad de dinero de algunos, sobre todo de los coleccionistas, puede ser grande, prima la posesión del objeto, y muchos de ellos emplean el intercambio, el trueque, o la solidaridad del disfrute común, materializada en Internet. Los frikis buscan crear alianzas de grupo para compartir una afición, a los *nerds* les satisface el propio conocimiento y los *geeks* persiguen un cierto narcisismo, el reconocimiento por parte de una comunidad a su contribución por los avances y los descubrimientos.

Frente a la voluntad de exclusión de los frikis, se encuentran los mileuristas que, aún descontentos con el modelo social que se les propone, no efectúan una protesta a través de sus aficiones, sino de su planteamiento de vida y su relación con el dinero. Ese gran grupo serían los *dinks*, y también los BoBos.

Los *dinks* se definen porque han establecido un nuevo modelo familiar que se reduce a la pareja. Proviene de la expresión *Double Income, No Kids* (Doble sueldo sin niños), y no implica matrimonio. Los *dinks* proponen un modelo de pareja menos rígido que el tradicional, y en el que los

descendientes están excluidos; no desean asumir la responsabilidad de su crianza, o ya tienen hijos de parejas anteriores, o no pueden permitírselos.

Para las mentalidades más conservadoras, los *dinks* son una bofetada a la sociedad: se les tacha de egoístas, superficiales, consumistas. Se asume que aborrecen a los niños, y son antisociales. A eso se le une el prejuicio contra los homosexuales: la mayor parte de las parejas de gais son *dinks*.

Los *dinks* trabajan duro y largas horas, generalmente en su vocación, y sienten amor por los viajes, la lectura y los gustos exclusivos; combinan el narcisismo del soltero con el disfrute de la pareja, y muchas veces su primera elección no fue voluntaria: pero las exigencias del trabajo, la imposibilidad de las mujeres trabajadoras para combinar la maternidad y su oficio, o la escasez de dinero retrasó o eliminó el deseo de tener hijos. No es casual que los *dinks* proliferen en Hong Kong, por ejemplo, en Japón y en general, en sociedades muy exigentes a nivel laboral.

Para los *dinks* mileuristas, la pareja supone la posibilidad de doblar el dinero disponible y de disfrutar de un cierto nivel de vida que en solitario no poseían, más acorde con las expectativas de su adolescencia. Por lo tanto, invierten en ellos mismos de manera temporal o definitiva, en lugar de iniciar un nuevo ciclo de sacrificio en el que el dinero sería absorbido por los gastos de los hijos. Algunos de ellos no excluyen del todo la paternidad, pero aspiran a que esta sea responsable, a que los hijos disfruten de una pareja estable y que ha disfrutado de serlo, y de suficiente dinero.

Los *dinks* trabajan de continuo, con lo que gastan mucho en tecnología, telefonía y aparatos que les faciliten esa tarea. Necesitan desconectar, y de ahí su interés en viajes, *spas*, y hoteles privados y lujosos. Compran por Internet, porque no cuentan con mucho tiempo, o selecciona con cuidado comida prefabricada, *light* y exóticas, que se perciben también como símbolo de *status*.

Cuando no hay pareja para componer un *dink*, se habla de un *singleton*: un mileurista que ha logrado ascender, y vive como un soltero eterno, sin hijos y con disponibilidad de dinero. Si es varón heterosexual, es posible que sea *metrosexual* o *heterogay*, hombres que presentan una apariencia cuidada, casi femenina, que han descubierto los placeres de la cosmética, la buena ropa, y el cuidado personal, así como el refinamiento del aristócrata.

Y, más concretamente, como una subvariante, surgen los BoBos.

El BoBo se anunció en 2001 a través del libro de David Brooks *BoBos en el paraíso*, y marca una diferencia clara con sus antecesores *Baby Boomers*, que daban una gran importancia a la ostentación y el gasto evidente de dinero.

El *Bohemian Bourgeois* (bohemio y burgués, una fusión difícil de convención y rebeldía) realiza una revisión de lo que supone el *status*, la satisfacción, y el reconocimiento social, y lo asocia al disfrute de la belleza, la exclusividad y el ecologismo. El BoBo identifica el poder con la discreción, y lo asocia con la imaginación o la creatividad. Frente al lujo, introducen la noción de elegancia.

El movimiento BoBo o *radical chic* ha rediseñado el concepto de prestigio: hay profesiones, muy especialmente la de los odiados promotores inmobiliarios, o los banqueros, que no podrán comprar su lugar social con dinero. Valoran todo lo independiente (el cine, la literatura...), lo alternativo (la alimentación, la moda...) y lo importante no es cuánto dinero se gasta, sino en qué. Los antiguos ricos deseaban homogeneizarse, integrarse en una corriente común con señales idénticas. Al BoBo eso le horroriza.

Al interesarse sobre todo por la discreción y la elegancia, valoran los materiales por encima de la forma: la composición de su comida, su ropa, los elementos que forman su casa o sus muebles cobran nueva importancia. Se rechaza lo nuevo y lo reemplaza. La exclusividad se manifestará en que sólo los enterados detectarán la diferencia entre un objeto común y uno carísimo. Retornan a lo natural, lo antiguo, lo desprestigiado y lo rehabilitan. Todo debe de ser único. En un mundo saturado por señales de atención y por marcas, la marca en lo BoBo se camufla, o incluso desaparece.

El BoBo puede resultar excesivo, superficial y ridículo en esa búsqueda a toda costa de la singularidad, y su amor por lo exótico, lo extravagante, oculta un desprecio absoluto hacia lo que le rodea.

Sarah Jessica Parker, a través de su personaje de *Sexo en Nueva York*, ha popularizado una BoBo en la que el conocimiento en las grandes marcas de siempre se alterna con un estar a la última perfectamente integrado con este movimiento. Las BoBo actuales reciclan papel y cristal, buscan lo orgánico, pero gastan después enormes cantidades de dinero en unos zapatos Blahnik o una cena en un lugar exclusivo. Para el mileurista BoBo, sólo el gastarlo en algo que realmente merece la pena dignifica el dinero. Y así, alternan posesiones muy baratas, de objetos realizados en serie, con otras carísimas que cumplen las normas de la nueva riqueza.

Los bolsos han pasado a ser los nuevos zapatos: frente a la posesión furibunda de Imelda Marcos, el reconocimiento del *know how* se ha desplazado a otros detalles menos evidentes: el derrizado japonés de pelo, el perfume, o la denominación de origen de un alimento determinado. Las emociones se han convertido también en patrimonio de los BoBos: miedo al

compromiso, frivolidad de los conflictos, problemas familiares, vínculos de grupo, idealización de la amistad, un nuevo machismo basado en la dictadura del reloj biológico... La familia, la pareja y los amigos también han de ser únicos y anticonvencionales, y naturalmente, eso conlleva un devastador cultivo de la extravagancia.

Horrorizado por la idea de ser como los demás, proyecta ese miedo en los objetos. Además, su reivindicación de objetos cotidianos, pero de precio exclusivo, ha acabado por aumentar el precio de productos de primera necesidad, como el aceite de oliva virgen, o que antes eran muy baratos, como la fruta, las antigüedades agrarias o todo lo que muestre la etiqueta japonés u oriental. Incluso el café del Starbucks ofrece mil posibilidades de personalización o *customización*. El intento de evitar el lujo a toda costa está resultando carísimo.

La certeza de merecerse todo: Porque yo lo valgo

Tanto en frikis como en *dinks*, el consumo apenas se cuestiona. Como mucho, se demonizan la necesidad de pagar por bienes que se consideran esenciales en lugar de que ese dinero se destine a algo que desean, y en lo que invertirían de buena gana. El mismo mileurista que despotrica contra el precio de la vivienda, los seguros del coche y el propio coche, pagaría sin duda una cantidad altísima por cualquier elemento de ocio que realmente deseara.

La sociedad de bienestar ha jugado a ser garante de un nivel de vida caro de costear, pero imprescindible de mantener. Ahora, se pasa la factura. El mileurista ha identificado lo que desea con lo que debe poseer: cree que merece objetos y un determinado nivel de vida por sí mismo, sin necesidad de demostraciones o exámenes. Si L'Oréal popularizó el slogan *Porque yo lo valgo* como una expresión dirigida a las mujeres, en un momento quizás reacias a invertir en su belleza o su apariencia física grandes cantidades (y de continuo), el síndrome *Porque yo lo valgo* se ha extendido por toda la sociedad.

Se merecen los mínimos sociales por conquista histórica. Y se merecen los objetos de deseo porque la publicidad y la nueva mentalidad han popularizado la idea de que todo puede obtenerse, incluso la juventud eterna, o la inmortalidad. La posesión proporciona una descarga emocional inmediata, y por otro lado, es el único aspecto en el que los jóvenes pueden elegir y obtener un resultado rápido. Pueden elegir cantidad, marca, apariencia. Todo se ha *customizado*. Todo, siendo general, ofrece una apariencia de individual, de personalizado. Si ese objeto es único y está

destinado a una persona única, ¿cómo no pensar que se merece? El objeto pertenece a la persona tanto como a la inversa.

Por desgracia, cada paso consumista contraviene la capacidad de frustración, y aleja aún más la realidad: no tienen dinero, se contraen deudas constantes, no poseen capacidad para ahorrar para un objetivo grande porque infinidad de tentaciones pequeñas acaparan ese dinero. El mito de Tántalo se repite, pero aquí se les permite obtener pequeños sorbos de agua y bocaditos de fruta, que no hacen más que aumentar más el hambre, la sed y el consumo.

2.2. La necesidad de evasión: el mundo de nunca jamás

¿Qué hay tan terrible en la nueva cultura, en la vida de los jóvenes contemporáneos para que se contemple más que nunca la necesidad de evasión, y la insatisfacción que destila a través de nuevos hábitos o drogas de diseño?

En apariencia, nada: los padres *Baby Boomers* se ocuparon de suministrarles una buena educación, sobre todo formativa. Gozaron de mayor libertad que ninguna otra generación, incluso por encima de límites sexuales o morales que nunca se habían traspasado. Se les ha garantizado un sistema democrático, y la sociedad de bienestar: y sin embargo, parecen tan infelices como sus padres, o incluso más.

El problema de la satisfacción tiene tanto que ver con el proceso de satisfacerla como con conseguirlo. Cada generación debe asumir que lo que ha conseguido para la siguiente no cuenta como logro, sino como base vital: los mileuristas llegaron a la edad adulta con increíbles logros que no habían conseguido por sí mismos, y que además se les dificultaba enormemente modificar. A la acusación generalizada de la juventud como una entidad egoísta, acomodaticia y protestona, se le unía menos razones de protestar que nunca.

Cualquiera que se haya detenido a analizar la situación económica real de los jóvenes sabe que la diferencia entre la realidad y la expectativas creadas durante muchos años resulta desoladora: y si entran en juego además las demandas personales y no sociales, es decir, lo que satisface al individuo como entidad privada (placeres, aficiones, aspiraciones particulares), esta generación debería haber sido educada para afrontar con entereza la frustración y para obtener sin pérdida de energía o entusiasmo objetivos a largo plazo.

Ninguna de las dos condiciones se ha dado. El capitalismo no espera: exige aquí, ahora. El valor mágico de los productos (los mejores, los que hacen soñar, cambian la vida, lavan más blanco, hacen más guapo, más *sexy*) es instantáneo siempre que se formule el conjuro de obtenerlos en el momento.

Los *Baby Boomers* se mostraron fascinados por su propia juventud: la revolución pertenecía a los jóvenes, también el mundo, la sociedad, la empresa, todo rebosaba juventud. La suya. Ahora, bajo la consigna de

mantener esa apariencia a toda costa (la física, acudiendo a tratamientos o cirugía; la espiritual, sin cambiar un ápice las propuestas iniciales), la juventud es también su patrimonio. Eso incluye que la generación venidera no puede ser considerada joven, sino como niños, o como mucho, adolescentes. Y los mileuristas, tratados así, se comportan como tales.

La infantilización de la sociedad ha beneficiado enormemente a muchos sectores del mercado: desde los destinados a los más pequeños, a los que se han diversificado para jóvenes, o los que halagan a los mayores. La consigna de no envejecer ha hecho que quien quiere ser eternamente joven sacrifique a los que vienen detrás: Erzsébet Bathory, que sacrificaba doncellas para bañarse en su sangre y retener así su juventud.

Ya que los jóvenes siguen siendo ellos, al mismo tiempo se idealiza y se niega a la juventud actual: al mismo tiempo que se les halaga y se les hace destinatarios de un brillante presente, que no viven, se les niega expresarse, tanto sus opiniones como cómo se perciben como grupo. Eso hace que cada vez que pueden hacerlo, se radicalice su manera de hacerlo, con lo que crean un nuevo rechazo. Y así nuevamente.

Los niños se explican el mundo a través de la ficción, los cuentos, las interpretaciones mágicas y la confianza ciega en el futuro y los padres. Salvo a la última característica, los mileuristas se han aferrado a todas. Crecer y convertirse en sus padres resulta tan aterrador que han tramado distintos mundos de nunca jamás, en los que juegan, sin demasiado compromiso, a ser adultos.

Una generación escapista

El escapismo comienza, por ejemplo, por el desconocimiento o la negación de la realidad. Estructurados en grupos de amistades, más que en el entorno familiar, los mileuristas cierran los ojos ante otras realidades, y parecen distantes de los problemas mundiales, o el contexto social, político y económico que le toca. No desean enterarse, ni mucho menos profundizar en ello. ¿A qué puede deberse?

Por un lado se da una desconfianza cada vez mayor hacia los medios de comunicación que suministran noticias e ideología; detectan informaciones tendenciosas que les hace pensar que se deslizan mentiras e interpretaciones partidistas. Las imágenes pueden ser interpretadas de muchas maneras, y cuando se suministran por una sola fuente (el caso de la guerra de Irak, por ejemplo) la objetividad democrática queda fuera.

La información viene ahora acompañada de contrainformación, rumores e intoxicación mediática. Los jóvenes no saben qué es verdad y qué no. Internet no ayuda, porque no explica la fuente de las noticias, o le resulta fácil inventarla.

Por otro lado, el lector ideal de periódicos, así como el espectador de las noticias, no es el joven, mucho menos el mileurista. Ni la selección de noticias, ni su óptica, ni la importancia que se le da obedecen al interés que ellos tienen. El único entorno que tiene clara la importancia de la generaciones jóvenes es la publicidad, que ha captado su mezcla de desencanto, idealismo e inmediatez; pero que es altamente manipulativa, interesada... y efectiva.

Los jóvenes se hallan ausentes en los medios de comunicación, y son más objeto que sujeto de las noticias; por el contrario a lo que ocurría con la aparición de las cadenas de televisión en los primeros noventa, cuyos directores y creativos eran muy jóvenes, los nuevos canales no cuentan con ellos más que como presentadores (apariciencia) o becarios (trabajo no cualificado).

Se perpetúan roles: son víctimas, y por lo tanto carecen de poder, o son malcriados, y hacen mal uso de él. Las noticias crean una idea de la juventud negativa: pasivos, adictos, alocados, víctimas... A las mujeres jóvenes se les concede casi en exclusiva el papel de reclamo erótico o de maltratada. El centro de poder se desplaza con mucha facilidad a otro lugar y las declaraciones de los jóvenes refuerzan esa idea de ignorancia, pasotismo y placer a toda costa. Ya que no les interesa nada, se justifica que no se les destine nada, o que únicamente se ocupen del ocio: así, se les ofrece música, cine o programas con temática joven, pero no general.

Sin embargo, si algo define a los mileuristas en su dimensión de ocio es la necesidad de información y especialización que han favorecido frikis y BoBos. El joven desea saber, disfrutar e interpretar. Eso ha provocado que una gran cantidad de revistas alternativas, creadas por y para jóvenes, proliferen y se distribuyan en bares, locales o tiendas; por supuesto, también se han difundido por Internet. Esas publicaciones ofrecen por lo general una gran importancia a la imagen y una gran pobreza narrativa: frases cortas, síntesis explicativas, tipos grandes, y cumplen con el objetivo de reconocer a los jóvenes como grupo específico. Les informan de eventos o noticias que les interesan, se les entretiene porque la estética obedece a sus gustos, y tienen en cuenta los códigos y el presupuesto económico mileurista. Usan un lenguaje irreverente y parten de convenciones que se dan por generales entre ellos.

Las publicaciones específicas se nutren casi siempre de una publicidad que las convierten en gratuitas, o casi; y ahí rompen la interesante dinámica que iniciaban al reconocer que los medios generales tratan a los jóvenes como objetos o como consumidores, pero no como ciudadanos de pleno derecho; la publicidad de firmas asume que es imposible desligarse de la marca, que la comunicación puede ser sesgada o abiertamente manipulada por intereses comerciales y que ni siquiera la rebeldía juvenil puede cambiar eso.

Drogadictos sociales

Otra de las constataciones del escapismo es el uso frecuente que hacen los mileuristas de las drogas: en primer lugar del alcohol, pero también del hachís, la marihuana, la cocaína o las drogas de diseño. Tras la normalización que de las drogas blandas hicieron algunos *Baby Boomers*, la sensibilidad de los mileuristas frente a ellas es distinta a la de otras generaciones: no temen a las drogas, es más, les fascinan. Sólo temen la adicción.

Pero una droga lleva incorporada una gran capacidad adictiva, que generalmente se entiende mal, más como una forma de debilidad que como una necesidad creada. Se desvincula la realidad de la dependencia (que es dolorosa, limitadora y peligrosa) de la realidad de la droga (que suministra el placer, la evasión y el espacio de encuentro).

Una sociedad más restrictiva como era la franquista había regulado con precisión los momentos de evasión: se sublimaba hacia lo religioso, se manifestaba en fiestas populares y se restringían sobre todo al sexo masculino. La satisfacción social de cumplir con la obligación compensaba en cierta medida la necesidad de escaparse. Las obligaciones invisibles del entorno mileurista ofrecen una frustración mayor: ni existen modelos sociales o roles definidos, ni es posible seguirlo, de manera que se reivindica con mayor fuerza la diversión escapista.

El modo de empleo de las drogas han cambiado: han perdido su carácter iniciático o religioso, y se han convertido en cotidianas. El problema no radica únicamente en la cantidad consumida, sino también en la rapidez con la que se hace, como si lo que se deseara es un entumecimiento brusco, una salida de la lucidez que justificara perder las formas. Lo importante no es beber, sino emborracharse: ni consumir una droga, sino colocarse.

En la forma de vida mileurista parte de ese escapismo se detecta en una capacidad autodestructiva muy propia de los adolescentes: el coqueteo con el riesgo como un modo de demostrar la valentía y de conquistar un límite más.

En lo que se refiere a las drogas y los mileuristas, el mejor ejemplo fue la ruta *destroy*, o la famosa *ruta del bakalao*.

A lo largo de los años ochenta se habían establecido en España un gran número de discotecas, concentradas en las zonas turísticas, sobre todo en Levante, donde en 1982 se abrió Barraca, especializada en sonidos electrónicos que los visitantes alemanes importaban. Cerca de Barraca y en los años siguientes se abrieron Chocolate, Puzzle y Spook Factory, cada cual especializada en una variante de música tecno, o bakalao y la ruta entre discos en los alrededores de Valencia se popularizó; para aguantar las maratónicas sesiones de música y baile, se recurrían a drogas de diseño basadas en las anfetaminas.

La competencia con los locales más tradicionales, que cerraban a las 5 o 6 de la mañana hizo que las discotecas ofrecieran un programa matutino: después de una noche de fiesta, los jóvenes amanecían en las discos, cuyos DJs continuaban pinchando música hasta bien entrada la tarde.

En 1987 se generalizó el uso del *speed*, una metanfetamina que se esnifaba y que provocaba efectos más duraderos y menos intensos que la cocaína. Además, era más barata. Mezclada con el alcohol, era un combustible peligroso pero eficaz para pasar dos o tres días bailando casi sin interrupción. La ruta del bakalao se popularizó de viernes por la tarde a la madrugada del lunes, con un trayecto casi fijo entre discotecas; la atracción de la música bakalao se aderezaba con el uso de las metanfetaminas, que se completarían con la incorporación de los ácidos y la posibilidad de encontrar sexo sin dificultades.

En los primeros noventa, la ruta estaba establecida, y ejercía una enorme fascinación: desde todas las ciudades los jóvenes salían la noche del jueves hacia Valencia, buscaban las discotecas más afamadas, y cuando no podían acceder a ellas por falta de dinero o por cierre, continuaban la fiesta en los párkings; las radios de los coches sonaban a todo volumen, se continuaba bailando y esnifando, y daba como resultado una mezcla de *after hour*, botellón anticipado y festival musical. Todos los records (de gente, de número de DJs, de asistentes) se baten, entre ellos los de accidentes de tráfico, que comienzan a generalizarse cada noche de fiesta. Las nuevas televisiones privadas centraban gran parte de su información sobre jóvenes en la ruta del bakalao y en las consecuencias de las drogas y de los accidentes.

A mediados de los años noventa la alarma social y el hartazgo desplazaron la atención de la ruta del bakalao a medios de diversión masivos menos llamativos, pero que perseguían los mismos efectos: grandes masas de

jóvenes, unidos por el consumo de música similar y de drogas asociadas. Era el momento de los macrofestivales y los botellones, que experimentaron la misma exclusividad juvenil, la misma censura externa que la ruta discotequera.

El fenómeno del botellón

En otras zonas en las que ni la cultura del tecno ni las discotecas se encontraban tan disponibles, se popularizaron los encuentros de jóvenes en las calles. A mediados de los noventa, sobre todo en los momentos más cálidos del año y por la influencia de fiestas y verbenas populares, muchos jóvenes se reunían no dentro de los bares, sino frente a ellos; así resultaba más fácil ver y ser visto, y el volumen de la música no impedía charlar. La importancia de la música se desplazaba a la reunión social, con la ayuda sobre todo del alcohol como desinhibidor.

El precio del alcohol aumentó progresivamente y el gusto por los combinados también, hasta el punto en que los jóvenes debían destinar una parte importante de su dinero a comprar las bebidas. Como resultado, optaron por comprar refrescos, hielo, vasos y alcohol en supermercados o tiendas baratas, que les vendían una botella por el precio de una copa, y reunirse en los lugares habituales para beber. Comenzaba el botellón.

Cuando las zonas se definieron, los vecinos, y también los locales, se quejaban de los efectos del día después: basura, desechos, orines y vómitos. Los padres temían también que un acceso más barato a la bebida trajera problemas aún más graves. La reacción más normal fue que los supermercados controlaran con más cuidado que no se vendiera alcohol a los menores de edad, lo que no solucionaban nada, en parte porque muchos componentes del botellón superaban con holgura esa edad, y también porque había mil trucos para conseguir la bebida.

En los últimos tres años, el botellón ha representado una lucha por el dominio de las calles, y también una muestra de las fricciones generacionales. Los adolescentes y jóvenes que llevan a cabo ahora los botellones pertenecen, por lo general, a la franja de edad que sigue a los mileuristas. Mucho más agresivos y seguros de sí mismo, han esgrimido, sin demasiado sentido, que el botellón refleja una inquietud cultural y social.

El botellón es la prueba viva de que durante años las campañas antidrogas se han centrado en las consideradas más perniciosas, mientras que se ha dejado fuera el papel del alcohol como droga social. Como país productor de vinos y licores, la cultura gastronómica y de ocio española se ha apoyado

siempre en el alcohol. Barato y aceptado, ha pasado desapercibido hasta que se ha implantado como una droga mayoritaria.

Incluso el tabaco ha sufrido una restricción enorme en el ámbito público que nadie se ha atrevido a realizar sobre el alcohol. El botellón garantiza que el alcohol resultará más barato, que no habrá medidas de censura hacia los menores, que pueden emborracharse sin problemas y muestra al mismo tiempo la ausencia de otras opciones de diversión.

Cuando el botellón se convierte en un derecho de los jóvenes, se dejan de lado cuestiones importantes, como la edad de los que intervienen en ellos, para muchos de los cuales es ilegal beber alcohol; el proceso de degradación de las calles; la situación de los vecinos; la necesidad de una generación de vertebrarse a través del consumo de una droga.

Se repite una y otra vez que el problema del botellón delata un problema de educación; no es cierto. Ni padres ni formadores alientan que se haga y las generaciones mayores lo evitan. El botellón habla de una adolescencia altamente impulsiva, que lleva el individualismo al extremo, y que, a diferencia de los mileuristas, ha adquirido una conciencia de generación que emplea y esgrime. Su necesidad de evasión es aún más acuciante que la de los mileuristas, debido a las nuevas presiones que sufren, y por lo tanto recurre a formas instantáneas, como las drogas o la inmersión en juegos cada vez más sofisticados. Se niegan a ver los efectos negativos que ese modo de ocio puede conllevar para ellos (como buenos adolescentes, o jóvenes que aún creen que lo son, viven el presente de manera absoluta) y para los demás: su mundo es el mundo, sus necesidades una imposición.

En el botellón, al igual que en la ruta del bakalao, no deben buscarse expresiones ideológicas, sino una válvula de escape a la presión ejercida. Y una evasión de grupo, además, que busca el centro de las ciudades, y que se deja llevar por el efecto de imitación. Cuando se convierte en una lucha entre generaciones, se dota de significado a un modo de diversión que no lo tenía. Entonces se ponen de manifiesto las contradicciones sociales: los jóvenes se quejan de que se destinan a controlarlos fuerzas policiales que podrían destinarse a otras causas. La calle es de todos, afirman, y junto con la conquista de poder a través de la compra de objetos y alcohol se da la conquista territorial. Argumentan también que los drogadictos cocainómanos no sufren ese control, que no se les habilitan espacios para reunirse ni otras actividades a su alcance.

El fenómeno del botellón tiene su reflejo entre los mileuristas en su amor por los macroconciertos y los festivales: como una forma de expresión más

sofisticada y madura, el festival aún a un grupo de edad afín y una afición: la música.

Las cadenas musicales, tanto de televisión como de radio, los MP3, y la cultura juvenil han centrado en la música gran parte de los rasgos de identificación generacional: sin embargo, los festivales son heterogéneos, y muchas veces no son tanto los grupos que tocan como el propio fenómeno del festival el que atrae a los jóvenes.

El festival de conciertos completa otra serie de celebraciones como la poesía, o el cine, y la perfecciona: sin espectacularidad, un festival no es nada. Funcionan como empresas, con sus habituales, sus fans ocasionales y con la creación de los fenómenos de culto. Cuentan con grupos conocidos que garantizan la atención y con una estela de músicos menos prestigiosos, pero que se labran así futuro y fama. En torno a los festivales, casi siempre veraniegos, se mueven otros satélites que resultan beneficiados, como los comercios de ropa y de chapas alternativas, o de recuerdo; los tatuadores o implantadores de *piercings*; las empresas de comida rápida o sus distribuidoras, incluidas las de bebidas alcohólicas y refrescos; la industria hotelera de la zona, y además, la telefonía móvil, que patrocina algunos de ellos.

Los festivales se organizan como botellones a lo grande, a lo largo de varios días, con la aprobación y el presupuesto de los ayuntamientos y con zonas *vips* delimitadas. Las entradas oscilan de precio, pero marcan que se trata de una iniciativa de prestigio y singularizadora, frente al botellón, que parte de una estructura democrática. Tanto el acceso a las drogas como la posibilidad de encuentros sexuales se dan por sobreentendidos, y forman tanta parte de los festivales como la propia música. Es otra manera de escapar, cuya selección se inicia por el gusto musical y culmina con la capacidad económica.

En toda evasión se reivindica por parte de los jóvenes un espacio propio que, cuando no se concede, ha de organizarse de manera puntual, los fines de semana, durante los veranos, o en el espacio cibernético.

Y por parte de los padres se da una nostalgia de la autoridad, una sensación de pérdida de poder y control. La llamada de atención que los *mileuristas* no han conseguido se llevará a cabo, posiblemente, de mano de la siguiente generación.

El resentimiento como virtud

También estos adolescentes, herederos de los mileuristas, ponen de manifiesto un nuevo conflicto: la violencia juvenil. Sea entre niños, de hijos a padres, o como miembros de bandas, entre chicos criados en paz y tolerancia se aprecia un aumento preocupante de la violencia.

En los mileuristas, esa violencia no se ha desarrollado, y adopta la expresión de resentimiento: un rencor que se ha formado a partir de la frustración, la angustia, las tensiones impuestas, y sobre todo, su incapacidad para realizarse del modo en que desea. La sociedad capitalista agrava esa dicotomía, y promete que, a través del consumo, se logrará la satisfacción. Todos los objetivos actuales son alcanzables, siempre que medie dinero de por medio: por lo tanto, ninguno de ellos satisface ideales, sino deseos.

El mileurista no encuentra una satisfacción ni en los valores que ha desarrollado, porque se encuentran obsoletos, ni en los de sus padres, que rechaza. No obtiene manera de realizarse tal y como pensó, ni puede expresar una protesta abierta en una sociedad que no le permite ese espacio. Además, el hedonismo del consumo le ha imposibilitado para soportar con gracia el dolor, las críticas, o los conflictos. Sin embargo, su vida le conduce constantemente a esos tres estados.

La crítica que realiza es constante (encuentra pocas cosas que realmente le gusten), anónima (por miedo al castigo, y también porque ha descubierto que al no existir la censura de la identidad, puede explayarse mejor) y virulenta (no hay límites ni responsabilidades, por lo tanto sirve como perfecto desahogo). Basta echar una ojeada a los foros de Internet, en los que personas anónimas, unidas por un interés común, expresan su opinión sobre todo: compras realizadas, programas de televisión, personas conocidas, política, economía, cultura... Abundan los insultos, y los ataques injustificados, que a su vez dan motivo para que personas que defienden visiones opuestas se descalifiquen y ataquen entre sí. Muchos de los programas del corazón, o de entretenimiento, fomentan las disputas, los careos y las infamias.

Unido a la envidia, el defecto nacional, el resentimiento se cultiva bajo la apariencia del espíritu crítico, la moral o la declaración de intenciones. Cuando todos los valores resultan movedizos, sólo queda aferrarse al prestigio de las carencias.

El miedo al compromiso

Si las carencias se convierten en elementos que califican a una persona, y no son necesariamente negativos, es fácil encontrarse con una generación que se encuentra cómoda definiéndose como egoísta, o con miedo al compromiso.

Del mismo modo que con la etiqueta «perdedor», se liberan así de la tensión de ser perfectos, o del dolor que supone afrontar errores.

Los mileuristas han reclamado durante años mayor responsabilidad laboral, y mejores condiciones económicas, y han visto como esos compromisos se les negaban o se posponían. Y sin embargo, se han negado de pleno a aceptar compromisos amorosos, o familiares, como otra manera de rechazo ante lo establecido, y sobre todo, como un extraño acto de coherencia: sin la seguridad financiera y de autoestima que ofrece el prestigio laboral, ¿cómo puede afrontarse con sensatez una estabilidad amorosa?

En el fondo del miedo al compromiso afectivo hierven una serie de características que se refuerzan entre sí: está el miedo a equivocarse, y a pagar altas consecuencias por ello. La idea del matrimonio único o de la media naranja ha desaparecido, pero muchos mileuristas han vivido sus consecuencias, y no quieren enfrentarse a una ruptura de la pareja reconocida como tal.

Cuenta también el miedo a perder la libertad o a sentirse sofocado: el varón tiene, históricamente, la sensación de ser un objeto de deseo según avanza su edad y no adquiere compromisos, mientras que la mujer pierde esa cualidad si se mantiene demasiado tiempo soltera. La libertad del hombre, por lo tanto, tiende a ofrecerle más beneficios superada la treintena. Eso favorece un deseo de mantenerse en ese estado el mayor tiempo posible, con la consiguiente desesperación de las mujeres, que sí buscan un compromiso, sobre todo cuando la edad aumenta y su *cotización en mercado* desciende.

Está el concepto del amor como obsesión, como algo doloroso, adictivo y del que es imposible disfrutar sin sufrimiento. Todas esas características justifican el miedo al amor, a la pareja y a lo que conlleva.

El mileurista no tiene dificultades para encontrar un compañero sexual, pero sí en establecer una relación que satisfaga a las dos partes. O bien prevalece el *porque yo lo valgo*, y por lo tanto nunca se encuentra la pareja perfecta, o el ideal de relación es demasiado rígido y frustrante, o al miedo a no controlar la situación paraliza tanto que la salida es escapar. El que gran parte de su educación haya sido mixta no ha servido, al parecer, para conocer mejor a los géneros; ni tampoco la tolerancia con la homosexualidad ha disipado los conflictos de las parejas de cualquier tendencia.

El miedo al compromiso evidencia que nuevamente las expectativas no se ajustan a la realidad: en el apartado *El corazón* se tratará este tema con más detalle, pero baste por ahora decir que la conquista se sigue viendo como una estrategia, en la que se muestra lo mejor del otro: por lo tanto, hay una

retórica de gestos, o de palabras, que casi siempre se ve recompensada con la obtención de la sexualidad. Cuando llega la posibilidad de descubrir a la persona bajo la máscara o la estrategia, la presión de estar a la altura de lo que se mostró se hace insoportable: alguien que no se compromete no corre el riesgo de sentirse inferior o decepcionado. Ni tampoco se le obliga a enfrentarse con los cambios vitales que supondrían una pareja, quizás una convivencia, una nueva casa, un planteamiento económico nuevo...

Siempre, en otro lugar, hay algo mejor

En su eterno desplazamiento (de casa en casa, de trabajo en trabajo, de relación en relación) el mileurista ha aprendido a sentirse cómodo en movimiento. Los viajes no sólo permiten reencontrarse con amigos, satisfacen la necesidad de conocimiento o diversión: forman parte de su vida. Desde los intercambios por idiomas al verano en Irlanda, al fenómeno Interrail, que tantos mileuristas han llevado a cabo, la idea de viaje ha cambiado radicalmente en los últimos años.

El Interrail era un billete que RENFE, en colaboración con otros ferrocarriles europeos, vendía, y que daba derecho, por un precio único, a emplear un número ilimitado de trenes en la zona para la que se comprara, durante un determinado periodo de tiempo, siempre que hubiera plazas en ellos. Con un margen de edad en un principio, que luego se anuló, cada Interrail ofrecía la posibilidad de plantearse un viaje barato y personalizado. Era todo lo contrario a un viaje organizado, y se prestaba a toda la improvisación que el carácter permitiera.

Como viaje barato, solía ir asociado a estancias en albergues, campings y hostales. El mileurista recorría Europa y parte de África con una mochila, generalmente durante el verano, y con varios amigos que se apuntaban a la experiencia. Completaba de forma casi perfecta la experiencia como Erasmus y podía combinarse con festivales, conciertos, visitas a museos...

El Interrail perdió popularidad con el advenimiento de las líneas aéreas de bajo coste: por unos pocos euros, y desde aeropuertos secundarios, el viaje nacional, internacional o intercontinental cobraba forma. Una de las pocas ventajas del euro fue que unificó monedas, y de cierta manera incentivó el viaje dentro de su zona: no más divisas ni cálculos.

El viajero mileurista huye de las masas, personaliza, *customiza* el viaje, evita las promociones y busca a cambio las ofertas: sabedor de que el tiempo es una inversión, no solicita en bloque sus vacaciones, como hacían los *Baby Boomers* en sus largas estancias de un mes fuera: una escapada a bajo precio a

Londres, o a Berlín, las sustituye. Para ellos se inventó el turismo rural, por ejemplo, o los hoteles con encanto. Y los destinos preferidos tienen más relación con el ocio, la opción sexual y su exotismo que con la moda puntual, o el turismo en grupo.

El viaje es, junto con el tiempo libre, la nueva aspiración de los mileuristas. Como turistas, y no como viajeros (es decir, con la idea de regresar), en cada posibilidad que se les brinda intentan salir de su entorno, y regresar con pequeños recuerdos y sobre todo con fotografías digitales que, debido a su bajo precio, documentan no sólo los destinos típicos y las postales tradicionales, sino también una visión personal, emotiva, del propio viaje. Fotos de los pies, de los detalles olvidados, incluso con contenido erótico, han sustituido las poses más rígidas: ya no hay quien curioseé en ellas durante el revelado y el viaje se hace menos público y más osado.

Menos original, también: cada vez más gente ha estado en más sitios. Encontrar un destino novedoso resulta cada vez más difícil, de manera que se explora lo inmediato, se evalúan hoteles poco conocidos, o modos de turismo que privilegian la piel, el gusto o actividades diferentes.

Además, desde que Internet planteó el viaje a través de pantallas, o la PlayStation una realidad virtual tan convincente como la convencional, la necesidad de aventuras o de viajes se ha visto mitigada... e incentivada, a la vez.

El sueño del chiringuito en la playa

Para una generación tan urbana, el viaje y el regreso a lo rural supone otra variante de la válvula de escape: la ciudad, el mal necesario, es a la vez madre y madrastra. En los momentos de mayor tensión, con vacaciones breves y poca posibilidad de reducir el ritmo diario, se idealizan viajes, escapadas, y sobre todo, una frase repetida hasta la extenuación: *voy a dejarlo todo y montar un chiringuito en la playa. O irme al monte a plantar lechugas.*

Esa necesidad se ha convertido en una parte tan importante del imaginario mileurista que una publicidad tan avispa como la de Coca-Cola la recogía en su última campaña *Haz lo que bebas*: después de una serie de aplausos dirigidos a quienes rompen las normas establecidas por la sociedad por y para mileuristas, remata: *y una ovación para el que lo dijo y lo hizo: dejarlo todo y poner un chiringuito en la playa.*

El chiringuito en la playa representaba el sueño que alejaba al trabajador estresado de la carga, la competencia, las demandas excesivas, para retomar el ritmo eterno de las vacaciones: la playa, el mar, la comida y la bebida del

chiringuito, las fiestas y la vida nocturna. La música elegida, (lejos de los éxitos machacones del verano) y la temperatura perfecta. Tiempo, ocio y relax.

Era la visión del veraneante hacia el nativo, el que vive en el Edén idílico, y no dejaba del todo fuera la visión del emprendedor que triunfa, aunque a través del *downshifting* frente a la opción, excesivamente ruralista del plantador de lechugas. Todas las ansias, los miedos y las aspiraciones del mileurista, y de la herencia *hippy* del *Baby Boomer* se encontraban en esa frase. Lástima que en la mayoría de los casos, sólo fuera una frase. El mileurista, como ciertas plantas raras, no sobrevive demasiado tiempo fuera de su habitat...

El nuevo exotismo: la fascinación por Japón

... salvo que ese habitat sea imaginario, como puede darse en lo cibernético, en que se recrean salas, casas, en incluso civilizaciones, o que sean el icono por excelencia del exotismo: Japón.

Japón es para el mileurista lo que India para el *Baby Boomer*. Una fuente inacabable de inspiración, el origen de tendencias para vestirse, jugar, trabajar o incluso comer. Se encuentra lo suficientemente lejos, y es lo suficientemente caro como para que se haya preservado como destino prestigioso: y su lenguaje y su cultura, aunque importada cada vez con más brutalidad, continúa el misterio. El *ikebana*, el *sushi*, las artes marciales, los robots, los *manga* y *anime*, la combinación de tradición y actualidad rabiosísima convierten a Japón en un territorio legendario, donde los tsunamis son tan posibles como el alquiler por horas de colegialas de compañía, la ropa extravagante de los adolescentes o la existencia de las geishas.

A su vez, Japón corresponde con su interés por el flamenco, los toros, el fútbol y la comida española. El mileurista ha crecido con hordas de japoneses que, con lo último en tecnología, bajaban de un autobús para fotografiar Toledo, la Torre del Oro, la Alhambra y la Sagrada Familia en el mismo día, que arrasaban en Loewe y Zara y que proseguían su viaje por Europa cargados de figuritas de Lladró. Mucho dinero, pocas vacaciones y ganas de viajar parecían un cóctel sin futuro para el español medio que veraneaba durante todo el mes de agosto en su destino habitual y con hábitos fijos.

Los mileuristas se parecen ahora más a aquellos japoneses de lo quizás desearan, pero no los identifican con los que creen que habitan Japón. Japón exporta karaoke y Humor Amarillo, pero también a Kitano, la marca Sisheido y a Nobu. La película *Lost in Translation*, de Sophie Coppola, ambientada en

Tokio, no se limitaba a hablar de la soledad en un país extranjero; trasladaba a la ciudad por excelencia, la japonesa, la desubicación actual, la necesidad casi compulsiva de encontrar un alma gemela y de dejarla escapar luego.

Sólo la creciente importancia que China esta logrando en el aspecto económico distraen la atención de los encantos japoneses: kimonos, aparatitos, restaurantes, cómics, series, ciclos de cine, tecnología al nivel más alto, una estética pornográfica distinta y un concepto de honor incomprensible no hacen sino aumentar la intensidad del romance.

2.3. La nueva espiritualidad

Católicos, pero no practicantes

La Iglesia que vio nacer a los mileuristas tenía poco que ver con la que siguió la vida de los *Baby Boomers*. Durante los primeros años de la Transición, la Iglesia Católica perdió parte del poder unitario que habían mantenido durante la Dictadura: una Iglesia conservadora, fiel al régimen franquista, que ejercía su influencia sobre la educación (Jesuitas, Maristas, Hijas de la Caridad...), condenaba los métodos anticonceptivos, desconfiaba del comunismo y de las tendencias izquierdistas y se mostraba reacia a cualquier cambio en la situación de la mujer. El catolicismo era la religión oficial, la única legal, y aparte de su poder económico y de su estructura jerárquica y reticular ejercía una presión invisible sobre cualquier movimiento realizado. Había legitimado el régimen de Franco, y había asegurado su propio poder a través de los Concordatos. El de 1953, por ejemplo.

Frente a una mayoría conservadora, se popularizó en los años setenta un modo distinto de concebir la religión: el socialismo, interpretado como una manera de reparto de riqueza más afín al mensaje de Jesús, hizo que muchos sacerdotes se involucraran en la lucha obrera, y se unieran a la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) o a las Juventudes Obreras Cristianas (JOC), dos asociaciones que, impulsadas por la Iglesia durante los años 50, indicaban que se estaba preparando el clima necesario para un nuevo concilio. Esos sacerdotes burlaban la prohibición de reunión durante el franquismo, y prestaban los locales de las parroquias para conferencias y encuentros de marcado carácter político.

Parte del clero vasco, además, mostraba su simpatía hacia el nacionalismo; en 1974, el obispo de Bilbao, monseñor Añoberos, creó un cisma entre la Iglesia y el Estado debido a una homilía que defendía las peculiaridades del pueblo vasco. ETA había asesinado muy poco antes a Carrero Blanco, e insinuar algo parecido a una defensa provocó que el gobierno de Arias Navarro lo condenara a arresto domiciliario. El Vaticano tuvo que intervenir, amenazó con excomunión, y el obispo quedó libre.

Este incidente, y la aceptación progresiva de lo acordado durante el Concilio Vaticano II marcaron una distancia cada vez mayor entre la Iglesia y el Estado. A ambos les convenía dar esa imagen; así como se habían

reforzado durante cuarenta años, era necesario que organizaran por separado su campaña de rehabilitación.

El Concilio Vaticano II había sido impulsado por el Papa Juan XXIII en 1959, y sus sesiones tuvieron lugar entre 1962 y 1965. Se buscaba un resurgimiento de la fe católica y una actualización de la Iglesia, que estaba claramente fuera de contacto con la realidad de los últimos años, y las tremendas transformaciones del siglo xx. Los padres conciliares revelaban procedencias muy diversas, y numerosas discrepancias que se han alargado durante cuarenta años.

La renovación esperada se llevó a cabo; se relajó la disciplina religiosa, se reformó la jerarquía eclesiástica y se introdujeron importantes modificaciones en el orden de la misa: se le daba prioridad a la celebración del domingo, se desbancaba el latín y se flexibilizaba el uso de cantos religiosos. Incluso Bob Dylan o los Beatles fueron adaptados para uso católico.

Sin embargo, no se resolvieron inquietudes que muchos cristianos mostraban: la actitud sobre la sexualidad no se modificó, ni tampoco la posibilidad del matrimonio de los sacerdotes; eso supuso también un éxodo de religiosos, que se casaron, y en algunos casos continuaron celebrando la eucaristía, y una disminución de fieles.

Los más críticos se dolieron de la pérdida de valores reales de la Iglesia, y de la normalización de antiguas herejías o conductas pecaminosas, como la libertad religiosa o el falso ecumenismo, que otros Papas, como Gregorio XVI o Pío XII habían censurado. Se visibilizó el conflicto entre los liberales y los conservadores; los primeros defendían la idea de la justicia, el compromiso católico con los pobres; los segundos se aferraban al dogma y parecían olvidar la realidad. La encíclica «De la vida humana» de Pablo VI, el Papa que clausuró el Concilio, que trataba sobre el control de la natalidad y el sacramento del matrimonio, no acercó posturas. Todavía en 2006, el Papa Benedicto XVI habló de la necesidad de una revisión del Concilio.

La Iglesia parecía aún alejada de la realidad social y cultural de los fieles, y la aplicación del Concilio Vaticano II coincidió en España con una apertura ideológica que encajaba mal con las contradicciones católicas. Durante la infancia de los mileuristas, los ritos católicos se convirtieron en señales de *status* económico, y también en un resto ideológico cada vez menos necesario de uniformar la sociedad. Las festividades religiosas (Semana Santa, Reyes, Santos) se siguieron celebrando, pero en muchos casos se superponían a vacaciones y ocasiones laicas. Los niños eran bautizados, aunque algunos padres lo posponían a cuando ellos mismos pudieran elegir una confesión.

Recibían la Primera Comunión en una fiesta, con regalos, vestidos especiales y un festín, y previa la enseñanza de varios meses de catequesis que los preparaba para ese sacramento.

La asistencia a la misa dominical se reducía de manera significativa durante la adolescencia, y muchos mileuristas no recibieron la Confirmación. Sin embargo, un número elevado de ellos, por presiones familiares, por la espectacularidad de la ceremonia o por creencias personales, decidieron casarse por la Iglesia, un giro sorprendente, si se tiene en cuenta que la mayoría de los mileuristas se consideran católicos, ya que han sido bautizados, pero no practicantes, agnósticos o ateos; y aún más extraño si se considera que, por encima de los escándalos protagonizados por la Iglesia como institución o por sus representantes (pedofilia, parcialidad en conflictos internacionales, retrasos en pedir perdón por faltas) en los desacuerdos de los jóvenes con el catolicismo pesa sobre todo la actitud que ésta mantiene respecto a las relaciones sexuales.

Una sociedad que defiende y practica la convivencia antes del matrimonio, las relaciones sexuales prematrimoniales, la igualdad de sexos, la fecundación asistida, la equiparación de derechos de parejas homosexuales, el control de la natalidad, el divorcio, incluso el aborto, elige, sin embargo, casarse por la Iglesia, para desobedecer luego todos sus mandatos. Puede que influya la autoridad que durante siglos la Iglesia Católica otorgó al vínculo, la incoherencia, o el deseo de complacer a la familia. Pero no deja de llamar la atención.

Frente a la apertura y los intentos de renovación del Concilio Vaticano, cobraba cada vez más importancia un movimiento cristiano fundado en los años 30 por el español Escrivá de Balaguer: el Opus Dei, o la Obra, que, con una estructura interna propia, y legitimada por la Iglesia Católica, perseguía la difusión de la fe católica y la consagración de la vida cotidiana como camino de santidad.

El Opus Dei, una minoría numérica casi insignificante respecto al número de católicos, ha gozado sin embargo de una gran influencia durante los últimos años; y en torno a él se han tejido conjeturas inacabables. Su fundador obtuvo primero la categoría de prelatura personal para su iglesia, y luego fue canonizado, también por Juan Pablo II, en 2002: se consideró que las bases del Opus (su visión santificadora del trabajo y su voluntad catequizadoras) fueron una inspiración divina. La cercanía y el aliento del Vaticano al Opus se debe a que lo considera un ejemplo para los laicos, fomenta la oración, el cumplimiento del deber y el ejercicio de la caridad: un ejercicio de

democratización, como si se dijera, que permite que todos los estamentos de fieles puedan acceder a la santidad.

El que Escrivá de Balaguer obtuviera la prelatura permitió que la estructura interna del Opus se compusiera de manera diferente a la Iglesia Católica. Aparte de sus sacerdotes, cuenta con laicos, divididos en numerarios, agregados y supernumerarios, que se diferencian en su grado de entrega a la Obra y en el voto de castidad.

Al igual que en la Iglesia Católica, las mujeres no pueden ser ordenadas sacerdotes; la pertenencia al Opus, o *fidelidad*, pasa por un compromiso de entrega a la Obra, y defensa de esta, a la que los directores pueden ayudarles. Hijos ilegítimos, de parejas divorciadas, adoptivos, personas que estén esterilizadas o divorciadas, enfermas, impedidas o menores de edad son objeto de un estudio especial y pueden ser rechazadas.

Los miembros del Opus se comprometen a la formación religiosa, al sustento económico de la Orden, al proselitismo y a la fidelidad dogmática; el abandono del Opus sólo se concede a través de una dispensa. El control al que se someten es muy alto: su vida privada, sus lecturas, aficiones, relaciones y su intimidad pasan por los consejos y la supervisión de la Obra, como lo hace la enseñanza que se les suministra. La segregación por sexos es una costumbre común.

El voto de pobreza de numerarios y agregados les limita además el uso de tecnología para su uso personal, la asistencia a celebraciones, el uso del teléfono, el intercambio de regalos... Han de consultar sus viajes, dan prioridad a la pertenencia al Opus sobre la familia de origen, y deben cumplir con la consigna de mortificar el cuerpo.

Sus críticos hablan de unas creencias muy conservadoras, que han concentrado el sector más reaccionario de la Iglesia, de una estructura rígida, y un poder económico enorme, conseguido en parte por la financiación de sus fieles, lo que ha recibido acusaciones de comportamiento sectario. El Opus ha creado colegios y centros de enseñanza superior con una excelente reputación educativa, pero con una moral ultraconservadora; los Jesuitas, dedicados también a la educación, han sido responsables de algunos de los ataques más directos: y las acusaciones de elitismo, codicia, oscurantismo, coacción, explotación... se han sucedido hacia una orden que cuenta entre sus miembros a importantes personalidades políticas y del mundo de la economía. Independientemente de su valía, un profesional que siga al pie de la letra la doctrina del Opus incurrirá en diversas faltas antidemocráticas, por mucho

que la caridad intente remediarlas; y está por ver hasta qué punto su imparcialidad se vería afectada, en caso de tener que emplearla.

Pero quizás el Opus no posea, en la realidad, tanto poder como se le atribuye; quizás Dan Brown, cuando los convertían en poco más que en diablos fanáticos en *El código Da Vinci* empleara una licencia poética que fue interpretada al pie de la letra.

Lo que es cierto es que estas dos tendencias dentro del catolicismo, tanto la más liberal como la más conservadora, demuestran que la sociedad está lejos de ejercer un laicismo absoluto: y que por rechazo o por imitación, por contacto o por activismo, las prácticas religiosas continúan teniendo importancia dentro del entorno mileurista.

Los que sí practican

Frente a una estructura oficial que despierta poco respeto, la figura de Jesucristo no ha perdido vigencia para un gran número de mileuristas. Su labor como ideólogo, comunicador, filósofo, o simplemente un héroe de referencia se valora como un elemento aparte al mensaje de la Iglesia.

El relativismo moral de los *Baby Boomers* (es bueno aquello que me conviene) y de los mileuristas (es bueno aquello que me dicen que me conviene), las enseñanzas éticas de los Evangelios se presentan como un modelo firme y más o menos coherente. El respeto por el otro, la capacidad de sacrificio, el amor por encima de todas las cosas (aunque en el caso de los mileuristas con una dimensión romántica añadida), la adoración a dioses falsos que no tienen peso, la dificultad de distinguir entre el bien y el mal aún tienen sentido como base de un sistema moral.

Resulta imposible desligarse de la cultura judeocristiana de Occidente en veinte años; la necesidad de una norma absoluta que dicte lo óptimo y lo pecaminoso no se ha superado. En los últimos años, los gobiernos, los jueces, la televisión o las modas han dictaminado que lo censurable se volvía digno de respeto, que lo venerado se hundía: desde la condena de la homosexualidad al *orgullo gay*, de las familias numerosas a la fecundación *in vitro*, de la censura al destape, nada de lo que nos enseñaron parece ser permanente: y frente a una fuerza moral real, sólo queda adscribirse a dos leyes universales: la ley del amor, cercana a las enseñanzas de Jesús, o la ley del dinero, la dictada por los imperativos capitalistas. Fuera de éstas hay pactos morales, contradicciones, o revisiones de actos pasados. Pero no hay verdades absolutas.

Esta tibieza moral, y la exigencia de los nuevos tiempos de creencias más flexibles y que den cabida a otras actitudes vitales, han tenido su reflejo en la desacralización de lo religioso, y en la indiferencia general hacia lo que obliga a contradecir, por dogma de fe, lo ya establecido por la sociedad. El talibán afgano no despierta más simpatía que el supernumerario del Opus y su familia inacabable, pero tampoco se salva quien no se comporta de acuerdo a una ética coherente o no la define.

La religión ha marcado una conducta determinada por la rigidez de convicciones, y necesita una reinterpretación cuidadosa en una sociedad dispuesta a vender su alma al diablo.

El alma en venta

Literalmente.

La primera alarma se produjo, hace ya unos cuantos años, desde la empresa de subastas cibernética eBay: un jovencito de 14 años, de Nuevo México, había puesto a la venta su alma, inducido por un capítulo de los Simpson en el que Bart hacía lo mismo.

¡Vendo mi alma! ¡Barata! Necesito dinero y lo necesito ya. Por poco dinero recibirá un documento que garantiza la posesión de mi alma. Haga ahora su oferta.

El demonio televisivo tentaba a este chico, que no tuvo mucho éxito: antes de que eBay retirara la puja, no había pasado de los 5 dólares. Le siguieron un canadiense, y luego una mujer chilena, mucho más ambiciosa, que pedía 4300 dólares. *Señor Diablo*, decía ésta, *aquí tiene usted un alma preciosa, poco usada y muy barata.*

Esta mujer, una economista de 43 años, protestaba así por su situación monetaria y el desamparo en el que su pareja la había dejado. Pretendía comenzar un nuevo negocio con el dinero. Lo consiguió, pero no con la venta.

Tras las ventas de alma llegaron los pactos con el diablo: a través de un *satarrículum vitae* en el que figuraban los hechos más negros vividos, algunas páginas web satánicas ofrecían directamente la compra del alma. Costaba 300 dolares.

La explicación de eBay para la retirada de la compraventa de almas fue de una corrección política ejemplar: *la empresa no toma posición sobre la existencia o inexistencia del alma, pero quien vende debe estar en condiciones de entregar lo que vende. Si el alma no existe, eBay no puede permitir la subasta del alma porque no hay nada que vender. Sin embargo, si*

el alma existe, de acuerdo con las normas de eBay sobre partes y restos humanos, no podemos permitir la subasta.

Atrás quedó Don Juan, Fausto, las polémica del alma de las mujeres, o de la misma existencia del alma. Como un objeto más, incluso con un márketing histórico provechoso, las almas, el demonio y los pactos diabólicos se apropiaban de Internet y de los patios de colegio.

Eso, pese a que Juan Pablo II había dictaminado que el infierno no existía.

Vida y muerte de Juan Pablo II

Al menos, no como un espacio físico de sufrimiento. Juan Pablo II, el Papa que los mileuristas vieron envejecer, definió el infierno como *la ausencia de Dios*, un sufrimiento emocional que no tenía que ver con un espacio físico, sino con una emoción.

Juan Pablo II (Karol Józef Wojtyła) fue el primer Papa no italiano desde 1552 (era polaco); uno de los más duraderos (casi 27 años) y uno de los más carismáticos junto con San Pedro.

Un halo mítico rodea su biografía: el Papa viajero (más de cien viajes internacionales crearon el dicho que de Dios estaba en todas partes y el Papa ya había estado) era políglota, culto, devoto de la Virgen, huérfano por culpa de la mala suerte y de los nazis. Le gustaba el deporte, había sido actor, poeta, escritor, obrero, la GESTAPO lo había fichado, había tenido alguna novieta, y todo eso antes de ordenarse sacerdote en 1946. Fue uno de los cardenales más jóvenes de la época, con 47 años, y cuando fue elegido Papa en 1978 sólo tenía 58 años.

Llegó luego el atentado de Alí Agcá en plena plaza de San Pedro, un par de complotos para asesinarlo y sus intentos de acercamiento entre religiones. Su obsesión por beatificar y santificar sólo era comparable a su resistencia física. Cuando murió en 2005, su vida había cubierto toda la infancia y juventud de los mileuristas.

Ningún otro podría resumir mejor el espíritu de esta generación: compartía con ella su amor por los viajes, su desprecio por el protocolo, que le hizo desechar sillas y tronos y caminar entre los fieles. Fue uno de los artífices de la caída del muro de Berlín, anunció el fin de la era de los rusos como malos de película, e intentó lo mismo con la Cuba de Castro. Se reconcilió con judíos, reconoció los derechos del pueblo palestino y sólo le quedó pendiente el gran gigante, China. Publicó catorce encíclicas (su conocimiento teológico era inmenso), un nuevo catecismo y varias obras literarias.

Manejaba los medios de comunicación como nadie: si un Papa fue visto, fotografiado, y conocido, fue él. Se dirigió sobre todo a los jóvenes, otra de sus obsesiones, y gozó de una inmensa popularidad. Incluso editó CDs con sus rezos. Sus visitas se organizaban como si fueran conciertos para masas (a veces lo eran), y cada uno de sus movimientos generaba una noticia. Fotogénico, accesible, cercano pese a su papamóvil, el Papa se convirtió, junto con la madre Teresa de Calcuta y el Dalai Lama, en el referente religioso más respetado durante décadas. En sus visitas a España, creyentes y curiosos se congregaban para gritar *Totus tuus* o un menos elevado *Juan Pablo II, te quiere todo el mundo*.

Incluso su muerte resultó inmensamente mediática; se anunció en medio del rezo del Rosario en la plaza de San Pedro, y fue acogida con aplausos. Entre peticiones de beatificación (que debido a su *santidad por aclamación* se inició unos días más tarde, sin necesidad de aguardar el plazo establecido por el derecho canónico) se inició un bombardeo de imágenes que no cesó hasta el nombramiento de su sucesor, Benedicto XVI.

Pero bajo esa amable fachada, la política llevada a cabo por el Vaticano durante los años de Juan Pablo II fue conservadora, rígida y absolutista. Enemigo de la más abierta Teología de la Liberación, se apoyó, por el contrario, en el Opus Dei, y ratificó la encíclica de Pablo VI *De la vida humana*, en la que se condenaban los métodos anticonceptivos, pese a las protestas que despertaba el contagio masivo del sida en África. No hubo cambios en la situación de la mujer dentro de la Iglesia, ni reconocimiento para los curas casados, ningún avance respecto a la homosexualidad, el aborto, la eutanasia, ni los experimentos de clonación.

Es decir, no reconoció ninguno de los cambios efectivos que se producían en la sociedad de los mileuristas, y sobre todo, dejaba fuera las que correspondían a una necesidad de justicia emocional: no liberaba las relaciones sexuales de la culpa, ni tampoco podían contar con clemencia divorciados, homosexuales o personas que desearan controlar su número de hijos. Las mujeres seguían siendo católicas de segunda.

El gran error de Wojtyla fue que su fascinación por los jóvenes no alcanzaba a un conocimiento real de su situación: facilitó lo posible para que las preocupaciones propias de su generación desaparecieran, pero no estuvo lo suficientemente atento para ver las necesidades y los cambios que exigían esos jóvenes cuya compañía apreciaba. Por otro lado, no hubiera podido llevarlos a cabo ni por mentalidad, ni por las corrientes seguidas tras el Concilio Vaticano II.

Las respuestas que, bajo su efectiva propaganda, se esperaban del Papa viajero no satisficieron demasiado, y menos aún lo está haciendo la ideología de su sucesor: el papado de Benedicto XVI, más tímido, menos simpático, aún más conservador, no permite albergar esperanzas respecto a una mayor cercanía del Vaticano a las necesidades de los mileuristas. Buscan por lo tanto soluciones menos vinculadas a la religión, y más a la filosofía.

El budismo

Parte de esas ansias se concentraron en el budismo: el budismo satisfacía la búsqueda de exotismo de los mileuristas, no obligaba a esfuerzos o promesas de obediencia, y se estaba poniendo terriblemente de moda en Occidente en los últimos años. Menos enrevesado que el hinduismo, y muy compatible con una forma de vida moderna, el cine ayudó a implantar una imagen bella, esperanzadora y serena. *Pequeño Buda*, la película de Bertolucci, el apoyo de Richard Gere o Penélope Cruz a este movimiento, contribuyeron a instaurar la presencia del budismo entre los mileuristas.

Para comenzar, el budismo tranquilizaba el ánimo escaldado por una religión monoteísta, y no se consideraba un dogma divino; prescindía de Dios, y de toda la corte celestial: ni santos, ni vírgenes, ni ángeles. No existía un Creador que juzgara, sino que la salvación se conseguía por el esfuerzo personal. Sustituía la oración por la meditación, y se acababa con los conceptos de cielo e infierno, porque el alma se transformaba en una energía sujeta a la ley del karma y de la reencarnación. Todo es eterno, un ciclo sustituye a otro. La muerte no existe.

Además, ofrecía la posibilidad del control de los impulsos, y de la angustia. El Buda predica la existencia del camino que lleva al nirvana, a la carencia de deseos. La iluminación lleva, precisamente a ese desapego de lo material, a la no acción, a lo personal sobre lo social, o los dogmas religiosos.

Se perfilaba, por lo tanto, como una doctrina ideal para el mileurista: pese a que cabe cuestionarse el desapego a lo material de Richard Gere, y por lo tanto, la bondad de su ejemplo, el budismo encajaba con la nueva pobreza sofisticada de los BoBos, con la búsqueda de la serenidad, el individualismo, y añadía la tranquilizadora teoría de la reencarnación. Para colmo, el Dalai Lama afirma que, a nivel superficial, como seguidor de andar por casa, la combinación entre budismo y cristianismo era posible.

Se dejaba por el camino la reconciliación entre el concepto de alma y el ciclo de reencarnaciones, por ejemplo, pero bastaba para alejar la culpa, y para familiarizarse con una doctrina no excluyente. Con sus mantras, sus

famosos, la injusticia de la persecución en China y un aumento cada vez mayor de centros de meditación y enseñanza, el mileurista podía adaptar *a su manera* el budismo; que era, lo que de todas maneras, estaba haciendo con toda teoría religiosa.

Creer en «algo superior». Religiones a medida

El anquilosamiento de la Iglesia Católica, la crisis de valores morales y religiosos, el desconocimiento de otras creencias o cultos y la interpretación sociológica de la figura de Cristo han favorecido una religiosidad parcial; la decepción de las instituciones humanas resulta evidente: pero la angustia existencial y la lucidez necesaria para el ateísmo resulta demasiado terrible. La satisfacción inmediata que el mileurista exige no llena su vacío religioso. Pero la certeza de la nada aumenta aún más esa carencia.

Por lo tanto, la existencia de Dios no calma, pero su ausencia resulta insoportable. El mileurista necesita crear una presencia que se justifica por la propia existencia humana (¿quién creó el Universo?), la conciencia del ser (¿a quién hablo cuando hablo a solas?), la existencia de las casualidades (¿Cómo puede explicarse esto?)...

Se trata de una religiosidad muy primaria, en que el dios es una idea abstracta, benéfica, sin presencia ni entidad, una luz o una energía que reúna las condiciones de verdad absoluta, coherencia y bondad. Es un dios consuelo, un dios apoyo que no exige exclusividad ni culto, pero que a cambio dispensa sus dones cuando se le pide.

La energía, el «algo superior», se entremezcla, sin embargo, con la idea de destino: si el destino marca de manera inevitable el futuro de una persona, elimina la libre elección, una idea especialmente molesta para las culturas católicas, que no creen en la predestinación, sí más bien en el mérito propio y el *enchufe* o intercesión celestial. Y, sin embargo, el destino puede resultar consolador cuando la impotencia para obrar es tan grande que no cabe más que el triste paliativo de pensar que las cosas que ocurren, ocurren por algo: una enseñanza o conocimiento oculto que esa experiencia debe revelar. Ese destino compartiría las mismas características que el «algo superior»: la bondad absoluta hacia el ser humano, la certeza de que, al final, todo acabará bien.

Ambas creencias trivializan y reducen la importancia de la muerte, una entidad reservada, entre los mileuristas, para los ancianos, las estrellas de rock, y en general, la ficción. La muerte de Chanquete, de la mula de Marco o de la madre de Bambi no conllevaban un sufrimiento real, sino un paso a la

madurez del personaje que las padecía. Muertes en directo, como las de la niña Omaira, la pequeña somalí asediada por un buitre o el torero Paquirri eran demasiado terribles como para relacionarlas con una experiencia personal. El desplome de las Torres Gemelas después de que varias personas se arrojaran al vacío continuaba siendo una excepción brutal.

La percepción personal de la muerte ha estado ausente de la generación mileurista como una presencia cotidiana, o como un aprendizaje progresivo. El destino garantiza que el final será el debido, y no va más allá. El algo superior proporciona la misericordia incondicional. El resto lo cubren las supersticiones.

La *New Age*

Frente a una religión única, monoteísta, vertebrada por unas leyes antiquísimas, la respuesta de los mileuristas, y sobre todo, de las mileuristas, excluidas de casi todos los cultos, ha sido refugiarse en un conglomerado de creencias, más o menos coherentes, que se basan en lo inexplicable, la superstición y lo espiritual en su sentido más amplio.

El desarrollo de estas creencias ha dado en llamarse Nueva Era o *New Age*; todo vale en la *New Age*, como oposición a las exclusiones anteriores. Frente a la idea del cuerpo como pecado o como padecimiento, integra el cuidado de la mente, el cuerpo y el alma, que se habían dissociado desde la época griega.

La *New Age* supone una salida más estructurada que la religión hecha a medida, pero que permite la misma libertad: en un ejercicio de frivolidad, escoge lo más cómodo, agradable y tranquilizador de cada religión, negando, por ejemplo, la catarsis, la idea de perfeccionamiento, de purificación o de sacrificio. Desde los movimientos orientalistas a la clarividencia, la intuición, el satanismo, los campos de energía o el Tao, la *New Age* ofrece soluciones para todos.

La gran baza de la *New Age* es que reconoce el principio femenino negado en las religiones más importantes: la brujería, la *wicca*, la adivinación o las tiradas de cartas se valoran más cuando es una mujer quien las realiza. El rechazo que se muestra a la ciencia y lo racional, que se identifica como *masculino*, se opone al privilegio de los *poderes*, un conjunto de dones que la mayor parte de las mujeres pueden desarrollar si lo desean, sólo por serlo. Como propone un universo interconectado, en lugar de una estructura jerárquica, se produce una democratización de la creencia. La solución a todos los problemas está dentro, y cada cual puede, y debe encontrar la suya.

La *New Age* ha contribuido a que se expresaran algunas carencias, como por ejemplo la de un retorno a lo espiritual tras siglos de empirismo científico, o lo agresivo de la medicina occidental, demasiado especializada, una integración del malestar físico con el emocional (la somatización), y ha permitido que se integraran sin demasiado conflicto los modos de vida contemporáneos y los parches espirituales.

Sin embargo, también ha alentado la charlatanería, la nula especialización de muchos presuntos *expertos* y la proliferación de un pensamiento mágico superficial y poco satisfactorio a largo plazo. El mundo de las telecomunicaciones permite que el tarot se lea por teléfono, que el chamán que se conoce por Internet guíe en un viaje astral, que se potencie el uso de drogas de iniciación o que el feng-shui determine la decoración de una casa o la orientación de un edificio.

La *New Age* ofrece pequeñas gratificaciones inmediatas, seguridades para el futuro, augurios y protecciones, que cubren la parte del dogma religioso. La acción, el apostolado o la predicación adoptarán una forma de expresión distinta.

La solidaridad. Las ONGs sustituyen a los misioneros

Al fin damos con un tópico positivo: frente a todos los defectos que se achacan a los mileuristas, se admite que son, sobre todo, solidarios. Esa fama se debe no tanto a la herencia de pertenencia social de los *Baby Boomers* como a la proliferación de organizaciones no gubernamentales (ONGs), que ha tenido lugar durante los últimos años.

Una ONG es un grupo de voluntarios, que definen sus objetivos al margen de gobiernos, políticas o instituciones. Por lo general, se destinan a misiones humanitarias o de interés general, y se financian a través de cuotas de sus socios y de la autogestión. Las ONGs carecen de ánimo de lucro, y pueden ocuparse de cuestiones tan diversas como la erradicación del hambre y enfermedades concretas, la mejora de la educación en distintos países, la conservación de especies animales o el cuidado de enfermos.

Como rechazo a la corrupción, la influencia y el paternalismo de los gobiernos, las ONGs son un movimiento en el que el mileurista se siente cómodo: evita el espinoso tema del dinero, no se asocia con creencias religiosas, y permite que su fuerza (junto con su formación, su mayor riqueza) pueda ayudar a otros. Las ONGs respondían a las necesidades del ciudadano desencantado de a pie, a los gritos desoídos de afectados y víctimas, a la indignación del testigo. Por lo tanto, permitían actuar de manera rápida e

inmediata, y conseguían la preciada gratificación rápida que tanto necesita el mileurista.

Frente a la labor del misionero religioso, que se asociaba a la expansión de la Iglesia Católica, y a un concepto proteccionista de la ayuda, las ONGs proponían una labor laica, intensa y autónoma.

Al no depender de los estados, las ONGs se han regulado a través de códigos de conducta. Tras varios escándalos, se ha impuesto también una transparencia de cuentas que garanticen el buen empleo de las cuotas, y sobre todo, de las subvenciones públicas, y una independencia de juicio que no permita desviaciones ni en lo económico ni en la actuación. Han intentado también no nutrirse de gente de buena voluntad, sino de expertos o peritos en los temas que les ocupan, de manera que su actuación no se viera limitada, o fuera incluso contraproducente.

La gran ventaja de las ONGs es que pueden aprovechar las habilidades de los voluntarios en campos muy diversos y, a su vez, cuando esos voluntarios regresan a su vida y su trabajo habitual pueden aportar reflexiones y experiencias muy enriquecedoras. Además, al no ser un voluntariado permanente, se evita el agotamiento de los participantes.

Sin embargo, pueden ser también acusadas de falta de profesionalidad, de poca coordinación, de convertirse en empresas rentables con métodos de captación de socios más convencionales de lo deseable. Las ONGs se han expandido hasta la extenuación, se han unido, escindido o disuelto ante problemas que siguen sin resolver. El voluntariado, como modo de dar sentido a una vida sin referentes, funciona. Tal vez funcione menos su estructuración.

Los miedos

¿Qué temen los mileuristas? ¿Qué se les hace tan terrible para que les sea tan necesario un consuelo espiritual?

El miedo mileurista no radica tanto en lo existencial como en el futuro, en lo que aguarda tras la esquina. Aún sintiéndose a salvo en una sociedad que garantiza sus derechos, la inseguridad de que eso continúe siendo así crea una tensión constante: se tiene miedo a perder lo ya obtenido y a no encontrarse con armas para recuperarlo de nuevo. Al otro lado de la frontera aguardan sociedades sin derechos, con hambre, ablación de clítoris y obediencia forzosa al Estado. Son más, están furiosos, pueden subvertir la situación en cualquier momento. El miedo al otro, al de fuera, convive con la necesidad espiritual, de la solidaridad, pero no cesa.

Por otro lado, un momento de cambios tecnológicos constantes, y tan grandes, hacen que lo que vale hoy se deseché mañana. La radicalización de las posturas políticas, o de algunos sectores religiosos pueden explicarse, precisamente, por el miedo a encontrarse en terreno desconocido. Los asideros ideológicos, que a su vez rigen el comportamiento, cobran una gran importancia, y obligan al inmovilismo. Si nada cambia, nada irá a peor.

Existe el miedo a perder la supremacía histórica en el varón, que se refleja en el miedo de la mujer al abuso o el maltrato. La violencia expresa frustración que, a su vez, se origina muchas veces por el miedo. Y a su vez, desencadena en el miedo.

Otros miedos más concretos no han encontrado tampoco soluciones: el miedo al sida, al cáncer, y más en lo profundo, a la muerte. Miedos emocionales, al rechazo, que a su vez originan miedo al compromiso. Miedos económicos: a la pobreza, a no encontrar o mantener trabajo, a no estar a la altura. Miedos sociales: a la manipulación de los miedos, a no detectar un error de la historia, y que graves problemas se repitan de nuevo. Miedo a envejecer, en una sociedad en que se endiosa lo joven. A sufrir, porque se siente demasiado. A no sentir nada.

Y frente a esos miedos, acrecentados por la falta de madurez, la impulsividad, la ausencia de respuestas, las reacciones suelen ser la evasión, de la que ya se ha hablado aquí. Huida en todas sus facetas. Cada miedo se corresponde a una escapada.

O, por último, el presentismo: la obsesión por el día al día, el momento, pero sólo en su faceta más negativa. La vida no se disfruta, se padece. El presentismo no brinda ninguna esperanza para el porvenir, pero ayuda a dar sentido al día a día: la belleza, un gesto, una compra, algo pequeño brinda la razón para levantarse cada mañana. Al día siguiente, ya se verá.

Y así, poco a poco, se logra la adicción a la realidad. Freud afirmaba: *El carácter humano nos permite gozar intensamente sólo del contraste, y muy poco de la estabilidad.* El mileurista, cansado de las emociones que busca por lo general, anhela, cuando ataca el miedo, el detalle, lo minúsculo, la calma. El envés de la trama.

NORMAS DE SUPERVIVENCIA II

1. **Acepta tu responsabilidad:** los Baby Boomers han impuesto las normas de la sociedad, pero te toca a ti vivirla. Elige cómo y busca ser respetado.
2. **No refunfuñes:** protesta, denuncia, exige. No seas testigo, involúcrate.
3. **Revisa las mentiras sociales** y quédate únicamente con las que te sean útiles. Nadie te obliga a creer el resto.
4. **No perpetúes tópicos:** la hipocresía es un mal Baby Boomer con el que los mileuristas coquetean constantemente. Adopta una visión global y sin limitaciones.
5. **Posiciónate del lado del más débil.** Al fin y al cabo, es tu lado. Sin una justicia real para los jóvenes, las mujeres, los ancianos, los discapacitados, los inmigrantes, la sociedad arrastrará sus errores una generación más, al menos.
6. **Elige cuidadosamente tu manera de evasión.** Todas son adictivas, pero sólo algunas destruyen.
7. **No te escapes del presente,** lo que ocurre, ocurre aquí y ahora: no hay otra posibilidad de cambiar el futuro.
8. **Sueña:** la creatividad rompe normas imaginarias y crea leyes reales. Y una vez que tengas claros tus sueños, actúa.
9. **Sé realista.** La magia existe, pero ahora se llama ciencia. La magia consuela. La ciencia expone realidades.
10. **Cree en ti:** a veces no será suficiente, pero no existe otro punto de partida.

CONCLUSIÓN

*Me aterra ahora el refugiarme en sueños,
tan convincentes que parecen
antes recuerdos que fantasías;
pero raras veces duran más de media hora,
y el sonido de las campanas terrenales en la distancia,
y la acumulación de vapor
sobre los árboles entre los que corre la vía del tren
me devuelven a este momento,
que no acabo de convencerme
que es el que me toca vivir...*

Carta de sir E. C. BURNE-JONES a W. MORRIS

¿Y ahora qué?

No hay una sola manera de ser mileurista y eso garantiza que son muchas las posibilidades de minimizar los problemas e intensificar las partes más positivas. El peso de las etiquetas que han soportado durante años, y que siguen encasillando a los mileuristas, debe ser aliviado a través de una toma de conciencia clara de los conflictos, la ruptura de los tópicos y una actitud que desmienta la pasividad de esta generación.

El mileurista no ha llevado del todo a cabo una ruptura con la generación anterior: para apreciar tanto lo bueno como lo desechable, resulta necesario un cuestionamiento general, una negación y una reacción. La reacción del

mileurista, por miedo al futuro, por sentirse abrumado por el poder de los *Baby Boomers*, por comodidad generalizada, o sencillamente, por no creer en un cambio que excluya y no integre, nunca se ha dado de una manera abierta, ni se ha extendido entre toda una comunidad de jóvenes, ni ha dado frutos. Hablamos por lo tanto de una franja de edad que ya ha abandonado la adolescencia pero que no da el paso necesario para la madurez, que no se define ni afirma, y lo que es más, que aborrece las definiciones y las generalizaciones.

La ventaja del joven mileurista radica en que goza de una gran formación real, adquirida no únicamente por métodos convencionales. La edad juega a su favor. La discreción en la que se mueve, también.

Las desventajas son que las ramas no le dejan ver el bosque: el exceso de información, la desconfianza hacia ella y la necesidad de expresar siempre, a toda costa, una información, no le permiten un análisis claro. Busca un modelo de sociedad, o de agrupación, en que todas las opciones, incluidas las minoritarias, tengan cabida, y por el camino pierde fuerza. Y su exigencia de resultados rápidos aborta la mayoría de sus iniciativas. Cuando logran reunir energía suficiente para elevarse, si el objetivo no se logra en poco tiempo, su iniciativa se derrumba como un gran *soufflé* social.

Por lo tanto, precisa de sistemas que le permitan un asociacionismo sin demasiados compromisos, flexible, adaptable; de la rotación de personas que reemplacen a quienes desesperen. Debería desarrollar una manera de atraer la atención poco estruendosa, pero eficaz y, sobre todo, permanente. Eso le orienta hacia Internet, pero también hacia redes específicas ya organizadas, ONGs o movimientos ciudadanos en los que puede apoyarse para defender cuestiones concretas.

Por mucho que odie la pérdida de identidad, ha de asumir que la pertenencia a un grupo no le anula, sino que en ocasiones, le defiende. Como los peces en mercurio, la protección de las asociaciones permite que lleguen a él subvenciones, ayudas, medios de prensa, lo que le haga falta para solventar sus problemas o los del grupo.

La sociedad de consumo, la de los medios de comunicación y el aburrimiento tiene un gran talón de Aquiles: basta con darle lo que desea. Y para eso, es suficiente con convencerla de que lo que desea es algo determinado. No hace falta que lo necesite, tan sólo que lo ansíe. La labor del mileurista, como generación, podría ser conseguir que creyera que lo que le propone (un reparto más justo de trabajo, vivienda, educación, medios) le entusiasma. Para la generación del *márketing*, eso no debería resultar difícil.

El mileurista debería aprender de los *Baby Boomers*: bajo la consigna de la verdad y la igualdad, mintieron, engañaron y se salieron con la suya. Ahora ellos deberían salirse con la suya engañando, y consiguiendo así una sociedad más auténtica, más sana y más libre.

Que dedique para compensar su energía y sus deseos de singularidad a crear su propio empleo. Si las instituciones públicas no le ayudan, la empresa privada le esquilma y asume con madurez su exigencia de dedicarse a algo que realmente le guste, independientemente del tiempo, el esfuerzo o el dinero, debería ser consecuente con ello y comprobar qué posibilidades tiene de fundar una empresa propia, o de encajar en el régimen de autónomos. Las condiciones fiscales, ruinosas para quien empieza, pueden y deben ser contestadas. No hay nadie como un mileurista para detectar las necesidades de otros mileuristas. Condonerías, boutiques de chocolate, viajes diferentes, guarderías portátiles, telemadres... Desde el blog <http://www.mileuristas.es> un buen puñado de mileuristas activos ofrecen posibilidades, ayudas, referencias, y, sobre todo, se mueven bajo un lema que impide la indiferencia: «Si algo no te gusta, ¡cámbialo!».

Cientos de personas, en todo el mundo, están demostrando que las premisas *Baby Boomers* pueden contravenirse sin una oposición abierta, sin perjudicar a nadie y con rentabilidad económica. Quién creó los microcréditos, Mohamed Yunus, obedecía a ese espíritu: con creatividad, una nueva visión de la economía, la confianza en las mujeres y los desfavorecidos y un riesgo mínimo, ha logrado una revolución aún en marcha.

Lo mismo sucede con quienes demuestran día a día que el desarrollo sostenible es una necesidad, más que una opción. Los mileuristas han sido una generación marcada, sobre todo, por las necesidades energéticas, el consumo de bienes perecederos, la comunicación y la tecnología. En todo ello tienen mucho que decir, que aportar y se dan unas carencias que quizás puedan cumplir con una doble función: definir el concepto de trabajo vocacional del mileurista, y cubrir sus necesidades espirituales. El dinero, se da por supuesto.

Porque quizás el objetivo personal que un mileurista debe marcarse es, precisamente, no ser un mileurista. En la lucha contra las etiquetas impuestas puede estar la de compartir con los mileuristas únicamente la generación, las influencias y ciertas preocupaciones. Por mucho que sienta que ha protestado, deberá seguir protestando, pero con la transformación del refunfuño en una demanda efectiva y concreta. Por mucho que sienta que ha estudiado, debería continuar: la información no cesa, y la interpretación de la misma no puede

quedarse atrás. Al mileurista se le educó para que se formara: esa ha sido su cruz y quizás su salvación se encuentre, precisamente, en la constante formación.

El poder del mileurista dejó hace ya tiempo de ser el que le concedía su *status* de ciudadano. Como colectivo, es inexistente. Como individuo, ha demostrado la poca rentabilidad de sus votos, por lo tanto, debería enfocarse a las protestas a las que le da derecho su condición de consumidor: ahí se mueve como pez en el agua. Desde la publicidad engañosa al timo descarado, las empresas siguen siendo extremadamente sensibles a las demandas, al deterioro de su imagen o a la mala prensa.

La vida de la generación mileurista se desarrolla entre centros comerciales, tiendas y objetos de consumo ya adquirido. No puede permitirse descuidar esa faceta, no puede ceder en un espacio que es claramente suyo, que domina con marcas, características, aspiraciones y demandas. Quizás, como consumidor, contribuya a que las empresas se modifiquen, cuenten con sus expectativas, e incluso con sus ideas. No le hacen ningún favor: parte del precio que paga incluye el derecho a reclamar, a quejarse, a sugerir. Igual que el voto, que modifica las instituciones públicas, la reclamación altera el tejido de las privadas.

La mayor parte de mileuristas dejarán de serlo con el tiempo: bien por ascensos, por cambios de trabajo, o por imperativos económicos, la pobreza de la juventud será, afortunadamente, temporal. Habrán sido mileuristas de transición, una gota de vinagre en una sociedad edulcorada y falsa. Muchos continuarán teniendo problemas de vivienda, carecerán de la seguridad de un trabajo fijo, no cumplirán en absoluto las expectativas que sus padres, desde la cuna, tejieron para ellos. Sin embargo, de la sociedad de las ilusiones se ha pasado a la sociedad de los sueños. Si antes se aspiraba a cumplir los ideales, ahora se ha constatado que son meras palabras, que han de ocupar el lugar de las quimeras: una hermosa referencia inalcanzable.

Los mileuristas, melancólicos, nostálgicos, cínicos, desesperanzados, obedientes, han generado su propio imaginario colectivo. Legarán el desencanto a otras generaciones, pero también, posiblemente, parte de sus inquietudes y sus propuestas. Quizás sea necesario resignarse a que una generación que no ha luchado por el poder porque se ha conformado, o no ha sabido cómo, no lo tenga nunca. Pero incluso en el peor de los casos, ocupan un espacio, una dimensión de bisagra que puede matizar la agresividad de los *Baby Boomers*, y corregir la excesiva ambición y asertividad de los llamados,

a falta de mejor nombre, la generación Y. Un lugar incómodo, entre dos grupos inquietos, chillones y amigos de las broncas.

Sería injusto hablar de fracaso, de falta de sentido, de generación perdida. Injusto y falso. El tiempo perdido no se recupera, pero posee un peso que no puede negarse. Mientras crecían en la sombra, o se ocupaban de trabajos pesados y mal pagados, la sociedad se ha visto también moldeada por la mentalidad mileurista; y de hecho, aún no han llegado a la edad en la que será más posible que desarrollen su potencial y su poder. Con la muerte o la retirada de los *Baby Boomers*, existirá una posibilidad para que los mileuristas demuestren los logros de la educación, del refinamiento, de la tecnología, la solidaridad y la globalización.

Entonces, si todo sale según lo previsto, será el momento de permitir que todo cambie. De ceder el poder, por incómodo y desagradable que parezca, a los Y, para que la situación vivida por ellos no se repita, para que no se estanque el avance generacional. Para que todo siga igual, o incluso mejor.

Notas

[1] La asignatura de Formación del Espíritu Nacional (F.E.N.) se continuó impartiendo hasta principios de la década de los 70, cuando se empezó a aplicar la Ley General de Educación de 1970, más conocida como Ley Villar Palasí, el ministro de Franco que la propugnó. (Esta nota, así como todas las que siguen, es del editor digital). <<

[2] Evidentemente se refiere al *absentismo escolar*, no al laboral. <<

[3] La escolarización obligatoria hasta los 14 años no se hizo efectiva hasta de Ley Villar Palasí de 1970 con la implantación de la Educación General Básica o E.G.B. <<

[4] Frase incoherente. Si son bachilleres (estudiantes de bachillerato), ya han finalizado la enseñanza obligatoria. <<